This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

LA LINTERNA MÁGICA

POR FACUNDO

SAL 1568.2.41

HARVARD COLLEGE LIBRARY

APR 30 1920
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

DEBERES MUNICIPALES

DEBERES MUNICIPALES.

EMOS llegado á una época en la que con razón sobrada debe uno alegrarse de que haya hombres para todo; y efectivamente los hay, puesto que ninguno de los papeles de la gran comedia humana deja de representarse por falta de actor. De la diversidad de caracteres, de gustos, de aspiraciones y de criterios resulta una de las armonías más admirables de la vida. Hay quienes aceptan sin esfuerzo y hasta por vocación las más ridículas

posiciones y los papeles más abyectos. ¡Oh armonía utilísima! ella permite que mientras hay bien pocos hombres que aspiran á ser reyes, hay muchos pueblos que se matan porque los mande un rey; ella tiene á reserva un grupo de hombres cuyo sueño dorado es optar la plaza de verdugo oficial; otro grupo de personas que prefieren divertir á los demás en vez de que á ellos los diviertan, y de aquí salen los cómicos, los músicos, los maromeros y Bell; y aún entre los mismos músicos hay quienes nacen con una vocación decidida para tocar los platillos, los timbales, el contrabajo, ó esas trompas que en forma de boa constrictor de latón rodean el dorso del pobre hombre que sopla. ¿Qué sería de nosotros si todos aspirásemos á ser presidentes ó primeros violines, destruyendo así esa sabia armonía de las aspiraciones y los gustos? ¿qué haría el mundo sin vasallos, sin verdugos y sin música? ¿Y cómo sería posible encontrar en México quien aceptase de grado el difícil papel de regidor? Pero ello es que merced

á esa armonía, que no nos cansaremos de celebrar, se elije cada año una corporación municipal completita, con su presidente, sus concejales y sus síndicos, cuyo primer acto de abnegación consiste, al tomar el hábito como los capuchinos, en desprenderse de todas sus galas profanas borrándose de la suscrición de los periódicos, si los leían, en quebrar con los amigos de confianza capaces de decirles la verdad, y, armándose de una resignación estóica, aguantar durante trescientos sesenta y cinco días el chubasco de cargos, diatribas, reproches, recomendaciones, pullas, indirectas, interpelaciones y burlas del enconado vecindario de la capital; todo esto de balde, sin que nadie lo agradezca, con su buena reputación un tanto maltrecha y lastimada después de prueba tan dolorosa, y con un solo recuerdo grato en la negra historia de sus tribulaciones y congojas, el de las funciones de teatro que vieron de balde ¡pobres regidores! Después de todo es justo que se diviertan un poco por vía de compensación; pero su suer-

te es tan adversa, que ni ese inocente pasatiempo está exento de reproches y amarguras; van al palco municipal contra la voluntad del público y del empresario; el público protesta hace mucho tiempo contra ese resabio colonial de nuestras costumbres, y los empresarios dan á más no poder el mejor palco á esa autoridad desprestigiada é inútil, impuesta por la rutina; el público considera humillante ese alarde de presidencia innecesaria, disculpable solamente en los buenos tiempos en que empezaba el teatro; pero desconocida en los salones de espectáculos modernos.

Los regidores van á tarde y noche y están muy contentos en su palco y se divierten. ¿Qué familia que no fuera esa, sería capaz de desafiar la pública reprobación y la crítica mordaz contra los que se divierten de balde? pero he aquí los milagros de esa necesaria armonía de las aspiraciones y los gustos, y la cual nos hace exclamar á veces que hay gentes que merecen palos.

Por otra parte, hay que convenir en que

la investidura de regidor en la capital de México, ejerce tal influencia moral en el individuo, que lo hace diferir substancialmente de las personas sin investidura, de las personas simplemente particulares. A las personas particulares les escuece un párrafo de periódico: en primer lugar por que lo leen y luego por que no les gusta ser pasto de habladurías y censuras de la prensa; mientras que á los regidores nada les escuece; primero por que no leen periódicos y luego por que la punta retacha en la individualidad para embotarse en la corporación. Las personas particulares no aceptan una comisión cuando están seguras de que van á salir silbadas; los regidores aceptan la regiduría con la plena convicción del sambenito y la silba diaria. Si en un palco en el teatro se pusiera un letrero que dijera «palco grátis contra la voluntad del público y del empresario» no lo ocuparía nadie por parecer su precio exorbitante. Los regidores se cuelan en ese palco, cuyo letrero está en la conciencia pública, y quedan muy satis-

fechos después de la función y se rien y se divierten y vuelven á la noche siguiente, siendo de notar, que, los regidores, como personas, son todos delicados y susceptibles; pero la investidura oficial basta para hacerles cambiar de criterio durante el ejercicio de sus importantes funciones.

Si no fuera por esta transformación moral, el municipio de la capital debería estar condenado á no pocos tormentos.

Todos los periódicos han tocado la cuestión municipal con más ó menos vehemencia; pero después de cada artículo las cosas vuelven á quedar en el mismo estado. Por nuestra parte no pedimos ya la completa reforma del sistema muuicipal, por que eso está verde y nos limitamos á indicar algunas pequeñas obras, para las que no se necesita el soñado y olvidado empréstito, sino la conveniente y oportuna inversión de fondos en obras insignificantes de aseo y de conservación.

Hace pocos días por medio de un párrafo en *La Libertad* llamamos la atención del

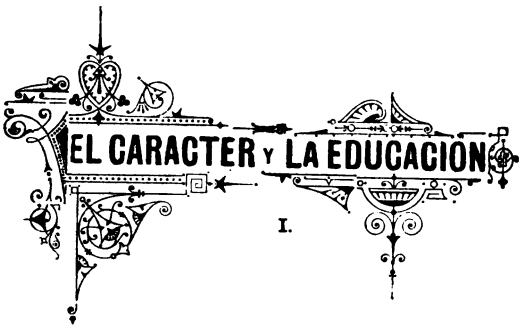
público con motivo de las telarañas que oscurecían el cielo raso del portal de la Diputación. Vemos con gusto que ese párrafo tuvo la fortuna de ser leído, y la indicación que contenía puesta en obra.

Ya hoy no hay telarañas, pero los muros del palacio municipal, dentro del mismo portal, siguen descarnados como las ruínas del Palenque, y los pilares siguen barnizados con la pringue del pueblo. Otro esfuerzo, señores concejales, y á resanar los muros y á desengrasar los pilares. ¿Cómo vá á dictar órdenes sobre aseo de la ciudad la autoridad que vive en un edificio deteriorado, lleno de telarañas y pringoso?

Cuando sus mercedes se hayan dignado emprender esa pequeña obra de reparación y conservación, sírvanse pensar en la calzada que une el jardín del Zócalo con la esquina del portal de Mercaderes, que presenta todas las sinuosidades de un camino real de cabras. Por ese camino del calvario transitan diariamente y sin cesar, sobre imposibles tacones franceses, todas las señoras de

la capital haciendo prodigios de equilibrio.

Si no fueran ellas tan aéreas de suyo y tan vaporosas, de seguro habría de cargar el ayuntamiento con la responsabilidad de muchos accidentes desgraciados. Nos vemos precisados á interesar la galantería de los ediles (prenda moral que suponemos conservan á pesar de la investidura oficial) en la reparación de la calzada susodicha, reparación que por pobre y desvalido que se suponga el ayuntamiento con su millón de pesos, bien puede gastar lo que importe una cuadrilla de operarios en dos días, á efecto de que las pobres pollas no se vean en la necesidad de volar, en vez de pisar, sobre las engañosas ondulaciones de ese tramo del embanquetado municipal, que toca á su fin por todos los ámbitos de la ciudad.



I.

EL CARÁCTER Y LA EDUCACIÓN.

I.

NADA hay más funesto y trascendental para el adelanto de una sociedad que esa pasiva conformidad é indiferencia de las clases superiores, que viene á rayar en optimismo. Difícilmente se encuentran dos personas, siquiera medianamente ilustradas, que no convengan en ideas respecto á los vicios y defectos de nuestro pueblo; los males son claros y palpables, el remedio está en la

mente de todos; y no obstante, el mal se perpetúa.

—No lo crea V., me decía no há mucho un señor gordo que sabe muchas cosas; no tenemos remedio: el mal está en la masa de la sangre y se necesita una nueva generación, que vendrá por cierto muy tarde, para que las cosas cambien radicalmente. No le parece á V. Sr. Facundo? Vamos, yo quiero oír las opiniones de V. á este respecto.

—Con mucho gusto, le contesté, tanto más cuanto que entramos en una materia de suyo trascendental, y que dará sabroso pasto á mis habladurías de los domingos. Desde luego tengo el sentimiento de no estar de acuerdo en ese terrible diagnóstico que no es V. el primero en propagar con la mejor buena fé del mundo; en esa muletilla que viene de boca en boca corroborando la más absurda de las preocupaciones: *No tenemos remedio.* Por el contrario, yo creo que el remedio está en la mano.

—¿Será V. por ventura, Sr. Facundo, de las personas que creen que vamos caminan-

do á pasos agigantados á nuestro completo engrandecimiento?

—No señor. Ni lo uno ni lo otro. Pero si á V. le parece, hablaremos primero del pesimismo.

—En hora buena.

—Vea V. Hay personas que remontándose á la cuestión de raza, creen que el origen de nuestros males depende del cruzamiento de las razas azteca y española; otros creen que es cuestión de clima, otros de altura, y los más de carácter. Y note V. esto: muy pocos son los que se refieren á nuestra educación.

—Y V. cree que en la educación está el busilis?

—Precisamente.

—Bueno: vamos á ver cómo plantea usted la cuestión.

—En primer lugar, debemos hacernos cargo de la descuidada y trascendentalísima importancia de la educación, y al efecto vamos á definir con exactitud esta palabra: *educación.*

Desde que el hombre se unió al hombre para formar la tribu, quedó sancionado el primer contrato social, y con la sanción del primer contrato la primera cláusula del código universal de la educación; el hombre contrajo el primer deber respecto á sí mismo y respecto á sus semejantes; la primera necesidad social engendrada por el interés personal tomaba la forma de pacto, y la primera enseñanza nació en el momento en que el hombre comprendió que no podía vivir solo. El hombre de la tribu contrajo el deber de la fidelidad á la tribu; y con el primer deber el primer derecho á los beneficios de la comunidad. La sociedad, pues, al nacer en los primeros grupos de la humanidad, instituyó para siempre el deber y el derecho como las dos bases incontrovertibles de su existencia. Las ventajas de la sociabilidad pusieron bien pronto de manifiesto la necesidad y la conveniencia de cumplir con el deber para alcanzar el derecho; y esta enseñanza es desde entonces la base fundamental de la educación. El adelanto pro-

gresivo de los asociados fué progresivamente multiplicando los deberes y los derechos, hasta llegar al deber de instruírse y al derecho á mejorarse.

La tribu educaba á los hombres para la tribu; la familia educaba á los hijos para la familia; la sociedad educaba á los hombres para la sociedad. Hoy la civilización educa á los hombres para la civilización. En consecuencia, educar es civilizar, y los primeros deberes del hombre se contraen exclusivamente á su educación, ó de otro modo: el primer deber del hombre en la civilización es civilizarse.

Los hombres ilustrados que descuidan la educación y el mejoramiento de las clases inferiores, cometen un crimen de lesa civilización.

Desde que se separaron en dos ramas los hijos de Adán y los hijos de Caín, la educación se dividió también en dos clases: en buena educación y en mala educación. Caín al matar á Abel cometió, según nuestro lenguaje actual, un acto de salvajismo; pero

como entonces no había ni salvajes ni civilizados, aquel homicidio fué, en la verdadera acepción de la palabra, una falta de educación.

La imperfección humana rompió bien pronto el equilibrio entre el deber y el derecho, y nacieron el egoismo y la ambición; la educación entonces en vez de reconocer como base el bien procomunal en la forma sencilla y primitiva, propia de la simplicidad de las costumbres, fué inclinándose del lado de las malas pasiones; y desde entonces estas pasiones empezaron á hacer de la educación una arma y un poder. Fué necesario entonces que aquellas reglas que fueron primero una sugestión de la necesidad, y después una ley, se revistieran de mayor autoridad, y se recurrió á la autoridad del sol ó de otro poder sobrenatural para hacerlas respetables.

Así pues, la educación que al principio estuvo limitada, y de buena fé, á las necesidades de la tribu, su dividió, como las dos primeras ramas de la familia de Adán, en

dos escuelas, una de las cuales empezó á educar á los hombres para la guerra, que es un género de educación que ha inmolado muchos millones de hombres sobre la tierra con lo que queda probado que al hombre lo hace la educación.

Se ha puesto también en práctica el sistema de no educar, que es el que se emplea hasta ahora para hacer esclavos, no importa de qué amo ni de qué creencia. Y esto nos lleva naturalmente á sentar como principio que, la educación es inherente al hombre, y que desde que éste existe sobre la tierra se conduce en ella conforme á las reglas de su educación. El salvaje mismo no carece de ella puesto que consiste en la habilidad y destreza en el manejo de sus armas, y en el odio á las razas civilizadas. Todo lo cual prueba que no hay en el mundo personas sin educación, sino personas de educaciones diferentes: quiere decir, personas de buena educación y personas de mala educación.

El estado de civilización que alcanzamos define ya con datos sobrados cuál es la ma-

la y cuál es la buena educación; y una vez bien definidas, como lo están en el mundo, lo que toca ahora á la generación presente es difundir la buena educación en todas las clases sociales.

—Muy bien, señor Facundo, exclamó el señor gordo, arrojando todo el aire que se había tragado durante mi discurso. Quiere decir que la buena educación es la salvación de México y el camino de la prosperidad y del engrandecimiento y de...

—Exactamente.

—Afortunadamente verá V. que se está haciendo todo lo posible: la instrucción pública toma cada día más incremento y...

—No hemos llegado todavía en el orden de mis ideas á la instrucción pública.

—Pues qué diferencia establece usted entonces entre educación é instrucción pública?

—La educación empieza en la cuna, y la instrucción en la escuela. La educación es el modo de ser del hombre, la norma de su conducta y el criterio de sus actos, porque

es el conocimiento de sus deberes para consigo mismo, para con Dios y respeto á sus semejantes.

Los principios elementales de la educación respecto al niño se refieren á enseñarle á comer, á andar, á dormir, á levantarse, á vestirse y á todo lo que tiende á procurar que el niño se baste á sí mismo en el orden físico; y en el orden moral su educación se dirige á enseñarlo á obedecer, á sentir, á amar y á agradecer. Esta primera educación engendra necesariamente en el niño el talismán que lo llevará en el porvenir á su engrandecimiento; este talismán moral es: la dignidad personal y el respeto á sí mismo. Esta educación que empieza en la cuna prepara al niño para la escuela en donde comienza á instruírse.

Ahora bien: apelamos al testimonio de la conciencia pública y preguntamos: ¿Esta primera, indispensable y difícil educación del niño, que la naturaleza, la moral y la civilización han encomendado á la madre, se encamina á su objeto? ¿Se imparte con

talento? ¿Alcanza el fin que se propone? Estamos seguros de que la conciencia pública nos contesta negativamente.

El resultado de esta imperfección radical es el siguiente: El instinto, las contrariedades irracionales y las circunstancias entran en la educación del niño y forman al acaso su carácter, fomentan las malas inclinaciones y engendran los primeros defectos. En esta obra delicadísima y trascendental de los primeros años, trabajan sin darse cuenta de ello, la incuria de la madre, sus pocos alcances, sus preocupaciones y el cariño acendrado y ciego que busca el placer de la maternidad para la propia satisfacción y para ejercer una autoridad que cree indisputable y omnímoda, y un derecho de propiedad que cree sagrado é inatacable.

Dan testimonio de la veracidad de este aserto, los muchos padres de familia que creen que á los seis ó á los diez años sus hijos no están todavía en edad de educarse, y corroboran este aserto las dos ramas en que se bifurca la falange infantil, á imitación de

la familia de Adán, que se llamaron unos *hijos de Dios*, y otros *hijos de los hombres*. Los niños, ya desde sus primeros años están divididos en niños malcriados y niños bien educados.

En este estado de imperfección pasa el niño del seno de la familia al seno de la escuela, y aquí es donde tropezamos con el primer escollo de la educación y con la causa primordial y determinante de lo que colectivamente llamamos el caracter nacional.

¿El maestro de escuela recibe aquel embrión, aquella obra imperfecta, para ajustarla á un plan filosófico de educación que corrija los defectos contraídos, el desarrollo de los malos instintos y todo lo que incumbe á la educación moral del alumno?

Creemos también que la conciencia pública vá á contestarnos negativamente.

Con el caudal de la primera educación doméstica, el niño, al tocar la escuela, traza generalmente una linea en dirección opuesta cuando empieza á instruírse. Lleva sus defectos ocultos, y los sigue ocultando detrás

del aprendizaje del abecedario. Lleva malas semillas, que fructifican á la sombra misma de la instrucción reglamentaria; y solo cuando las faltas se revelan solas al través de los trabajos escolásticos, el maestro reprende, corrije y castiga. Por más que entren en el sistema de instrucción de las escuelas las lecciones de moral y de urbanidad, toman estos ramos el caracter de rudimentos enciclopédicos del plan de estudios que generalmente el alumno estudia para saber contestar cuando le preguntan.

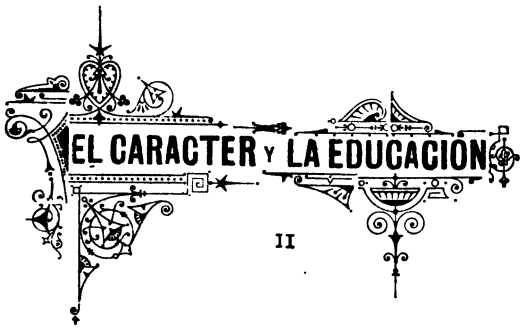
Pero la obra delicada, laboriosa y trascendental de la primera educación, que va á formar el caracter y la moral del niño, ya no sigue su curso filosófico y natural, desde que el niño ya no es el hijo que se educa en el hogar paterno, sinó el alumno que se instruye en la escuela.

Hé aquí un gran escollo insuperable del magisterio y la diferencia radical entre educador é instructor; hé aquí como se puede atravesar impunemente el mar de la instrucción, conservando arraigados defectos mo-

rales y trascendentales faltas de educación.

Aún cuando el magisterio llegara al último grado de perfección, nunca se podría exigir que un maestro sustituyera, no á una, sinó á cien madres inteligentes.

El señor gordo, mi interlocutor, se fué á tomar la sopa, lo cual me obliga á despedirme de mis lectores hasta el artículo siguiente.



II

EL CARÁCTER Y LA EDUCACIÓN.

II.

VOLVIÓ el señor gordo á reunírseme, deseoso de reanudar la interrumpida conversación, cuya materia, de por sí tan interesante, nos dá ocasión de arreglar el mundo entre él y yo á despecho de la pública indiferencia y de lo espinoso del asunto.

—Consecuente con mi plan seguiremos, señor, tratando la cuestión bajo el punto de vista de que lo que hemos dado en llamar caracter nacional, defectos de la raza, apatía,

indolencia y males irremediables, no tiene más origen que la mala educación.

—Está muy bien, señor Facundo, ese es el plan y me complazco en escuchar á V. discurrir sobre el asunto.

—Acompáñeme V. señor, á echar una ojeada, siquiera sea rápida y somera, á los buenos habitantes de este país privilegiado; y para juzgarlos con más facilidad los voy á dividir en seis clases.

—En seis! exclamó el gordo. Hasta ahora yo había visto dividir en tres la clases sociales: la clase alta, la clase media y la clase ínfima.

—Yo subdivido para nuestra mejor inteligencia.

—Sea enhorabuena, dijo el gordo tomando un polvo.

—La primera clase de nuestra sociedad es propietaria de los palacios y de las haciendas, vive á la europea en México, recibe á los extranjeros, y si bien echa de menos los placeres de París, le sobra con lo que tiene, se conforma con el paseo de la Re-

forma, tolera el Zócalo: toma un abono á medias en la ópera, suele leer periódicos mexicanos y no habla del gobierno.

La segunda clase, ó sea fracción de la primera, la forman los ricos de ayer, que no recibe á los extranjeros, que vive á la mexicana, que no piensa en París, que va al paseo y al Zócalo, que tiene muchos niños, y compra muchas cosas á un tiempo, que vá á los remates, frecuenta el tívoli y habla mucho del gobierno.

La tercera clase, ó sea la segunda de la división más vulgar, es la clase media, que suele ir al paseo, y va siempre al Zócalo y á los premios, que es comunicativa y atenta por índole propia, que gasta más de lo que tiene, que lee todos los periódicos y todos los libros y habla del gobierno según las circunstancias.

La cuarta clase es la menesterosa; y aquí es donde empieza lo espinoso del asunto. Representan esta clase los comerciantes de pequeños comercios, gremio numerosísimo y de tal manera notable en nuestra sociedad

que forma uno de sus rasgos característicos.

El comercio de alacenas, de dulces, de juguetes, de encajes, de flores y mercería corriente, lleva entre nosotros tres siglos de *statu quo;* cada puesto, alacena ó tendajo representa el mezquino haber de una familia durante varias generaciones sin dar un paso á la prosperidad. Siguen los vendedores ambulantes, dulceros y billeteros, que representan el haber de un individuo á tipo de jornal; hay vendedores de dulces que lo han sido durante treinta años. Entre la clase de vendedores ambulantes figura uno sin semejante; delgado, bajo de cuerpo, un poco rubio, bien vestido y casi elegante, atento, político y pulcro, que lleva veinte años de parar á todos los habitantes acomodados de la capital, para venderles un peine, un jabón ó un cortaplumas con tijeras.

—Lo conozco, dijo el gordo, lo conozco como á mis manos y sé cómo se llama, y efectivamente le he comprado un cortaplumas con tijeras hará seis años.

—Siguen á los vendedores los criados

domésticos, los artesanos de taller ó de obra suelta, los trabajadores de las fábricas, los cargadores, los aguadores, etc.

La quinta clase merece un libro; y para dar una idea de ella voy á bosquejar el tipo. Producto neto y exclusivo del Distrito federal, es, respecto á raza, el legítimo representante del mestizo, reproducido por generaciones sucesivas, sin mezcla alguna extranjera. Quiere decir, que el tono ligeramente más claro de su epidermis respecto al color cobrizo del indio, es el resultado de seis ó más generaciones de mestizo y mestiza, cuyo tronco fué india y español. Esta genealogía lo dispensa de tener algo de indio ó algo de español. Ya no tiene nada ni del uno ni del otro. No sabemos cómo ni por qué, todas las clases sociales están de acuerdo en distinguirlo con el nombre de *el lépero;* y esta palabra es de tal manera elocuente, que no necesitamos ya más toque para acabar de bosquejar el tipo, y pasamos á considerarlo colectivamente.

Esta quinta clase, como la hemos llama-

do, es casi la única que suministra el contingente de las cárceles y los hospitales de sangre, y en la que se invierte una cantidad respetable y creciente, más y más, de los fondos públicos; es la que sostiene y fomenta el comercio del pulque en la capital, y por cuyas manos pasan probablemente las tres cuartas partes del valor del consumo diario; y sostiene y fomenta además casi todos los cafégaritos de la capital. De su seno salen y han salido todos los ladrones de camino real y los plagiarios; y cuando un individuo de esta clase sale de la capital viajando por cuenta propia, la policía sabe muy bien que no es por nada bueno. En cuanto á su origen es producto de la clase menesterosa y de la clase ínfima, y seducido por los vicios y arrastrado por el mal ejemplo se lanza, como ellos dicen, *entre los hombres*, sin ley ni freno, sin dignidad y sin temor. La ley, la justicia, la cárcel, las heridas, los golpes y el destierro son las peripecias de su vida, que jamás corrijen, cambian ó modifican su estoicismo; va á la cárcel,

al hospital, y al patíbulo en la misma actitud, y cree firmemente que todo lo que le sucede es porque *es hombre y no*... cualquiera interjección en la que comprende y con que insulta á todas las demás clases sociales.

El lépero ya no es siquiera supersticioso; á cada generación se disipa más y más la lejana idea del culto católico, y suele quedarle alguna costumbre mística y alguna idolatría rezagada. Su sentido moral se pervierte desde su niñez, en medio de la incuria y del abandono de la madre, que gasta todas las horas de su vida en las faenas caseras y en largas y repetidas visitas á Belén, bien como reo ó por delitos de su marido. El lépero conoce la cárcel desde que la madre lo lleva en brazos á visitar al padre para quien aquel encierro es familiar. El código de educación está simplificado en matrimonios como el descrito, á enseñar á su hijo á *ser hombre*, y ser hombre es una frase que perteneciendo al caló de la plebe hay que traducirla y explicarla. Se enseña al niño á *ser hombre* obligándolo á tomar *harto pul-*

que apenas sabe hablar. Su lenguaje está circunscrito á limitado número de frases, porque en la mayor parte de las oraciones, una sola interjección obscena suple un número incalculable de verbos y de adjetivos.

Es nuestro ánimo no herir ni remotamente en nuestros escritos ni susceptibilidades personales, ni de nacionalidad; pero cumple á la verdad histórica decir, que con el hermosísimo idioma de Cervantes, hemos heredado la fea mancha que á lengua tan rica y tan eufónica han echado los españoles ordinarios. Ya se vé que todas las lenguas del mundo son habladas respectivamente con más ó menos pulcritud según la clase que las habla; pero en las clases bajas ningún idioma está tan plagado de obscenidades como el nuestro.

Las malas palabras en otros idiomas tienden á herir el sentimiento religioso verdadero, ó la superstición; son juramentos y blasfemias cuyo espíritu es desear el mal, la condenación eterna ó el castigo, por vía

de ofensa. En la raza española y sus descendientes, la ofensa tiene un carácter puramente obsceno, y jira en orden de ideas incoherentes. En las interjecciones y ofensas en español, no sólo está pervertido el sentido moral, sino la lógica del discurso y la ideología. Tocante á esta herencia é importación funesta, diremos, para consuelo de nuestros maestros, que sus discípulos los han aventajado. El lépero jóven cree que no es *bastante* hombre si no forza su lenguaje con dos terceras partes de interjecciones obscenas, por una tercera de palabras comunes. Esto y saber beber constituye la carta blanca para la vida. Esta carta blanca mata para siempre en la larva-lépero, estos gérmenes: la timidez infantil, la instintiva indecisión entre los actos nuevos, buenos y malos; ahoga el grito natural de la conciencia el aplauso de lo malo, después de cuyo aplauso el castigo de la ley y la reprobación social no tienen significación moral ni prestigio alguno. Este es el estoicismo del lépero, y á este estoicismo contribuyen todavía muchas causas.

Por más que digan que el hábito no hace al monje, el traje de las gentes es más elocuente de lo que parece á primera vista. Toda persona que se educa entra en el camino de perfeccionamiento físico y moral; al sentir que dá un paso adelante, experimenta la satisfacción más natural del mundo que es la de sentirse mejor, quiere decir, al engrandecerse el yo personal, nacen el respeto y el aprecio á sí mismo, y con este aprecio y este respeto, la dignidad que es la más noble y la más moral de las aspiraciones humanas.

En el lépero sucede que así como el pulque y las obscenidades lo han segregado del sendero de la educación moral, la miseria y la crápula lo segregan de la educación física, y ni moral ni físicamente aprecia ni respeta su persona. Este estado peculiar lo constituye en una entidad sin aspiraciones, sin deseo de mejorar, ya no solo en el sentido de educarse, sino en el de vestirse y en el de procurarse comodidades personales. Duerme en el suelo, come con los

dedos, no se lava porque no tiene aguamanil, ni se peina porque no tiene peine, ni le ocurre procurárselo. Se connaturaliza con su desaseo y su incuria, sus narices se connaturalizan con las emanaciones pestilentes de su abandono; sus manos están asquerosas, sus uñas negras, y en fuerza de guardar por meses en la misma ropa su traspiración y sus emanaciones, va dejando por donde quiera que pasa la estela de un olor *sui generis*, del olor á lépero. Este sér estacionario en la escala del progreso humano, adopta definitivamente su traje de sentenciado; es refractario á toda reforma. Si se le propusiera usar corbata, chaleco y saco se echaría á reir como al proponerle un traje de pierrót. La gente vestida decentemente pertenece, según él, á otro gremio al que eternamente desdeñará pertenecer. El tiene sus harapos sucios, una frazada cuando no está empeñada, y su sombrero ancho.

El gordo me había oído estupefacto, pero hombre metódico, no podía prescindir de

sus costumbres y nos despedimos. Yo lo hago de mis lectores ofreciéndoles que mi próximo artículo empezará por donde acaba este artículo. *El sombrero ancho.*

EL SOMBRERO ANCHO

EL SOMBRERO ANCHO.

BRAHMA civilizó á los indios y los dividió en cuatro castas: la de los brahmines ó letrados, la de los radjahs ó guerreros, la de los vaichis ó labradores y comerciantes y la de los sudras ó artesanos. Los que no entraron en esta división se llamaron párias; y á esta clase pertenecen los zíngaros y gitanos, que conservaron desde entonces con su distinto modo de vivir, distinto traje, para diferenciarse de las demás clases. Todos los grupos de

gitanos que se han derramado por Europa, bien sea que lleven una vida errante ó que permanezcan incrustados en algún lugar poblado, son de hecho los protestantes de la civilización, forman un gremio separado, hablan una lengua que les es propia, no abjuran de sus costumbres y casi no tienen ideas sobre religión y sobre moral.

Bastan estos ligeros apuntes para conocer los puntos de contacto que el lépero tiene con el gitano: el lépero tiene como él su lenguaje, costumbres y traje peculiares; es ignorante en materias de religión y de moral, y no dejará en su vida de usar el sombrero ancho, y este sombrero acusará siempre el estado de sus recursos pecuniarios, porque es, por lo general, la prenda de más valor que posee en el mundo.

No vamos á rebelarnos contra el uso del sombrero ancho, ó jarano; creemos que la anchura de su ala está perfectamente motivada por lo abrasador de nuestro sol y lo torrencial de nuestros aguaceros, y como rasgo característico de nuestro pueblo for-

ma parte de ciertos encantos pueriles que halagan nuestro patriotismo; nos parece además vistoso, demasiado vistoso, y á veces escandalosamente vistoso. Ha habido sombrero de esos, ornado con piedras preciosas, valuado en 36.000 pesos. No se le puede pedir más á un sombrero. Era aquél el non plus ultra de los sombreros ¡Cómo no nos han de gustar los sombreros así! y cómo no nos ha de parecer una elegancia nueva eso de llevar los codos raídos, y el sueldo anual del presidente de la República en la cabeza. Muchos conocieron en México ese sombrero en el año 1867, y como yo, se quedaron admirados. Otra de las ventajas del sombrero ancho es que por él se conoce á los ladrones; y desde luego es una garantía para la gente honrada, que los ladrones lleven ese sombrero, como sería una ventaja para los ratones que el gato usara cascabel ó cornetita como los tranvías.

Y tan es una ventaja ese distintivo, que los pobres viajeros de diligencia tiemblan á la sola idea de encontrar á su paso som-

breros anchos, más funestos mientras más galoneados y ostentosos; al paso que esos viajeros unánimemente pasarían de lo más profundo del terror á la más absoluta confianza y alegría, al descubrir en el camino temido que el grupo de ginetes venía en albardón y con sombreros cortos.

En algunos países es necesario vestir á los presidiarios con cotín de rayas para distinguirlos. Aquí todos los presidiarios, los ladrones, los plagiarios y los ajusticiados, se visten solos y por su cuenta; todos llevan sombrero ancho.

Es cierto que muchas personas honradas lo llevan, y de lejos no se podría distinguir un hacendado y un ranchero de un bandido; pero eso es de lejos. Las personas honradas están bastante seguras de su honradez y además se fian en sus maneras, y sobre todo en su conciencia. Por otra parte las personas honradas lo llevan solo para andar á caballo, pero se lo quitan para ir al teatro y á los bailes.

Consecuentes con el espíritu de la civili-

zación europea y con la loable idea de no parecerse á sus criados, algunas personas han adoptado ya para paseo el traje á la inglesa para montar, y lo encuentran muy de su gusto. En cambio se ven todavía muchos charros en el paseo de la Reforma, que para dar cuatro vueltas á caballo, llevan calzoneras con muchas docenas de botones de plata, grandes espuelas, jorongo, espada, reata y revólver; y sobre todo el sombrero, el gran sombrero cuya elegancia consiste en ser demasiado ancho, demasiado alto y demasiadamente deslumbrador.

A fuer de cronista y con el fin de dejar á nuestra posteridad un apunte exacto de modas, trajes y costumbres que han de desaparecer, vamos á hacer la descripción del sombrero ancho.

Al principio el lujo del sombrero se redujo á el ala, que se ribeteaba con galón angosto, y se ceñía la copa con lo que se llama todavía toquilla, que es un chorizo de lienzo relleno de zacate y forrado con galón de plata. Estas toquillas han sido al-

ternativamente formadas de una, dos, ó cuatro salchichas unidas por mancuernas de botones, por nudos, ó por cordones de plata. A los dos lados de la copa se colocaban las chapetas, que eran por lo general dos botones ó florones que remataban en una espiga, en una bellota ó en un colgajo. Después se agregó al sombrero un galón ancho por la parte inferior del ala; después ese galón se puso en la parte superior. Las dimensiones del ala bastaban para hacer del sombrero un objeto pesado, y más grande de lo que generalmente conviene á una estatura regular.

Hoy el sombrero ancho ha llegado á tomar las mayores proporciones posibles, aumentando la altura de la copa en proporción del diámetro del ala; de manera que resulta una combinación entre el sombrero charro y el gorro del pierrót. A esta forma que pasó del estilo charro á lo grotesco, se agrega todavía una toquilla formada de seis ó siete vueltas de un cordón de plata de media pulgada de diámetro, ó un lazo de

galón de plata de cuatro pulgadas de ancho. Esta es la forma más común; pero los adornos varían, agregando á los galones el bordado al pasado; de hilo de oro ó plata y lentejuelas, pasamanería, bordados de espiguilla, de oro etc, etc, recargando más y más los adornos, hasta venir á parar en un sombrero todo de plata y oro que no ha mucho estaba de venta en la calle del Refugio, y que juzgando piadosamente, debe haber ido á parar á manos non sanctas.

Ahora bien, y siguiendo la historia de las modificaciones que la civilización ha venido haciendo en los trajes, venimos á parar en que los que no han cambiado en nada son los pueblos y las tribus salvajes; éstas se visten hoy como en los tiempos de Alarico, manteniendo no obstante esa propensión de todas las razas humanas al cuidado y adorno del individuo. El salvaje usa de los adornos y galas de que puede disponer en su aislamiento, y arranca al jabalí sus dientes, sus garras y sus plumas al águila, y se adorna con ellos para ostentar su fuerza y

sus hazañas contra los animales feroces. La altura de los penachos y la superabundancia de armas y trofeos indica la categoría del capitán ó jefe, y el deseo de distinguirse de sus compañeros inventa insignias y condecoraciones, y no teniendo á la mano más objetos con que engalanarse, inventa pintarse la piel con los colores más discordantes, que hagan todavía más feroz su aspecto y catadura.

El segundo grupo de individuos de la raza humana, refractario á las leyes comunes de la civilización, es el de los gitanos; y siguen, en un orden más ó menos extricto los pueblos de oriente, á los cuales la civilización europea no ha podido hacer desistir de sus costumbres primitivas.

Siguiendo el mismo orden de ideas tenemos que considerar que la civilización que alcanzamos no ha podido destruír, ni destruirá en mucho tiempo todavía, la institución de la guerra. Este resto de salvajismo subsistirá todavía á pesar de todas las tendencias humanitarias y reformistas, y á pe-

sar de haberse verificado en este siglo mayor número de arbitramentos internacionales que en cualquiera otro. Pues bien, la institución militar que con una mano está adherida todavía á la tradición salvaje, por más que con la otra abra las puertas de la ciencia, conserva el traje especial que la distingue de las demás clases civilizadas. En los pueblos más cultos, y por consiguiente más homogéneos en costumbres, subsiste el traje militar como la única excepción, y aún en el traje militar, si bien se examina, se notará cierta tendencia á la sencillez y á la seriedad. Van escaseando los plumeros, las corazas, las charreteras y los colores chillantes. Se prefiere el color neutro y oscuro, y los adornos van tomando un estilo más sencillo.

Todo resabio de barbarie tiene que estar acentuado con su distintivo especial. Por una de esas anomalías de las sociedades que tienen por ley la costumbre y la rutina, la civilización ha luchado en vano por suprimir las corridas de toros. Esta diver-

sión salvaje tiene, pues, que mantener el tipo del torero á tres siglos de fecha.

El torero, vestido de raso encarnado, y el indio Victorio, adornado con colmillos de javalí y con plumas de buitre, están en carácter. La civilización hace un papel detestable ofreciendo un frac negro á estos individuos. El acróbata que apuesta con el público los 365 días del año sobre la manera de matarse y gana la apuesta, debe conservar el traje de los gladiadores que divertían á Nerón dándose estocadas y mandobles. El frac y el libro son un sarcasmo para esta especie de cuadrumanos parlantes.

El traje primitivo que la civilización no puede modificar, es el que conviene en lo general á los individuos en quienes podría suprimirse sin detrimento el uso de la palabra; tales son el salvaje, el soldado, el torero y el acróbata. Todas esas entidades practican sus ejercicios en silencio, porque no se trata sino de la fuerza física y el valor brutal, en cuya ruda ocupación parece de-

masiado espiritual y metafísico el divino arte de la palabra.

En el orden de la anterior clasificación de trajes entran, inmediatamente después, el lépero de sombrero ancho, y formando la 6.ª clase de nuestra 1.ª división queda el indio, del que trataremos en nuestro artículo próximo.

Queda, pues, demostrado que el lépero existe en nuestra sociedad por una deficiencia de la educación, y que es á nuestra cultura y modo de vivir en México lo que el gitano á las razas civilizadas; que su distintivo característico ó su idiosincracia es el sombrero ancho, y que si la gente civilizada lo usa por excepción, es porque no todas las personas, por cultas que sean, averiguan el *por qué* de las cosas, y porque el uso y la costumbre son en todas partes las únicas leyes que se cumplen sin sacrificio y sin repugnancia.

El espíritu del progreso humano que tiende á unificar la educación, las leyes, los usos, las costumbres y los trajes, llegará á

abolir el sombrero ancho á medida que vaya confundiendo tribus, razas y tipos, y vaya fundiendo en una masa homogénea los grupos que viven hoy más ó menos agenos al movimiento civilizador de nuestro planeta.

Venus, Birjan, Mercurio y C.ª
I

VENUS, BIRJAN, MERCURIO Y C.ª

I.

DESPUÉS de todo, nos parece una injusticia de los periódicos ésa de declamar contra los vicios. Se han empeñado estos moralizadores de oficio en que la sociedad nuestra ha de caminar por el sendero del párrafo ni más ni menos que el tren correo sobre los rieles. Vaya V. á meter en el magín de una madre de familia, de esas que van á Tacubaya con sus hijas, que aquella casa con espejos es

un garito; quiere decir, una casa de mala fama, un lugar de prostitución. Háganle ustedes comprender, si pueden, que el juego de azar es un vicio punible y denigrante. Háblenles ustedes á esas madres, de economía doméstica, de ahorro, de orden, de decoro personal y de dignidad. Háganles ustedes una discreta observación sobre la mala fama de aquella mujer que lleva el apodo de *cebollón;* sobre que aquellas otras mujeres vestidas de seda que se codean con sus hijas son mujeres públicas. Háganles ustedes notar que la mayor de sus hijas acaba de ponerse colorada al oir una palabra obscena que *el apunte* profirió al perder el caballo. Llamen ustedes su atención sobre que aquel hombre de sombrero descomunal es el bandido H., que el otro es un pagador que está jugando la caja del cuerpo, que aquel jovencito es un hijo de familia que roba á su padre, que el otro está jugando el patrimonio de sus hijos. Acérquense ustedes á esa señora, fresca todavía, lozana; que está ocupando uno de los prin-

cipales asientos alrededor del tapete verde y que tiene á sus lados á sus dos hijas, de quince y de diez y siete primaveras, tímidas, recelosas, que no saben todavía lo que es *tecolote* ni *vieja* ni *todas menos*. Observen ustedes con qué naturalidad, con qué sorprendente ingenuidad alecciona á aquellas vírgenes en ese caló de la baraja, y cómo las reprende cuando no comprenden ellas que *no pueden hacerse tantas chicas*. La señora tiene un aire bonachón, tan bonachón y tan ingénuo, que empieza á tomar un tinte ambiguo de abandono criminal y de ignorancia supina de los más vulgares principios de moralidad. ¿Será posible hacerle comprender en donde está, qué es lo que hace, qué es lo que siembra, qué es lo que mata, qué es lo que enseña, y qué es lo que recogerán más tarde aquellas niñas inocentes? ¿Leerá siquiera los periódicos esta madre institutriz de sus hijas y profesora de albures? ¿Será capaz un pobre párrafo de gacetilla de salirle al encuentro en esa senda del desdoro y la abyección. ¿Quién es

el marido de esta señora? ¿quién es el padre de esas niñas? ¿Es marido, es padre? No; es *un apunte.*

Prohibir el juego! ¡utopia! imponerle multas! ¡utopia! Tomar á los jugadores de la oreja y llevarlos á la cárcel! ¡utopia! Declamar contra el vicio! moralizar por medio de la prensa, ¡utopia! Que no jueguen! Quienes? Los jugadores? ¿Donde está la linea que divide á los jugadores, de los que suelen jugar; esa es una linea trazada en el agua y que se borra cuando el garito se traslada á un pueblo en días de feria.

A quien toca prohibir el juego? A la autoridad pública? ¿Quién es el reo ante la autoridad? ¿el montero ó el *punto*? El montero se envejece, siéndolo, con prohibición y sin ella. El montero propone y el *punto* descompone. El montero no obliga al punto; el punto es espontáneo, va porque quiere ir, por un acto libre de su albedrío, y lleva allí su dinero con noventa y nueve probabilidades de dejarlo por una de llevarse el del montero. Esto es viejo, sabido y proba-

do, porque de Enero á Enero el dinero es del montero. Esta es en toda lógica la legítima y única prohibición del juego. Su gran enseñanza, su profunda filosofía y hasta su anatema es éste: *Perder.*

Parecería, pues, natural que cuando en resumen el montero gana y el apunte pierde, acabaran los apuntes como las liebres en un terreno donde se caza todos los días, por abandonar el panino y la comarca. Pero es el caso que, entre las liebres y los hombres hay diferencias sustanciales de constitución, de índole, de especie, de instinto y de sentido común. La liebre, (y vean ustedes con qué clase de alimaña nos tocó en suerte comparar al rey de la creación) la liebre, pues, si bien es un poco difícil de persuadirse, llega la repetición de las hecatombes á tal grado, que formula, en el más estricto orden de la lógica de los hombres, la firme resolución de abandonar la comarca, por las poderosas y bien sentadas razones siguientes: 1.° la amenaza de exterminio inmediato; 2.° por las repetidas molestias,

sustos y carreras á que la obligan los cazadores incesantes, al grado de que si supiera hablar, exclamaría: «Esto ya no se puede aguantar, ó no ganamos para sustos,» pero lo diga ó no, en articuladas frases, propiedad de nuestra privilegiada organización, el caso es que la liebre lo piensa, lo decide, y no hace lo que nosotros los hombres que pensamos y decimos las cosas y no las hacemos, sino que la liebre, la alimaña esa irracional, pone en práctica la teoría y la cumple al pié de la letra; y en campos más tranquilos en donde no silba ya la munición del cazador, se regodea de su precisión y sanciona la excelencia del partido tomado, lamiéndose el hocico.

Propóngale usted á un racional, más aún, á un hombre de talento, que imite á la liebre; persuádalo usted á que debe obrar en materia de albures con la circunspección, el tino, las razones, la prudencia y la lógica con que la liebre procede en materia de peligros, y el hombre de talento se le reirá á usted en las barbas, y hasta se atreverá,

puesto que tiene talento, á probar que es usted mezquino, pobre de espíritu y timorato, y encontrará que eso de predicar contra el juego es de mal tono; que el hombre necesita emociones, que debe ser audaz y atrevido, y debe buscar la suerte y capotearla, porque la vida es corta y acabará por volverle á usted la espalda.

¿Qué recurso queda, pues, contra el juego, cuando los que juegan son los hombres de talento, y las madres de familia, y las niñas inocentes, y las autoridades y los funcionarios públicos? Si solo se tratara de liebres, vaya usted con Dios, estamos seguros de que las liebres se dejarían persuadir, escarmentando en cabeza agena, pero los hombres!...

Por otra parte, y en prueba de nuestra imparcialidad, vamos á nuestra vez á probar que el juego es una necesidad latente de nuestra sociedad actual, dadas las condiciones de su existencia y de su modo de ser. Ya no nos meteremos á declamar contra semejante vicio, por no pasar á la fila de los predicadores tontos; ya no pediremos

el castigo de los culpables para que los culpables no se rian de nosotros, ni nos escandalizaremos de la corrupción social, para no incurrir en la nota de pusilánimes y beatos. No señor, nada de moralejas rancias, ni de anatemas estériles. A Tacubaya, á Tacubaya, á la ciudad de los Mártires, á confundir nuestra humanidad refractaria con las deidades del Olimpo. El dios Mercurio, ligero como el aire, y ferrocarrilero en este siglo, nos meterá en un vagón americano en unión de siete léperos de grandes sombreros galoneados, de siete pollas endomingadas, de siete viejas condescendientes, de siete imberbes y de siete *pico largos;* y todos juntos entraremos, después de una penosa travesía, al templo de Birjan adornado con heno y con farolitos, con espejos y cuadros dorados.

Birjan tendrá allí música barata y refrescos caros, y muchas onzas de oro brillando en un firmamento verde como estrellas diabólicas; y Venus afrodita, cansada de las caricias de Hércules, nos hará tomar asien-

to entre *Cebollón* y una hija de familia, entre una madre que confunde á Birjan con el padre Ripalda, y una Mesalina ébria. ¡Oh dioses del Olimpo, que nacéis en Grecia, que vivís con la historia, que os inmortalizais en la poesía, y os corrompéis en Tacubaya, dadme la inspiración, que bien la necesito!

Se trata de probar si el juego es bueno, y no solo bueno sinó necesario. Para probar que es bueno, á ningún testimonio más autorizado podemos recurrir que al montero. Todos los monteros corroboran esta opinión, y se fundan en las lecciones de la experiencia. El montero es un hombre sentado hace treinta ó cuarenta años frente á una carpeta verde, á donde extiende su dinero, y el de sus socios, para dárselo generosamente al primero que llegue llevando la misma cantidad y acertando.... ¡acertar! vean ustedes qué condición tan sencilla y tan leal! ¡una de dos! la cosa no puede ser más simple. El montero tiene toda la circunspección y todo el aplomo que conviene al león respecto al cordero; es de

suyo serio, sóbrio de palabras, medido de maneras, grave de voz, certero de vista, frío de pasiones, rígido de músculos y sereno como el capitán de un buque. Se le nota un aire de suficiencia que raya en superioridad. Su fría sonrisa se parece á la de Napoleón en Austerlitz, á él mismo se le figura que está ejerciendo un arte difícil, pronuncia un monosílabo *al paño* con la concisión de una medida geométrica, y en el fondo de toda esta apariencia está ocupando todo el fondo de su alma la avaricia en el pleno desarrollo de esa pasión. El montero, en fin, no puede ser más que montero, y lo será á pesar de todas las leyes y de todas las persecuciones. Se ve, pues, que el juego no se puede combatir empezando por el montero, porque para suprimirlos sería necesario hacer una carnicería espantosa, y Dios nos libre de semejante barbaridad!

En el artículo siguiente nos ocuparemos de los *puntos* para averiguar qué consiste en ellos el incremento escandaloso de los juegos de azar.

Venus, Birjan, Mercurio y G.ª
II

VENUS, BIRJAN, MERCURIO Y C.ª

II.

YA quedamos en que no se puede perseguir el juego suprimiendo á los monteros, por la misma razón que no se puede reprimir el homicidio suprimiendo los cuchillos. Veamos, pues, si se pueden suprimir los *puntos*.

Por los últimos días de Enero anterior, un empleado de hacienda, de cosa de cuarenta años efectivos y cincuenta ostensibles, con cuatro hijos legítimos y dos naturales,

casado por la ley y por la iglesia con Lola, y detras de la ley, de la iglesia y de Lola con una cubana alegre, se devanaba los sesos delante de un papel lleno de guarismos que decía lo siguiente:

Presupuesto de egresos.

Casa, comida, criados y lavandera.....	$	110	00
Ingleses.—Al agiotista.....	»	560	00
Al doctor.....	»	37	00
A mi compadre.....	»	16	00
Picos de mi mujer.....	»	18	50
.....**.....	»	64	00
.....O.....	»	8	00
.....	»	5	00
(Estos signos se referían probablemente á la cubana.)			
SUMA.....	$	818	50

Al domingo siguiente el empleado jugaba albures en Tacubaya, y su mujer con la

mayor de sus hijas, buscaban el nivel entre $818,50 del presupuesto de egresos y $150 del sueldo del empleado.

La cubana, vestida de raso azul, pasaba alternativamente del monte á la roleta, buscando otro nivel.

A las nueve de la noche regresaban á México el empleado y su familia, completamente desnivelados.

Pero la hija, que á pesar de contar solo diez y siete primaveras y de estar aprendiendo, con cargo al gobierno federal, cosmografía, trigonometría y arte poética, había visto la facilidad con que aumentaba y disminuía el montón de pesos, con que jugaba á la roleta, al ver á su papá tan afligido, le sugirió un proyectito para el domingo siguiente.

La mamá que conocía el burlote y que se preciaba de saber jugar, adicionó el proyecto, hasta el grado que el empleado y la que estudiaba trigonometría, lo juzgaron infalible.

Al empleado tocaba la tarea insignifican-

te de procurarse fondos, y durante toda la semana la familia no cesó de hacer castillos en el aire: la mamá se proponía: primero, pagar los picos, luego, hacerles ropa á las muchachas, y si la cosa daba para más, comprarían vajilla. La niña pensaba en un sombrero de á treinta pesos, en unas botitas de á ocho y en un vestido de seda color de sangre de toro para ir al Zócalo.

De repente cayó en la casa un periódico, probablemente la *Libertad*, y la mamá puso el grito en el cielo.

—Habráse visto descaro semejante de periodistas! Bien se conoce que todos ellos son un hato de mezquinos. ¿Con que les parece mal que las señoras jueguen?

—Y que lleven á sus hijas!, agregó la del arte poética.

—Y que juegan los empleados ¡vaya V. á ver! como si jugar fuera un crimen; ya, ya ví el papelucho ese, en que escriben esos moralizadores de nuevo cuño que declaman contra el garito. ¡Garito la casa de Fuentes! ¡tan decente y tan elegante!

—Con aquellos espejotes! dijo la mamá.

—Y sobre todo, con tanto orden y todo entre personas decentes ¡vaya V. á ver! Allí estaban los señores del ferrocarril y los del banco y los empleados y los comerciantes y hasta las autoridades locales y otras de la capital, y llámele V. garito!

—Cuando la honra es de quien la dá; exclamó la mamá ufana de haber encontrado la frase, que repitió dos veces.

—Pues ya se vé, de quien la dá, y por cierto que la partida no puede estar más decente, ni la concurrencia mejor escojida ¡garito, con veinte mil pesos de fondo! ¡garito!

—Y no ves que dicen en el periódico que las mujeres públicas se codean con uno?

—Y nosotros que tenemos que ver con esas señoras? Métanse ustedes en una fiesta publica á calificar la vida privada de las gentes.

—Y que si son ó no mujeres públicas, con su pan se lo coman.

—Allí al menos se portaron decentemente.

—Vaya! sobre que yo no sabría distinguirlas, dijo la mamá; tú conoces alguna?

—La del vestido color de rosa me parece que es, dijo la de la trigonometría rectilinea; yo la ví muy lujosa y me la quedé viendo, y Arturo que estaba junto á mí, me hizo seña. Yo creo que son cosas de Arturo. Figúrese usted que es una jovencita muy blanca, y sobre todo muy elegante. A mí me parece que no ha de ser una mujer mala, porque yo la ví tutearse con muchos señores muy decentes.

Por lo visto estos puntos no son de los que pudieran suprimirse y estamos seguros de que éstas y muy parecidas razones deben tener los demás para ser jugadores; de manera que si deseamos encontrar de buena fé el remedio del juego, es preciso figurarnos que la sociedad ha llegado á un grado de juicio y de prudencia tales, que los actos todos del individuo se ajusten invariablemente, sino á los más sanos principios de moral, por lo menos á la lógica del buen sentido práctico; y he aquí una de las evo-

luciones más difíciles de la inteligencia humana y por la cual lucharán eternamente los filósofos y los moralistas, sin avanzar en su empresa altamente meritoria y humanitaria.

Por más que el mundo avance ha de ir dejando tras de sí numerosísimas falanjes de ilusos y de fanáticos.

La ciencia abrirá vastos horizontes al pensamiento, mientras á su alrededor aumentará todos los días el número de las personas que creen en brujas. Las matemáticas fijarán los términos incontrovertibles de un problema, pasarán las verdades científicas á la categoría de axiomas, y al derredor de las matemáticas seguirá creciendo el número de las personas que ocurran á la lotería en vez de ocurrir al ahorro, y el de las que despilfarran para adquirir en vez de adquirir para no despilfarrar, y el de las que ocurran al azar en vez de ocurrir al trabajo y á las economías; y de las que después de enfermarse adrede prefieran á San Antonio al Dr. Liceaga.

En vista de estas razones nos convencemos de que no pueden suprimirse ni montero ni puntos: los primeros son una casta, y las castas no se acaban por el prestigio de una plumada; y los segundos son una mayoría destinada á crecer y multiplicarse por que tal es la condición de las sociedades humanas. El juego, pues, ha pasado ya, aún antes de que nosotros nos apercibiéramos de ello, á la categoría de los males necesarios como el de esas señoras.

Ahora bien, supuesto que á ellas se las reglamenta y se las cuotiza ¿por qué no se ha de reglamentar y cuotizar á los jugadores? Si esa mayoría que no nos atrevemos á llamar respetable, por numerosa que sea, se empeña en dejar parte de su haber y su pan en manos del montero ¿por qué la autoridad no ha de ponerse al lado del ganancioso á nombre de la beneficencia y de la caridad pública?

La intervención de la autoridad pública en todos los garitos, traería dos ventajas prácticas y de obvia aplicación en pró de la

moral y las buenas costumbres; la primera, una contribución que en el equilibrio social hiciera ganar á la beneficencia lo que los vicios pierden; y la segunda, que ya que no es posible coartar la libertad de la mayoría disoluta, el gobierno quede al menos en aptitud de prohibir el garito á los menores, hijos de familia, y á sus empleados y servidores, especialmente á los que manejan fondos de la nación, bajo la pena de destitución de empleo.

DORMITORIOS PUBLICOS

DORMITORIOS PÚBLICOS.

SE vá á establecer en México una institución muy conocida en varias ciudades del extranjero: los dormitorios públicos. El espíritu de los promovedores de esa obra de caridad, es á todas luces loable y digno de elogios; pero en su deseo de acertar nos parece que se desvían del objeto; y que una vez establecidos esos dormitorios sobre las bases que se proponen, es seguro que exclamará la gente:

«Vean vds. qué cosas! todo entre nosotros sale contraproducente!» y esta muletilla correrá de boca en boca hasta servir de epitafio á la institución. Los autores del proyecto han acertado en su primera inspiración; pero tan luego como entran en detalles, despliegan un lujo de restricciones, que, en la práctica, nulifican el proyecto. He aquí en extracto esas restricciones:

1.° Examen prévio de antecedentes y circunstancias.

2.° Admisión solo hasta las nueve de la noche.

3.° Justificación del motivo por que se pida hospedaje por segunda vez.

4.° No dar hospedaje al mismo individuo más que por cuatro noches.

5.° No recibir borrachos.

6.° Fijar la hora de salida.

7.° Pretender que los asilados no sean criminales.

8.° Lavar cada uno la paja ó heno en que duerma y tenderla al sol, y barrer el dormitorio.

9.° Que el público pueda desde la calle contemplar el espectáculo, etc., etc.

Repetimos que todas estas reglas están dictadas con la mejor intención del mundo, más todavía, con cierta ingenuidad candorosa.

Veamos de qué se trata, y examinemos la cuestión bajo el punto de vista práctico. Se trata de albergar durante la noche á los desgraciados sin hogar. ¿Quiénes son esos desgraciados? los individuos de la última clase social. Juzguémosles.--Afortunadamente no ha llegado México á contemplar el espectáculo que presencian ciudades más grandes y más ricas que la nuestra: el de centenares de personas que mueren de hambre y de frío. En México el hombre honrado y sobre todo metódico, no se muere de hambre ni le falta hogar. Los mismos autores del proyecto calculan que tendrán bastante con cuarenta camas; y cuarenta camas gratuitas en una población de más de 300.000 habitantes es una cifra todavía consoladora.

Pero esos individuos que habrán de albergarse son de todos modos la escoria social, que no cabe en ninguna parte y duerme en la calle. Se les va á hacer el favor de abrigarlos bajo de techo. ¿Para hacerles un bien? No, porque en ese último estado de la degradación humana, el estoicismo no sabe ya apreciar esa ventaja: esas gentes duermen tan felices y tan cómodas en el quicio de una puerta, como los autores del proyecto en su mullida cama. Se les va á favorecer para que lo agradezcan? jamás! En ese grado de relajación se ha dejado ya á muchas leguas de distancia la rara virtud del agradecimiento. ¿Para qué se les alberga? Se les alberga en nombre de la civilización y de la filantropía, y por decoro público. Una municipalidad bien organizada, despues de mandar barrer y tirar la basura y los desperdicios, recoje esa basura y esos desperdicios humanos en una galera durante la noche.

Queda, pues, nulificada la primera de las restricciones de examen previo de antece-

dentes y circunstancias. Estos son los antecedentes y circunstancias de los albergables.

La segunda de las restricciones es no admitir huéspedes después de las nueve de la noche. El no tener albergue puede ser, ó la condición normal, ó una emergencia. Si lo primero, el que en tal situación se encuentre, es el que más necesita hospedarse. En cuanto á lo segundo, sucede que las emergencias no tienen hora fija, y la falta de albergue puede acontecer á cualquiera hora de la noche; y en la imposibilidad de reglamentar las emergencias, las casualidades y las desgracias, debemos optar porque el dormitorio esté abierto toda la noche, como lo están todas las posadas y todos los hoteles.

La tercera de las restricciones, es la justificación del motivo porque se pida hospedaje por segunda vez. Estas restricciones se parecen á las que establecieron las *Conferencias*, formadas de señoras católicas y ricas, que no concedían el derecho de ser pobres más que á los católicos. El motivo

porque se pide hospedaje por segunda vez, es exactamente el mismo que se tiene para pedirlo por la primera. No tenerlo.

La cuarta restricción es no dar hospedaje más que por cuatro noches. A esta restricción debe seguir un decreto que prohiba ser pobre por más de cuatro días.

La quinta es no recibir borrachos, y la séptima no recibir criminales. Si al último grupo social se le pone por condición para darle techo, que sea honrado y laborioso, el dormitorio es perfectamente inútil.

La sexta, fijar la hora de salida. Esto no es muy difícil, ni se necesita decirlo, tratándose de dormitorio.

La octava, que cada albergado lave la paja ó el heno en que durmió y barra el dormitorio. ¡Lavar la paja! Esto no vale la pena de comentarse, especialmente cuando la empresa no dice quién la seca. Lo de barrer el dormitorio empieza á quitarle á la empresa su carácter desinteresado y caritativo.

La novena, en fin, desea que el público pueda recrearse desde la calle con el espec-

táculo de los asilados roncando. ¿Para qué?

Los presuntos asilados están en el caso de decirle á la empresa, con Bretón de los Herreros:

«Mujer, no me quieras tanto,
O quiéreme con talento.»

Muy disculpables son, sin embargo, los señores de la empresa, en no conocer con qué clase de gente tienen que habérselas, y esta ignorancia hace honor á los blancos pañales de su cuna; pero nosotros, que hemos dirigido ya el foco de cierta linterna mágica que nos pertenece, para escudriñar todos los rincones de nuestra sociedad, vamos á permitirnos decir quienes usarán el dormitorio público y porqué motivos.

México es el país de los compadres, y por muchos que sean los defectos que podamos tener, incluyendo los muy notorios de nuestras clases inferiores, tenemos todos la virtud de la franqueza y la generosidad; somos naturalmente hospitalarios y compasivos; desde el gobierno, que gasta $20.000 en recibir al general Grant, hasta el zapate-

ro que aloja y dá de comer á su compadre porque no tiene casa, todos pagamos tributo á esas virtudes, rasgo distintivo de nuestra raza. Todavía no se corrompe nuestra sociedad, al grado que el egoismo sea precisamente la norma de todos sus actos; todavía no se oye el grito de *sálvese quien pueda,»* y esto de partir el pan y el techo, es costumbre arraigada y netamente nacional; y en materia de albergue, corrobora el aserto la circunstancia de que nuestras clases pobres no usan jamás del mesón, que es el hotel de los pobres. Los locatarios de los mesones, son, casi sin excepción, forasteros traficantes, lo cual prueba que esa parte considerable de pueblo, que por pobre no tiene hogar, vive en el de los otros; y que aquéllos que, á pesar de nuestra tendencia hospitalaria carecen de él, es porque han llegado al último grado de la depravación, puesto que ya no tienen en el mundo ni compadres. Esos van á ser, no los que busquen un asilo, sino á los que los gendarmes obligarán á aceptar un techo.

La prenda de más valor que esta clase de gente llega á adquirir en su vida, es una frazada, cuyo destino manifiesto es, ó estar en hombros de su dueño, ó empeñada; pero jamás guardada; por que no está segura en ninguna parte.

Cuando hace frío, *el pelado* vacila entre el chinguirito y la frazada; y de cien veces noventa triunfa el vicio de la higiene. Con estos antecedentes, en el momento en que se abra el dormitorio con cuarenta frazadas, habrá cuatrocientos que empeñen la suya para *una medida* y vayan á solicitar la del dormitorio, resolviendo la difícil disyuntiva entre la frazada y el chinguirito de la manera más victoriosa: chinguirito y frazada.

El que se decide á dormir en quicio de puerta y sin frazada, gana con dormir en tarima bajo de techo. Este, pués, debe ser el sistema de la primera sala del dormitorio: una galera con techo, tarima, luz y policía.

Como además de esta clase puede haber

desgraciados que carezcan de hogar y de abrigo por accidente, y apelen al dormitorio público por necesidad, deberá haber una segunda sala con tarima, petate, luz, frazada y policía.Las frazadas se alquilarán por unos cuantos centavos. Pudiera establecerse una tercera sala separada de las galeras, con camas á un precio inferior á las de los mesones, en beneficio de los pobres honrados.

Esta institución tendrá la ventaja de evitar el espectáculo indigno de la capital de los que duermen al aire libre, y reunirá por espacio de algunas horas en un lugar determinado un grupo de gente muy digno del estudio de la policía, porque habrá de suministrarle preciosos datos.

El reglamento interior no debe festinarse: los mismos incidentes del dormitorio irán dictando los artículos, y la experiencia los irá reformando poco á poco.

EL AGIO, EL PAUPERISMO Y LA CARIDAD.

I

El Agio, el Pauperismo y la Caridad

I.

En el estado actual de nuestra sociedad y en medio de la lucha por la vida, se recogen á millares los ejemplos de una deficiencia de nuestra educación, que, como la mala semilla de los campos, se derrama y se propaga sobre terrenos fértiles, de estación en estación, amenazando arruinar la sementera.

Por muchos que sean los problemas que la sociología tiene todavía que resolver, hay algunos resueltos ya por la aritmética y por

el sentido común: tales son el empleo del tiempo, el ahorro y la economía. Estos tres factores han dado siempre como resultado preciso una suma de bienestar que proporciona desde el mejoramiento de una situación anterior, hasta la riqueza. Pero estos tres factores, que pudieran colocarse entre nosotros en la categoría de las virtudes raras, no pueden emplearse si no han formado parte de la educación. Desgraciadamente nos ha faltado esa base, y hemos ido aprendiendo los unos de los otros los principios diametralmente opuestos á este espíritu positivista y práctico. Nuestros conquistadores estaban muy lejos de poseer esas virtudes, y más lejos todavía de inculcárnoslas; les preocupaban más las ventajas personales de su empresa, que el porvenir de los conquistados, la facilidad de adquirir los hacía pródigos, y la abundancia los hacía poco previsores y poco económicos. Los productos de la feraz naturaleza y la mansedumbre y sumisión del indio, combinaban riqueza y brazos, abundancia de elementos y abun-

dancia de servidumbre al rededor de la cuna del criollo, cuya existencia excepcional debía ser extraña al espíritu de una educación que entrañara sacrificios, economías y privaciones. El criollo aprendió á ser pródigo, imprevisor y despilfarrado. Amontonaba barras de plata solo para contemplarlas después de rodearse de bajillas del mismo metal. Así vivían nuestros ascendientes, entre el excedente de la producción, y sin soñar en que se encarecerían los metales preciosos alguna vez; y si pensaban que eso llegara á suceder, sería tan tarde, que su generación habría desaparecido. Pensar entonces en orden y, sobre todo, en ahorro, hubiera sido girar en un terreno desconocido y discurrir sobre una teoría inconducente y que no tenía razón de ser. Ese punto de partida imprimió sello á nuestro carácter, que desde entonces ha venido formando el tipo nacional, cuyos rasgos distintivos deben ser la prodigalidad y el desprecio al dinero, virtud (ó vicio) de que se vanagloria hasta la fecha.

Los resultados precisos de aquel sistema de educación son los que determinan hoy el carácter y situación de nuestras sociedades. Tras la casta de los conquistadores vino la casta de los primeros colonos españoles, gastado ya el botín de la conquista; y como estos colonos traían esas virtudes raras de ahorro y economía, tan agenas de nuestro carácter, emprendieron desde entonces la obra lenta, metódica y calculada del empleo del tiempo, del ahorro y la economía; casi puede decirse que instituyeron el mostrador, y con la práctica perseverante de esas virtudes, han llegado á posesionarse casi en su totalidad del comercio de abarrotes, lencería y panadería en toda la extensión de la República.

Lo que los españoles han hecho en esos ramos, los alemanes lo han realizado con los mismos medios en la mercería, ferretería y quincalla, de manera que el comercio interior y exterior de México está, con ligerísimas excepciones, en poder de las colonias española y alemana.

Los criollos entretanto, rindiendo culto á la prodigalidad, haciendo alarde de desprecio al dinero, cantando y bailando, tenemos empleos, profesiones y grados militares; y como ni empleos, ni profesiones, ni entorchados bastarán jamás á satisfacer nuestros caprichos y necesidades, y como á medida que se difunde la instrucción pública sobre las bases en que está establecida, ha de aumentar el número de los que no nacieron para tener panadería ó tienda de abarrotes, y como seguiremos buscando la solución del problema de nuestro bienestar por los medios menos conformes al buen sentido práctico, invertimos sin sentirlo y candorosamente una parte considerable de nuestro haber en el fomento del suntuoso Nacional Monte de Piedad, y sus ocho prósperas y expléndidas sucursales; en el infinito número de prenderías y empeños, en el bienestar y medro de la numerosa familia de prestamistas, y en el auge y progreso de las loterías.

De manera que mientras el ahorro, el

trabajo y la economía del español cooperan día á día á la riqueza y engrandecimiento de la colonia, mientras el ahorro y la inteligencia de los extranjeros radicados en el país los hace prosperar, la gran masa de mexicanos, con excepción rara, dedicamos una cantidad exorbitante, (que en la forma de ahorro rendiría una suma de bienestar inapreciable) al fomento de industrias y expeculaciones que aprovechan y enriquecen á otros, y nos arruinan á nosotros mismos.

La condición del que maneja una renta ó salario para subvenir á sus necesidades y subsistencia, es indefectiblemente de una de estas tres maneras:

1.° Exceso de necesidades y falta de renta.

2.° Igualdad entre las necesidades y la renta.

3.° Excedente de renta sobre las necesidades.

En el primer caso, la lógica del sentido común no tiene más que una solución en la forma de esta disyuntiva:

Disminuir las necesidades ó aumentar la renta. ¿No se puede aumentar la renta? Entonces disminuir las necesidades. ¿Como? A toda costa. Esta condición primera es en la que se encuentran las tres cuartas partes de los habitantes (criollos) de la capital, quiere decir, en la insuficiencia de renta para cubrir sus necesidades. Y esta masa de población procura la disminución de sus necesidades? No, muy al contrario; las aumenta con la zarzuela, con el lujo, con la vanidad de ocultar su falta de recursos, con el prurito de aparecer franco y desprendido, con la costumbre de pagarle á otro la comida, la copa ó la entrada al teatro, aunque no sea necesario; y téngase presente que se trata de la masa que sufre la escasez de su renta, y á la que si le propusiéramos hacer un ahorro de su escaso haber, se reiría de nosotros.

No se les hable á estas gentes de guardar un real hasta juntar doscientos, porque les pareciera una burla sangrienta. ¿Economizar? Vaya una ocurrencia. ¡Guardar, aho-

rrar! guardar qué? ahorrar qué? cuando no nos alcanza lo que tenemos. Imposible, imposible! ahorrar cuando lo tenemos todo empeñado! guardar cuando nos comen los agiotistas! economizar cuando no tenemos para completar. Decididamente no podemos distraer de nuestra escasa renta, ni un centavo. No podemos guardar nada, ni ahorrar nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, veamos lo que esa masa gasta y distrae y segrega de su escasa renta y asombrémonos.

1.° Paga íntegra y puntual la larguísima nómina del director y empleados del Montepío y sus ocho sucursales.

2.° Aumenta en cientos de miles de pesos el fondo del mismo Montepío.

3.° Compra fincas inmensas para establecer las sucursales y edifica verdaderos palacios para guardar prendas.

4.° Proporciona carruajes, buena mesa, lujo y comodidades á los agiotistas.

5.° Mantiene y enriquece al gremio numerosísimo de prenderos y sus familias.

6.° Paga la contribución sobre casas de empeño y la renta de ellas.

7.° Mantiene un número considerable de billeteros.

8.° Proporciona una renta á los dueños de lotería de cartones, después de pagar casa, alumbrado, dependientes y contribución.

9.° Paga la nómina íntegra de todos los empleados en las loterías, compra globos, bolas y muebles y paga renta de casas y costea la impresión y el papel de los billetes.

10.° Mantiene á los monteros y roleteros.

11.° Envía todavía un sobrante á la beneficencia.

Sentimos más que nadie nuestra carencia de estadística, que nos impide reducir á *millones* las anteriores líneas. Pero sea cual fuere el monto de esos millones, representan la evolución del capital, envolviendo una verdad como un puño, con la apariencia de una estupenda paradoja, y es ésta:

Esos millones son el *excedente* de la ren-

ta personal *insuficiente* para su objeto. O de otro modo: La renta personal al considerarse insuficiente para satisfacer las necesidades á que está destinada, se arroja, por despecho, por la ventana, para que la recojan el Montepío y demás gentecilla ordinaria.

Hé aquí cómo la masa menesterosa se ha colocado en una posición excepcional, que mueve á lástima y que habrá de influír poderosamente en la marcha común y en el porvenir de la sociedad. Esta masa necesitada se agrupa mal humorada y maltrecha, al rededor de los destinos, de los talleres y de las industrias, para alcanzar el salario insuficiente que recibe con la tristeza del que no vé, ni verá jamás coronados sus afanes; y después de trabajar con desaliento y de servir sin esperanza, metido en el callejón sin salida del problema económico que jamás resolverá racionalmente, renuncia al cálculo, abandona los números, rompe la aritmética para entregarse á los santos y á los agiotistas, ó á los agiotistas y á los diablos.

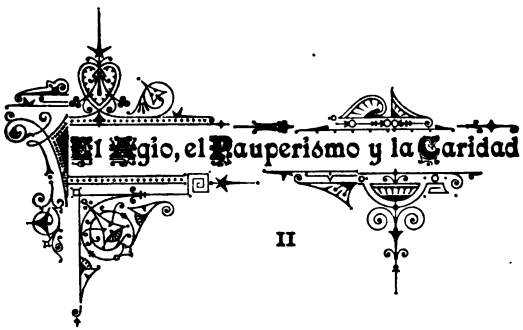
Estos diablos son las transacciones con su pundonor, con su palabra, con su puntualidad, con su deber y con el aprecio de sí mismo. En medio de esta situación moral, recibe diez y aprovecha oho, y dos le cede al agio; luego aprovecha solo seis, después cuatro y luego nada.

La riqueza pública ha puesto en manos de esta masa de la sociedad cierto número de millones de pesos, para que viva bien; y la masa, por una aberración de su destino, se muere de hambre, por enriquecer á otros, y camina á la indigencia sin remedio.

Esta masa es una especie de loca hambrienta que tira las tortas de pan por la ventana, que toma en las manos flacas su ración de carne, para ofrecérsela al rico director del Montepío.

El gobierno, en tanto, contempla el rebote de los pesos de la tesorería al chocar con la masa refractaria á la riqueza, y caer en la caja del Montepío, que prospera y se engrandece de una manera dolorosa. Pero el gobierno no será simple espectador por

mucho tiempo, porque bien pronto habrán de faltarle espacio y millones para albergar á los necesitados, para dar de comer á los hambrientos, para curar á los enfermos, para encerrar á los borrachos, para educar á los huérfanos y para mantener á los criminales.


El Asilo, el Pauperismo y la Caridad
II

El Agio, el Pauperismo y la Caridad

II.

Han pasado ya para México las épocas de transición y de trastorno público, el malestar por los cambios de gobierno, la desconfianza por la inseguridad del porvenir, el estado violento y precario originado por las revoluciones, y hemos entrado en el período de paz y de progreso tan deseado. México inspira confianza en el extranjero, sube nuestro crédito, aumenta el valor de la

propiedad, viene el capital europeo á mezclarse al nuestro, se teje á toda prisa la malla de ferrocarriles y telégrafos, se edifica por todas partes, se cambian los productos del interior del país, se cruzan en los caminos de fierro los habitantes de las ciudades principales, se impulsa la instrucción pública, se paga á los empleados, cumple el gobierno todos sus compromisos, se aumenta el censo de los centros de población, se aumenta el comercio; Veracruz es pequeño, y los muelles miserables, y los empleados pocos, y el fondeadero insuficiente para recibir las mercancías extranjeras; sube el producto de las aduanas, se coronan de éxito las empresas ferrocarrileras, se multiplican las diversiones públicas, se solicitan con ahinco peones, oficiales de sastrería, de zapatería, costureras y dependientes; se improvisan veintitantas casas de huéspedes en la capital y otros tantos hoteles, y en todo, en fin, se nota el nuevo soplo de vida que nos lleva en alas del progreso material.

Pero en medio de esta innegable pros-

peridad, preguntamos nosotros: ¿El progreso moral y el bienestar social están en relación y en consonancia con el gran movimiento del país? Nó, ciertamente.

El bienestar social está circunscrito á cierto círculo, bastante extenso para sostener la apariencia, pero bastante corto en comparación de la masa general de la población. Todas las ventajas de la nueva situación están de parte de las clases acomodadas; ellas edifican, construyen, abren bancos, suben los alquileres, sostienen los teatros y el comercio de efectos de lujo; y este bienestar se derramaría á las clases inferiores, si no encontrará barreras insuperables; y así, mientras la prosperidad aumenta por una parte, aumentan por otra el pauperismo y el malestar, los vicios, la prostitución, la criminalidad y la miseria y el Montepío.

Este aumento de prosperidades funestas ¿reconoce por origen solamente el aumento de población en la capital? No, á todas luces. La prosperidad del Montepío está en

razón directa de la insuficiencia del haber personal, de la escasez de los recursos normales de subsistencia: el aumento del pauperismo y la prostitución están en razón directa de la falta de ocupaciones productivas y honrosas, y hasta los vicios y la criminalidad aumentan en razón directa de la falta de bienestar social.

Ahora bien. ¿Hasta qué punto nuestra clase menesterosa, á semejanza de la raza indígena, es refractaria á la civilización? ¿Por qué el progreso general del país no extiende sus beneficios visibles á nuestras clases inferiores?

En nuestro humilde concepto, la raza indígena como nuestra clase menesterosa son civilizables, y debe civilizárseles como la única defensa racional y filosófica de nuestra autonomía nacional. No podemos asegurar, por la falta de estadística, que lleguen á dos millones las personas ilustradas en la República; pero sí se puede asentar como dato seguro que hay más de ocho millones que no lo son.

La fracción de personas ilustradas representa el capital, el comercio, los ferrocarriles, la ciencia y la administración; el resto es la masa estacionaria de los indios y de todas las clases inferiores que no toman participación en la marcha del país, y sobre las cuales pasarán civilizaciones y épocas, sin afectar su modo de ser y sus costumbres. La instrucción pública redime paulatinamente un número relativamente corto, de entre las masas ignorantes, no para infundir en ellas el más ligero bienestar ni el más insignificante beneficio, sinó simplemente para aumentar, con mezquino guarismo, la porción civilizada.

La empresa civilizadora es más árdua en México de lo que parece á primera vista, dada la desproporción entre sus clases sociales; y aún reduplicando los esfuerzos de la instrucción pública, la masa estacionaria habrá de permanecer en las mismas condiciones. La instrucción pública en México derrama á manos llenas los tesoros de la ciencia, con una prodigalidad y un lujo

dignos de mejor éxito. Dados nuestros recursos, no hay país en el mundo más liberal y más generoso en esta materia. Vamos; se ha llegado al grado de regalarle treinta pesos cada mes á un pobre diablo para que nos haga favor de aprender á ser confitero ó impresor. Pagamos muchas veces mil doscientos pesos al año para que dos ó tres niñas pobres aprendan matemáticas, francés ó geografía. No contento el gobierno con dar gratis la instrucción primaria, la preparatoria y la superior, paga á los educandos para que la reciban, les da de comer y cuando aprenden los corona en apoteosis.

Y después de algunos años de llevar á cabo este plan generosísimo ¿qué palpamos en la práctica? Que segregamos de la gran masa ignorante é inculta una fracción, desconsoladoramente pequeña, para ponerla en aptitud de pedir un empleo ó una escuela. Pero la gran masa de nuestro pueblo menesteroso permanece perfectamente agena al movimiento civilizador, perpetuando

sus vicios y defectos, su incuria y su barbárie, su malestar y su abandono.

Hay en la capital actualmente una grita general, que toma proporciones alarmantes, contra los criados domésticos; por todas partes se oye exclamar—«jamás había estado esta clase más corrompida y más insoportable.» La conversación forzosa en todos los círculos se refiere á estas dos grandes plagas: las enfermedades y los criados. A esta grita sigue la que se levanta contra los artesanos, entre quienes no se acaban ni se modifican los hábitos de desaseo, informalidad, disipación y falta de dignidad personal. Los indios por su parte siguen impertérritos sosteniendo el tipo de su raza, y tan refractarios á todo progreso, que ni los notables cambios atmosféricos de nuestro clima, antes tan benigno, los ha inducido á introducir una reforma en su equipo. Todos sabemos bien que el rigor del invierno va aumentando cada año el número de sus víctimas, y concebimos como con algunos grados bajo cero, los indios

semi-desnudos se mueren de frío: pero no es posible imaginar que el indio sea capaz de usar calcetines, calzado y pantalones; acabarán uno á uno antes que adoptar en su traje la reforma que exije el rigor del invierno. Hay pues en el chino, en el turco, en el lépero y en el indio, una especie de maldición ó ley tradicional que les traza una linea insuperable, desde donde contemplan, como espectadores indiferentes, el progreso del mundo.

*
* *

Yo sé muy bien el grado de atención que merecen mis humildes apreciaciones; pero por lo mismo que no han de surtir ningún efecto, quiero imprimir en el ánimo de los poquísimos que me lean una consideración original por vía de pasatiempo.

Supongamos que el día menos pensado, como por arte de encantamiento, ó de la mariguana, comenzara el cerebro de los léperos á sufrir una modificación fisiológica ineludible, modificación que presentara los

síntomas de una locura inexplicable, cuyos caracteres fueran parecidos á los efectos de la vergüenza, de la presunción, y del amor propio; que encontraban vituperable esto de presentarse en público en mangas de camisa, y ¡qué camisa! de un mes, negra y hecha girones; que sentían una mortificación y un rubor invencible al exhibirse en su ordinario pelaje, y que caían en cuenta al contemplar su sombrero galoneado, que el valor de aquella plata representaba el de varias camisas; y luego en medio de esa disposición de ánimo, que el pulque les inspirara muy distintas ideas, por que en vez de sentirse muy *hombres* y muy *templados*, se sentían degradados por embrutecerse adrede, y heridos en su amor propio al aparecer viciosos y corrompidos; y la vergüenza, la vergüenza, como una vieja deidad escondida con la diosa Xochil en las tinas del pulque, de donde no pudieron sacarla en tanto años, salía modesta y severa, dominando á los borrachos, hablando á los léperos, dándose á conocer á los ar-

tesanos, sorprendiendo á los criados domésticos y metiéndose por todas partes; á los talleres vacíos los lunes, y á la accesoria donde duermen juntos la cuñada, la entenada, la madre, el compadre y el primo. Que por el prestigio de esa pobre vieja olvidada, empezaban á parecerles disonantes, ásperas é inconducentes las desvergüenzas y las interjecciones obscenas, sintiendo como si se las dijeran á sí mismos. Que estos primeros síntomas de enagenación mental, se hacían visibles, y los opulentos dueños de magueyeras, empezaban á temblar por que los productos del pulque ya no sostenían el coche; y buscando la causa encontraban á la *vieja diosa*, haciendo de las suyas, puesta de moda, metiéndose en todas partes, hasta con la policía de la ciudad; dominándolo todo, inspirando temores de niño hasta entre los ediles, que mandaban en el acto quitar los inmundos mingitorios de la vía transitada por señoras y niñas, y limpiar la mugre del palacio municipal, y la de los mercados, y la de los teatros, y

la de todas partes porque nos entraba á todos el furor de la limpieza..... ¡Cosas de la locura!.....

Y cosas de la locura.... no paramos ahí; sino que.... y esto sería el extremo de la enagenación mental—al pueblo empezaba á darle por ahorrativo y reflexionaba que el sudor de su frente, unido á la ignorancia de los números había formado un fondo cuantiosísimo invertido en los palacios del Montepío y en los carruajes y haciendas de los agiotistas; y tomando la resolución heróica de no volver á empeñar en su vida, ni á pedir prestado; empezaba á guardar en la alcancía, á vestirse, á no embriagarse, á no robar y á cumplir con su palabra; y andando el tiempo, la *vieja diosa* operaría milagros y milagros, llegando á una edad de oro, ó de locura rematada, en que no encontrásemos por todas partes sino caballeros artesanos, tan elegantes como nosotros los *rotos* de hoy, concurriendo al club en vez de concurrir á la pulquería, viviendo en habitación aseada y con la posibilidad de

trasladarse del honrado taller á la curul, en el pleno goce de las libertades y derechos de la democracia, en un país de verdaderos ciudadanos.

Y cuando la pingüe renta anual que monta á millones de pesos, destinada más que por la miseria, por las malas costumbres, al fomento del agio, pasara á ser la caja de ahorros y el patrimonio de los pobres, multiplicándose por medio del movimiento y el empleo lucrativo y legal, ¡qué suma tan enorme de bienestar se derramaría sobre nuestro pueblo menesteroso, que había cambiado la pulquería por el taller, la disipación y el despilfarro por el ahorro y la economía, la desvergüenza por el pundonor, la carcel por el club y la útil sociedad; la camisa de manta y el sombrero descomunal por un traje más decoroso y más en armonía con la civilización! De una masa de artesanos de este tipo es de donde nacería, sin necesidad de la protección que piden los flojos, la verdadera industria nacional, formada por accionistas de su mismo seno,

con capital de su mismo trabajo, y con un género de independencia, que sería el timbre más noble de una clase honrada y digna, destinada en la marcha del país á servir de contrapeso á los grupos corrompidos de la política y de la revolución.

No sé porqué se me antoja que esta obra colosal que parece un sueño, pudiera realizarse; y valía la pena de probar si me equivoco; con tal que la prueba comenzara con preocuparse menos de la instrucción púbiica superior y atender por todos los medios imaginables y á costa de mayores esfuerzos y sacrificios al desarrollo en todo el país de este gran problema social. *La educación civil y moral de los indios y de las clases menesterosas.*

DEL ASEO
I

DEL ASEO.

I

DECIDIDAMENTE no es el aseo el distintivo de nuestro pueblo ni de nuestra capital; y esta verdad, triste como es, merece examinarse porque si hubiéramos de proceder ordenada y metódicamente á mejorar las condiciones de nuestras clases inferiores, nos fijaríamos sin duda en el aseo como el preliminar de la educación. El aseo bajo el punto de vista higiénico, es indispensable al desarrollo físico de

los seres, y para la conservación de la salud; y bajo el punto de vista moral tiene todavía mayor trascendencia.

Si observamos detenidamente á los animales, podremos notar cómo en ellos también existe eso que entre nosotros se llama presunción ó deseo de bien parecer. El ave en perfecto estado de salud y de vida se ocupa con insistente afan, y con nimio cuidado en peinar y arreglar sus plumas; les pasa una revista minuciosa y con la ayuda del pico dá á cada una la conveniente dirección y la colocación que le es propia, en esa admirable superposición que constituye un abrigo impermeable y un vestido cómodo y adaptado á todos los movimientos del cuerpo. Cuando una sola pluma suele, por la división de sus filamentos, cruzarse con otra, interrumpiendo el orden natural, el ave se apresura á componerla, dando á aquel detalle la misma importancia que daría la mujer elegante al desarreglo de un rizo, de un encaje ó de una flor de su vestido.

Los animales de la raza felina y otros

emplean largas horas en su aseo personal, porque ese cuidado está en armonía con las leyes dictadas por la naturaleza respecto al vestido y á la propia conservación. Y solo cuando el animal está enfermo, ó es presa de una agitación moral, descuida esos detalles.

Desde el momento en que son condiciones fisiológicas del cuerpo humano el desprendimiento constante de moléculas de la materia y la transformación del agua, de los gases y de las substancias que sostienen la vida, el aseo del cuerpo es la consecuencia natural y precisa de ese modo de ser. La civilización, aceptando de lleno tal axioma, no solo escribe, con la higiene, el código de la propia conservación, sino que enaltece el aseo llevándolo por la senda del refinamiento hasta el sibaritismo.

En el lujo, en la opulencia, en el bienestar, es donde el aseo impera y gobierna, donde todas sus leyes se observan y se cumplen, y van éstas relajándose en proporción de la falta de bienestar y de civilización,

hasta llegar al esquimal habitante del polo, cuya choza bajo la nieve es la más inmunda de las cloacas.

Respecto á las ciudades, nótese que el aseo es el signo característico de su refinamiento y de su opulencia, porque así como en el orden físico el aseo es la condición de vida y de salud respecto á los individuos, y de cultura y adelanto respecto á las localidades, es en el orden moral la entrada á la ilustración y al mejoramiento individual.

El hombre no tiene derecho á la estimación de los demás cuando no tiene motivos para estimarse á sí mismo; y el aseo personal implica dos órdenes de ideas en los diversos sentidos físico y moral, que conducen naturalmente al hombre al aprecio de sí mismo. Respecto al primero ¿quién no ha experimentado esa satisfacción legítima, ese bienestar, esa alegría, en cierto modo voluptuosa, que se siente después del baño? La conciencia del aseo del cuerpo serena el espíritu y reanima la vida; y por el encadenamiento lógico de las ideas, se

pasa en ese estado de bienestar material, al deseo de conservarlo, buscando el aseo para el contacto de nuestro cuerpo, el aseo para recreo de nuestra vista, de nuestro olfato y de nuestro ánimo, dando deliberadamente un paso á nuestro mejoramiento individual; y como en el sér racional no pueden pasar las sensaciones sin atravesar la región de las ideas, la sensación voluptuosa del aseo imprime en el cerebro y deja en la conciencia un grado más de aprecio de sí mismo; y poseer este grado de aprecio de sí mismo, es pisar la primera grada del progreso humano formado por la suma de aspiraciones personales al mejoramiento indefinido y perdurable.

Queda pues sentado como punto incontrovertible, que el aseo es la base del progreso material y moral.

Todo hombre ilustrado y culto es naturalmente aseado, por más que el lector un tanto malicioso y observador haga aquí una acotación de oportunidad, recordando algunos personajes muy conocidos que son la

excepción de esta regla general. Y son tan excepcionales esos ejemplos, que vienen á constituír una verdadera aberración, y una inversión de ideas en la cual el amor propio se convierte en orgullo, el deseo del bien parecer, tan inherente al hombre culto se convierte en desprecio á la sociedad, y la aureola del genio ó de la ciencia pretende, para singularizarse, convertir el ridículo ó el desaseo del traje en un distintivo de excentricidad, propia del sabio que no se ocupa de pequeñeces. Sea como fuere los sabios sucios son y serán siempre censurados, y nunca su sabiduría llegará á ponerlos fuera de los tiros certeros de la crítica; lo cual es una prueba más de que la ilustración comienza por el aseo.

Veamos ahora cuales son los efectos del desaseo y la incuria en nuestro pueblo, desde el momento en que entre el traje del indio y el figurín europeo, ha aceptado un pelage de confianza, con el cual lo primero que pierde es el respeto al público; y se comprende desde luego cuan difícil

será inculcar amor propio y sentimientos de dignidad personal y de presunción al hombre á quien se ha enseñado desde niño á presentarse semi-desnudo y sucio en la sociedad. Pruébese sino á hacerles comprender esa deficiencia, y por toda lógica y por toda contestación exclamarán «*Pos si semos de los probes....*» Lo cual traducido quiere decir: «No tenemos obligación de asearnos ni de vestirnos, exhibiremos nuestra desnudez y nuestra miseria ante los ricos, á quienes tendremos el derecho de odiar, pero nunca el deber de parecer mejor á sus ojos ni á los nuestros.»

Esta especie de fatalismo pone una barrera al adelanto y mejora de esa clase, que gasta en un día en pulque obsequiando á sus amigos, lo que bastaría y con mucho, á introducir alguna reforma en su traje y su apariencia. Así parapetada esa masa de población en su modo de ser, permanecerá siempre inaccesible á la mejora moral, y no nacerá en ella jamás la noble aspiración de pertenecer á otra clase social más elevada.

Habrá, estoy seguro, optimistas bonachones y acomodaticios que juzguen exageradas mis apreciaciones; otros habrá que me atribuyan presunción y mala voluntad á nuestros *tipos nacionales*, porque la forma más vulgar del patriotismo es esa que lo pone á prueba de calzonera, de rebozo y de enchiladas; y habrá, por de contado, quien al ver que la emprendo contra el lépero y contra la mujer cochambrosa y escurridiza, pretenda que trato de *desnacionalizar las costumbres*. Pero yo debo salir al encuentro de tales ó semejantes reproches, asegurando que me es perfectamente familiar el patriotismo ese que saborea nuestras ordinarieces, y se entusiasma con la diana y con los jorongos del Saltillo.

Pero después de reflexionar sériamente y de contemplar de cerca el desarrollo y adelanto de otras civilizaciones, ha subido de punto el interés que me inspiran el lépero y la enrebozada escurridiza, y me asalta el deseo de derribar la barrera que les impide mezclarse en el torrente de la civilización universal.

Para comenzar con orden y concierto un programa de reforma social, que como cosa mía habrá de pasar desapercibido, pero que como útil y provechoso habrá de adoptarse alguna vez, declaro: que como punto de partida, el espíritu filosófico que haya de educar á nuestro pueblo, debe referir el artículo primero de su código constitucional, AL ASEO DE LOS NIÑOS, para imprimir á la generación que viene un nuevo aspecto, preparándola á adaptarse á las exigencias del progreso del mundo.

En el siguiente artículo seguiremos ocupándonos de tan importante materia.

El Aseo, La Frazada y El Rebozo

II

EL ASEO, LA FRAZADA Y EL REBOZO.

II.

Suelen decir las personas faltas de aseo, en la necesidad de hacer alarde de despreocupadas, que *el hábito no hace al monje*, y á mí se me antoja que esto del hábito revela más elocuentemente de lo que parece á primera vista, la analogía inconcusa entre las prendas de ropa y las prendas personales. Que lo que se llamó hábito tratándose de frailes, no hiciera de cada uno de los que lo llevaban un modelo de virtudes cristianas, eso es una verdad como un puño, re-

conocida en primer lugar por los señores arzobispos, y luego por cada uno de los que pudimos alguna vez apreciar las prendas personales de tales sujetos. Pero sentar como axioma que el hábito no hace al monje es un tanto cuanto aventurado é inexacto. Yo por el contrario, conozco á los monjes por el hábito, la casta de los pájaros por la pluma y á cada prójimo por su pelaje.

Las personas de la escuela de Sancho Panza que tienen un refran á mano para objetar cuando se ofrece, me dirán que *bajo una mala capa se oculta un buen bebedor*; pero este es un refrán que equivocadamente aplican algunos á sabios sucios, ó á ricos ordinarios, cuando su sentido literal es éste: El buen bebedor gasta en beber lo que debía gastar en una capa nueva.

Y me he de salir con la mía de probar que el hábito hace el monje, aunque para ello haya de emprender un viaje, recorriendo el hemisferio boreal, para empezar por el lapón, en quien la forma humana toma toda la apariencia de la foca marina, con cuyas

pieles se confecciona un triple forro que, no obstante su espesor, deja expeditos los movimientos del cuerpo. Nada está más en analogía con la vida semi-salvaje de los habitantes del polo, que esa envoltura hirsuta. Algunos grados más y encontraremos á los habitantes de la Siberia ó de la Rusia asiática envueltos en pieles con el característico *ulster* de lana pesada; pero también el ruso está expedito en sus movimientos, no se envuelve ni se emboza. Desde la misma latitud en las posesiones inglesas de la América del Norte, hasta el Canadá y en todos los Estados-Unidos y en lo más crudo del invierno, se lleva paletó ó sobretodo, pero nunca capa ni otro género de abrigo, y nadie usa *cachenez* ó bufanda, ni se cubre la boca para resistir el frío.

Seguimos nuestro viaje y nos encontramos en nuestra República: y empiezan los envueltos y los embozados, los arrebujados y los que esconden las narices; los que dejándose dominar por el frío, esconden las manos é inutilizan los brazos; y de embo-

zado en embozado llegamos hasta el indio, que arrebujado en la frazada, deja que se le hielen los piés descalzos; por ahí, por el talón vulnerable, es por donde el frío de la muerte ha sorprendido en el último invierno á muchos infelices.

Si después de práctica tan dolorosa y de incuria tan funesta propusiera yo que las frazadas se conviertan en paletos y los *huaraches* en botas, una carcajada general acojería mi proposición, al figurarse al *chante* de sobretodo y al pollero calzado.

Y sin embargo los habitantes de las latitudes que han aprendido á resistir el frío nos enseñan la manera de vestirse. Pero estas lecciones no pasarán á la categoría de hechos sino cuando el enfriamiento gradual de nuestro planeta y la marcha natural del progreso traigan del Norte el frío y la civilización irresistibles.

Niéguese ahora que la frazada es idiosincrática, que es peculiar de nuestra raza y descendiente en línea recta de la capa española. Debajo de la frazada que envuelve

el dorso y la mandíbula inferior de un prójimo, se abrigan cómodamente la pereza, la inacción, la ociosidad y el desaseo: es la abreviatura del traje masculino, como el rebozo es el complemento y la abreviatura del traje de las mujeres.

El rebozo es un chal escurridizo y cuya docilidad confianzuda le da el aspecto de usado desde antes de venderse. Debajo del rebozo se oculta la cabeza desgreñada, la camisa de dos semanas, la falta de abrigo para el cuello, la del corsé, la del corpiño y la de las mangas; oculta las lineas del talle, obliga al espectador á prescindir de todo examen; no es una pieza que viste, sino una funda que impide que se vea; sirve de sombrero, de abrigo y de paraguas; si llueve, la propietaria se cubre la cabeza, no para no mojarse, sino para aprovechar el agua filtrada; si hace frío, el rebozo tapa la nariz, no para abrigarse, sino para hacer la ilusión de que se defiende del frío, respirando su propio aliento; si hace calor, cae de la cabeza y de la barba; si se trabaja, no se dejan

caer las puntas; si se recibe una declaración amorosa, el rebozo se lleva á la boca con la mano: ésta es la mímica obligada del pudor; si se roba algo, lo esconde debajo del rebozo; si tiene un niño, el rebozo es cuna, vehículo y abrigo, venda, hamaca, regazo y biombo. La seducción amorosa se pone en práctica tirando del rebozo; y cuando se le quiere hacer un mal atróz á una mujer, se le priva del rebozo, que equivale á arrancarle la coleta á un chino; si se le quiere hacer un gran obsequio, se le regala un rebozo, y cuando en la abundancia esa misma mujer quiere emplear en algo su dinero, compra un rebozo más caro que el que usa.

Muchas señoras profesan todavía al rebozo un afecto especial: surtido el guardaropa con todas las confecciones europeas, se escurre el rebozo de silla en silla con esa flexibilidad perezosa de su tejido laxo y acomodaticio, y sirve para las jaquecas, para los flatos y para el *deshabillé*. Tapa los broches que faltan, el rasgón del talle, la

varilla rota, y otras deficiencias. Sirve para estar en Tacubaya como dentro de casa, y para decir á los transeuntes «*aquí estamos establecidas;*» ahorra sombreros, lazos y otras muchas cosas costosas.

La falta de presión atmosférica y la de extremos en la temperatura; las costumbres del indio, la necesidad de vestirse de hilaza, la falta de telares de la industria europea y la índole nacional, confeccionan el rebozo y la frazada; y estas dos piezas nos dán los apuntes biográficos de los portadores, escritos por ellos mismos.

De pocos años á esta parte la gente de rebozo ha aumentado su equipo (que ellas llaman *sus trapos*) con una prenda más. Con un saquillo de indiana, y es el primer paso; el segundo es el tápalo negro, el tercero es el tápalo de color; el cuarto el talle ó corpiño, y las medias. En los hombres el primer paso es la blusa, el segundo los zapatos y la chaqueta y el sombrero más corto: Cuando llega á saco es cuando la mujer ha llegado á medias.

Estos pasos se dirijen á alcanzar un siglo en el cual hayan aprendido á vestirse siete millones de mexicanos, quintuplicando, por ese solo hecho, la industria, el comercio, la producción, el consumo y la riqueza.

La obra es larga; pero por lo mismo es necesario emprenderla sin perder más tiempo, si hemos de aspirar á que la posteridad nos haga justicia.

Ya hemos probado que el principio de todo mejoramiento material y moral es el aseo, y que el primer defecto característico de nuestro pueblo es la incuria. Lavémoslo.

Para conseguirlo voy á proponer algunas bases prácticas, y á suponer que alguno me hace caso.

El artículo 1.º del reglamento de la instrucción pública será el siguiente: «*Para entrar á la escuela á recibir la instrucción, ya sea gratuita ó por estipendio, el alumno deberá presentarse aseado.*»

En el vestíbulo ó entrada de todas las escuelas primarias, secundarias y superiores, y de todos los demás establecimientos

de enseñanza, se situarán antes de la apertura de las clases, el director ó maestro, con sus ayudantes y mozo ó mozos de aseo, y los aguamaniles, toallas y demás útiles necesarios. El educando que se presente aseado recibirá una ficha y pasará inmediatamente á la clase: el que necesite asearse lo efectuará en el acto y entrará después á la clase sin recibir ficha. Estas fichas entrarán, las primeras, en el cómputo de las calificaciones personales.

Quedará, en este término de comparación, establecido el estímulo y la recompensa, y bien marcada la diferencia entre estar aseado y no estarlo. Si esta práctica se hace extensiva á los establecimientos privados y se invita á los gobernadores para plantearla en sus Estados parece inconcuso que al cabo de algunos años habrán adquirido hábitos de aseo muchos miles de individuos, y se habrá trabajado, lenta pero fructuosamente, en pró del decoro personal y de la dignidad de los mexicanos.

LA CARIDAD

PESADILLA DRAMÁTICA.

LA CARIDAD.

(PESADILLA DRAMÁTICA)

CUADRO I.

De los cuatro ángulos de la ciudad se levanta un rumor sordo y siniestro que interrumpe por intérvalos el silencio lúgubre de la noche. Algunos gritos de dolor más agudos y más vibrantes se oyen en el espacio, seguidos por sus propios ecos como una trahilla de canes rabiosos. El Dolor y el Hambre andan de pocilga en pocilga cebándose en sus víctimas y dejando en pos de sí estela de ayes y sollozos. Algunos pobres sucumben al

Dolor y á la Peste, pero otros sobreviven para contemplar y regar los cadáveres con lágrimas. Angustias infinitas, pero calladas, se ocultan en las sombras para devorarse las unas á las otras como bacantes insensatas; y cuando pasa el tumulto de las penas y reinan el silencio y las sombras, dejan tras de sí los últimos hipos y los últimos estertores con que se despiden las almas vencidas en la lucha...

De repente se perciben voces distintas y articuladas...

—¡Piedad! socorro! misericordia...

Se oye como el ruído del huracán que acompaña al coro.

—Socorro! pan! amparo!

El Dolor con los ojos vendados, con las manos crispadas por la ira, blande dos puñales y se lanza sobre la turba. Algunos lo aguardan con la atonía de la sorpresa; otros huyen, precipitándose como manadas de animales salvajes al ruído del bosque que se incendia, y ruedan por tierra con los movimientos descompasados del pánico.

La Peste se cierne en los aires como un angel negro lanzando dardos envenenados que silban por los oídos de la madre para herir al hijo y al esposo. Busca el tugurio del pobre, del hambriento, del desamparado; y se goza en arrojar sus dardos invisibles y en ver á sus víctimas revolcarse de dolor y temblar de miedo...

Vuelve en los aires á zumbar el torbellino de los ayes y de los gemidos, hasta que toma creces como la voz del huracán, para gritar en coro:

—¡Socorro! ¡pan! ¡misericordia!

Pero apenas los ecos han pasado se levantan de entre las sombras; el Silencio: ansioso de volver á reinar por todas partes; le siguen el Dolor y el Hambre, el Abandono, la Miseria, la Angustia y la Desolación, prontos á la lucha, como una falange de demonios insaciables y crueles.

CUADRO II.

Nadie ha oído esas voces. Nadie ha visto esos ángeles negros rodando entre las som-

bras. Hay un rumor más grande y más estrepitoso que se levanta á lo largo de la ciudad y atruena los espacios como el chasquido de las olas, como el ruído de la tormenta. ¿Quiénes levantan tan colosal algarabía? En el mar, es el viento invisible y las gotas de agua. En las calles, es el retintín de las copas de cien mil cantinas y el rodar de los coches llenos de mujeres; son los aplausos del can-can, la ovación de la Mascotte, el apoteosis de la desvergüenza, es la música de Offembach y las obscenidades de Lecop, es el público de los teatros que entra y sale, son las bailarinas que brincan, las coristas que se balancean, los *calambour* que ruborizan, el mundo que se divierte...

No se ven las sombras en donde reinan esos ángeles negros por que los focos de luz eléctrica deslumbran á los transeuntes y ahuyentan las visiones nocturnas.

¡Quién vá á encontrar á la Caridad en esa batahola!

La Caridad, tan dulce y tan modesta, tan callada y tan prudente!

Allá creo divisarla entre la sombra corriendo en pos de un desvalido. Creo distinguir los pliegues de su blanca túnica húmeda con el rocío de la noche. Ah, no: no es la Caridad. Es un agiotista que ha hundido en la miseria á cien familias, y le da un centavo á un borracho plañidero! No, no anda por ahí la Caridad. Y en tanto el coro, ese coro espantoso de ayes y sollozos, vuelve á levantarse como el rumor de la brisa que refresca anunciando el turbión y la tormenta. Ya vuelve..... ya crece... ya revienta.

El huracán!

—Socorro! Piedad! Misericordia! suena en los espacios. ¡Bravo por la Theo! Contesta la linternilla del teatro Nacional como para ahuyentar á los duendes, y en tanto el estrépito de las copas y de las botellas, partiendo de Plaisant resuena por todas las arterias alcohólicas de la ciudad.

CUADRO III.

La Caridad, entre tanto, continúa igno-

rada, pasa desapercibida tendiendo sus manos cariñosas á los desvalidos.

—Yo soy la Caridad, prorrumpe con voz melíflua y ténue; soy la primera de todas las virtudes; yo uno á los hombres en una sola creencia, con un solo amor; con el amor á las penas y al dolor agenos les abro la puerta de los cielos. Venid, venid á mí.

—Yo soy sincera, paciente y bienhechora y amo la verdad. Venid á mí, con vuestro óbolo conforme á vuestros medios. Venid á socorrer á los que lloran en la penuria y el dolor.

—Venid á consolar á los afligidos. Venid á dar pan á los necesitados. Venid á hacer el bien y á recojer el premio de las lágrimas y las sonrisas de gratitud de los socorridos y las bendiciones de los pobres. Dios que ve los actos de beneficencia, no perderá la memoria de ellos, y en el momento de la caída del hombre caritativo, encontrará un apoyo. (*)

—Venid á mí. Yo soy hija de Dios y soco-

(*) Ecle III 34.

rreré á los necesitados y consolaré á los afligidos y ampararé á los pobres y á los que lloran hasta el último día del mundo.

—Venid, venid.

La débil voz de la Caridad se perdía en el estrépito de los garitos, los cafetines y los figones cantantes y de las bolas de la lotería que, dentro sus mil globos, producían en la atmósfera el rumor de las tempestades de granizo.

Pero de los ámbitos más lejanos volvía á levantarse el rumor del enjambre, que iba creciendo como la voz del huracán, y atravesaban por los aires, con los graznidos de las aves nocturnas, los plañideros gritos:

—¡Socorro! Caridad! Misericordia!

Pero nadie los oía en medio del tumulto y la algazara.

De repente hubo un momento de silencio que permitió á un hombre escuchar los gritos lastimeros y pensó en la Caridad, y pidió pan á los ricos para los pobres.

Era *Juvenal* que invocó la Caridad ocho mil veces. Un grupo de jóvenes, que no

estaban en la cantina, pudieron desde las áulas del saber oír aquellos clamores que se repetían de ocho en ocho mil veces por día.

Se empezó á tratar entonces de unir á la Caridad con la Opulencia. Juvenal, los estudiantes y los empresarios buscaron á esa gran señora en los teatros, la veían entrar pagando por divertirse, pero esto no era bastante y concertaron una entrevista.

CUADRO IV.

Holgaba la Opulencia en sus salones rodeada por las maravillas del arte, del lujo y del refinamiento, cuando un ugier le anunció una visita.

—¿Quién es?

—Excelentísima señora, es la Caridad.

—La Caridad á esta hora! es muy tarde.

El ugier esperaba de pié medio inclinado.

—¿Está aún abierta la caja?

—No, señora excelentísima.

Hubo otra pausa, durante la cual el ugier se inclinó seis pulgadas más.

La Opulencia reflexionó y al cabo de un rato exclamó:

—Que pase.

El ugier hizo una reverencia y salió.

Entró la Caridad con paso magestuoso y traje humilde, pero resplandeciente de belleza y de bondad.

La Opulencia la contempló de hito en hito y notó la sencillez de sus vestidos.

—No sé si me conocereis, dijo la Caridad con voz humilde.

—Tengo el honor, contestó la Opulencia, de haber oído hablar de vos en varios círculos. Además, conozco vuestros nobles antecedentes. Tened la bondad de sentaros.

La Opulencia señaló con la mano á la Caridad un sillón bordado de oro.

La Caridad tomó asiento.

La Opulencia continuó:

—Tendría gran placer en seros útil, señora. Ya os escucho.

—Me habeis dicho que conoceis mis antecedentes y por lo tanto imagino que adivinareis mi misión. Socorrer á los pobres.

—¿Conoceis á la Beneficencia Pública? preguntó la Opulencia.

—Es una medio hermana mía, que hace todo lo que puede, pero no ha tenido el honor de estrechar sus relaciones con vuestra casa.

—No obstante, dicen que es protejida por el Erario, que como sabeis, es un millonario un poco fácil.

—El Erario hace también lo que puede. Pero no es bastante.

—Qué deseais entonces?

—Que me ayudeis personalmente.

—En buena hora; yo lo haré de buena voluntad, no obstante, (y sea dicho en confianza) no obstante las diatribas de que soy constantemente objeto por parte de los malquerientes que me echan en cara la frialdad de mis relaciones con vos y con las personas de vuestro círculo.

—Os calumnian.

—Ya sabeis que tengo una enemiga poderosa: es la Envidia. Pero todo eso no pasa de ser una fruslería. Yo quiero en esta

vez probaros mi adhesión y mis respetos. Por lo visto se trata de un subsidio extraordinario.

—Exactamente.

—Pues contad con que entre las dos habremos de dar cima á este asunto. Reuniremos nuestros elementos. ¿Con quiénes contais por vuestra parte?

—Mi círculo es bien limitado y ya sabeis que yo nunca obro sin ponerme de acuerdo con mi hermana predilecta, contestó la Caridad.

—¿Quién es vuestra hermana, si me permitís.... ¿Cómo se llama?

—La Modestia.

—No tengo el honor de conocerla personalmente, dijo la Opulencia. Pero sí he oído decir que es una persona recomendable.

—Sí, señora; mi pobre hermana es tan buena, que la aprecian todas las personas de juicio; es compañera inseparable del mérito y conoce á los verdaderos sábios; por ella brillan la belleza y el talento, y por mi

parte, la amo tanto, que voy con ella á todas partes.

—Ya me lo suponía: entre hermanas... Y cómo está de recursos.

—Es pobre.

—Ved, señora, que lo que necesitamos para nuestra empresa son personas acomodadas.

—Son efectivamente las que más deberían ayudarnos.

—Supongo, señora, (y espero me perdoneis la franqueza) supongo que las otras personas con quienes contais, se encuentran en las mismas circunstancias de...

—Sí, señora; todas son pobres. Son mis hermanas menores, la Humildad, la Abnegación y...

—Basta. Es suficiente. Y como debeis comprender, yo he de girar en muy distinto círculo por razones de rango, de decoro y sobre todo, porque debo hacer honor á mi estirpe y al lugar que ocupo en el gran mundo. Yo también, y ved qué coincidencia, yo también tengo una hermana predilecta sin la cual no doy un solo paso.

—Puedo saber su nombre? preguntó la Caridad modestamente.

—Sí señora, se llama la Vanidad. ¿La conoceis?

—No, señora; absolutamente.

—Es mi hermana predilecta; voy con ella á todas partes, tiene tan buen juicio, que es la consejera de todos mis pasos y de todas mis acciones. ¡Ya se vé! y es tan astuta, que por ella brillan mi casa, mi persona y mi servidumbre, y por ella rabia la Envidia, que como os he dicho es mi mortal enemiga.

—Y qué otros personajes entrarán en esa combinación?

—Las tres principales seremos mis dos hermanas, Vanidad y Ostentación, y una servidora vuestra. Tenemos todos los elementos en las manos, todas las facilidades; y podremos manejar á nuestro público como á una banda de chiquillos. Tras de nosotras vendrán, como comprenderéis muy fácilmente, el Lujo, personaje indispensable en todo círculo que se aprecia, la Moda

que como sabeis va siempre con nosotras. Ahora, en materia de gente menuda para hacer bulto, tenemos la Coquetería, tan amiga de la juventud; tendremos la Gracia, la Hermosura y la Presunción. Entre las personas de peso, y que nos ayudarán grandemente, tenemos el Amor Propio y al Quedirán, y finalmente, como agente universal y factotum, estará en todas partes el Compromiso, que, como sabeis, tiene el talento de meter á sus víctimas en un callejón sin salida. Ya vereis, ya vereis qué chascos y qué rechinar de dientes y qué.....

—Perdonad, señora, interrumpió la Caridad, me parece que hemos extraviado el camino y vamos á acabar por no poder ponernos de acuerdo.

—Al contrario, señora. Ahora es cuando, según creo, he venido á dar en el item. Ya puedo aseguraros un éxito brillante.

—Por lo visto se trata de una fiesta.

—Si, señora, por de contado. La fiesta vá á ser vuestro caballo de batalla, Voy á mandar poner tres ó cuatro mil luces bajo

los jirones de manta y las sartas de heno de Bejarano.... Veo que os disuena este nombre, teneis razón, señora. Este nombre no es el de ninguna virtud conocida. No pertenece ni á vuestro círculo ni al mío. Pues como os iba diciendo, pondré muchas luces, mucha música y prepararemos un millón de chascarrillos.

La Caridad poniéndose de pié, dijo:

—Señora:—Si todo lo que proyectais, movida por la voz de la prensa y de algunas personas que me aman, ha de ceder en beneficio de los pobres, no tengo derecho á oponerme á vuestros planes; pero me permitireis que desde este momento me retire, pues como habeis dicho muy bien, las dos giramos en distintos círculos. Nada podré hacer al lado vuestro, hay una incompatibilidad de caracteres, de miras y de sentimientos entre nosotras.

—Teneis razón, pero en la época que atravesamos, vos no podeis, pobre virtud, modesta, callada y humilde, llenar vuestra misión; teneis necesidad de las pasiones

humanas, puesto que ellas solo, y no las virtudes vuestras hermanas, son las que mueven al humano linaje.

La Caridad hizo una reverencia y se retiró muy conmovida.

La Opulencia se dirigió al Zócalo, reunió á su comitiva y ayudada por Bejarano y por Payen, recaudó ocho mil pesos para los pobres.

Cayó el telón y amaneció.

LA CARIDAD EN LA EDUCACION

LA CARIDAD EN LA EDUCACIÓN.

YA hemos visto en mi *pesadilla* del domingo anterior, como la primera de las virtudes cristianas, la Caridad, juega en muy distinta esfera de la que ocupan ciertas pasioncillas, que son alimento cuotidiano de esta nuestra imperfecta humanidad, y con las que es necesario transigir, puesto que ellas son las que imprimen el caracter á nuestra época y las

que forman las costumbres. Habremos, pues, de conformarnos con que el óbolo de la Caridad se dé sus verdes en la ópera bufa y en el circo Orrín antes de llegar á manos del miserable; con que el lujo se digne otorgar sus migajas al necesitado, y con que el gran mundo consienta en bailar, en divertirse y en brillar para que entre los pliegues del raso y entre las flores que se marchitan en el sarao, rueden algunos pedazos de pan hasta el hospital.

Todo esto en último resultado no es más que una curva; linea, que, como hemos dicho otra vez apropósito de los tranvías, es la que nos lleva siempre á nuestro destino. Aceptamos, pues, la curva en materia de socorros para los pobres, sin proponer por nuestra parte más adición que la de la perseverancia, en lo cual no creemos dar una pesadumbre á las personas afectas á divertirse.

No hay quien hable, por supuesto, de repetir la jamaica del Zócalo en busca de otros cuatro mil quinientos pesos doce cen-

tavos, por que esta prueba está muy fresca; pero sí se podría hacer un gran baile en Palacio, por vía de subsidio á la beneficencia pública, y este baile podía instituírse anualmente en fecha fija, á fin de que con anticipación figurara en el programa de las fiestas de la capital y hubiera tiempo para prepararlo convenientemente, haciendo extensivas las invitaciones á todas las ciudades unidas á la capital por lineas ferreas. No sería imposible reunir una concurrencia de cuatro mil personas en el Palacio Nacional.

Un baile así, sería un espectáculo nuevo y grandioso, y tendría la ventaja de que cada cual podría conocer y preparar anticipadamente el precio de la diversión.

Por la misma curva puede hacerse pasar el dinero del borracho á la beneficencia, puesto que de rodeos se trata, y puesto que la evolución de los afectos y de las costumbres en nuestra época ha roto ya la linea recta entre la conciencia del deber y la caridad. Claro es que haría más honor á la humanidad la práctica espontánea de esta

virtud, porque significaría un grado de progreso moral edificante; pero sobre no ser esto posible, hay que recurrir al sistema de compensaciones, y en vez de buscar en el corazón de los hombres ese impulso noble y bendito de amor y fraternidad, de conmiseración ingenua por el desvalido, hay que poner á contribución al vicio, á la vanidad y al placer, para buscar ese equilibrio, imposible, á pesar de los sueños comunistas, entre la riqueza y el pauperismo.

Convengamos en que esta evolución por más que esté en la naturaleza humana, y por más que los resultados la justifiquen colectivamente, no es la práctica pura de la moral, individualmente considerada.

Y mientras la caridad se practica al són del bombo y de las copas en ocasiones determinadas, bueno será enseñar á nuestros hijos que esta virtud está en el corazón, y que se debe practicar sin alarde, sin vanidad, sin ostentación, y sin humillar al socorrido; que ella implica el gran precepto de amarnos los unos á los otros, cuyo cumplimiento

es un deber que no se cambia por aplausos, sino solo por la satisfacción personal de nuestra conciencia íntima.

A este efecto nos aventuramos á proponer, ni más ni menos que si nuestros lectores hubieran de tomarse el trabajo de hacernos caso, una institución de caridad sin música, sin heno y sin luz eléctrica.

Los individuos que pueden formar esta asociación son los maestros de escuela y los directores de establecimientos de enseñanza, así públicos como privados.

I. El primer paso práctico de esta asociación, será que cada maestro ó director invite á sus educandos á que lleven á la escuela el día 1.º de cada mes una limosna para los pobres.

II. Para que esta invitación sea fructuosa, después de hacerla oralmente á los niños, encareciéndoles la práctica de la caridad, el maestro entregará á cada niño un recado impreso, concebido, poco más ó menos en estos términos:

«Sr. D.....

El niño de V., N. N.... ha sido invitado por mí, á nombre de la asociación de Caridad, para traer á esta escuela el día 1.º del entrante mes una pequeña limosna para los pobres.»

III. El día 1.º de cada mes, el primer ejercicio de los niños será depositar su limosna en el cepo y á presencia del maestro, recibiendo en el acto otro pequeño recado impreso concebido:

Sr. D...

El niño de V... N. N... ha entregado hoy en esta escuela su limosna para los pobres (tantos centavos.)»

Los niños que reciban este segundo recado impreso, serán anotados en el registro correspondiente, para hacer constar el hecho en las calificaciones de fin de mes y de fin de año.

IV: Cada tres meses la invitación se hara extensiva á llevar á la escuela una pieza ó piezas de ropa de desecho, en un paquete cerrado, que se recibirá por el maestro con las mismas formalidades.

V. La asociación de maestros nombrará de su seno una comisión de señoras que monten y dirijan un taller económico, para el aseo, reparación, reforma y aprovechamiento de las piezas de ropa recibidas de todas las escuelas, y entregue á la dirección el número de las que resulten en estado de uso. Estas piezas de ropa las distribuirán convenientemente los maestros de las escuelas más pobres, para estímulo y recompensa, entre los niños más necesitados.

El primer efecto moral de esta institución será desde luego engendrar la buena costumbre de practicar la caridad, siendo de esperar que en la mayor parte de los casos esta costumbre subsista después de la escuela. El esfuerzo puede ser insignificante por parte de los niños y de las familias de éstos; y el conjunto de los desechos de ropa de uso, sometido á los procedimientos de un taller en forma, dará los mejores resultados, segun está probado en otra parte, en donde esta práctica lleva largo tiempo de estar establecida.

Los niños pobres tendrán en la escuela un nuevo estímulo, cual es el de adquirir piezas de ropa; este estímulo se hará extensivo en nuestra clase ínfima para que envíe á sus hijos á la escuela, y el niño adquirirá ya no sólo hábitos de aseo y compostura sinó que aprenderá á practicar la caridad. En muchos casos un niño habrá dado dos centavos de limosna en dos meses, y recibirá á los tres una camisa; en otras el niño por medio de su aplicación y buena conducta, se encontrará vestido merced á su esfuerzo individual; y esta prueba, práctica, palpable y elocuente de su mejoramiento moral y material, es más que probable que lo haga perseverar en la buena senda.

Los elogios del maestro, la buena calificación mensual, y el librito dorado y el diploma que el niño pobre recibe al fin del año, son sin duda estímulos morales que influyen en su ánimo y lo alimentan para continuar en su carrera; pero si tomamos por tipo á uno de esos niños pobrísimos de

nuestro pueblo, que concurren descalzos y muertos de frío á la escuela, pisando el agua helada y sin tener con qué taparse, y ese niño es inteligente y bueno y por su aplicación y sus virtudes recibe desde los primeros meses de su enseñanza, zapatos, camisa y abrigo, al conquistar esas prendas con su trabajo personal, mejora su condición material, y palpa el resultado práctico de su aplicación, lleva en su porte el distintivo de su conducta, se presenta con él en su casa, dando un ejemplo á sus mismos padres de lo fructuoso de su aplicación y del buen empleo de su tiempo; y es seguro que no desmayará en la larga carrera de sus estudios, cuando de una manera tan práctica palpa las ventajas de la instrucción.

¡Cuántos niños pobres, y acaso con talento, han desertado del estadío de los educandos, luchando con la miseria y desalentados al medir el tiempo que tienen que recorrer para alcanzar el primer fruto de la instrucción! Puede ser que una camisa, un par de zapatos, una chaqueta conquistada

á tiempo en la escuela por medio de buenas notas hubieran despertado en su alma la noble ambición del saber, y hubieran comprendido las ventajas de la ilustración sobre la incuria y la ignorancia.

No bastan al hombre, ni mucho menos al niño, los estímulos y recompensas puramente abstractas; se necesita, y en esta época acaso más que en ninguna otra, materializar esos estímulos para ponerlos gradual y progresivamente en posesión de los beneficios que conquistan con la educación. Y por otra parte, si las primeras manifestaciones visibles de la ilustración son el aseo, el vestido y el decoro personal; si la instrucción pública se dirige á conquistar para nuestra clase ignorante esas primeras muestras de su mejoramiento, nada más natural que procurarlo desde la escuela. El medio es bien sencillo, y los centavos que los niños depositen en dos meses, serán suficientes no sólo para la reparación de las piezas de ropa de uso que se reciban, sinó muchas veces para confeccionar ropa blanca nueva.

Como á esta asociación podrán pertenecer no sólo los maestros de escuela sinó todas las personas que lo soliciten, habrá de sacarse gran utilidad y provecho de los muchos miles de piezas de ropa de los niños que hoy pasan generalmente del desecho á la basura; pues desde el momento en que la ropa usada de los niños tenga una aplicación fija, por existir un taller formal para desmancharla, lavarla, teñirla y recomponerla, cada pieza que individualmente desechada no tenía ya valor ninguno, vendrá á formar parte, merced al número, de un todo valioso, y en ese sentido adquirirán también valor, por razón de la cantidad, hasta los recortes y las hilachas.

Si este pensamiento, que planteado en otras partes ha dado excelentes resultados, no pareciere irrealizable entre nosotros, nos permitimos someterlo humildemente á la consideración de la ilustrada Junta de instrucción pública.

EL DIVORCIO

EL DIVORCIO.

LA cuestión del divorcio está á la orden del día desde que el señor diputado Herrera la promovió en el seno de la representación nacional; de allí sale, en la forma de un rumor sordo que se difunde por todos los ámbitos de la ciudad, penetrando en los rincones más obscuros del hogar doméstico; la palabra divorcio se oye por todas partes, pero casi en ninguna se le comprende.

—¿Qué es eso del divorcio? preguntaba anoche una señora á una vecina, ¿ha oído usted decir algo?

—Sí, Gualupita, hoy se ha tratado de esa cuestión en casa, á la hora de comer.

—¿Y qué es eso, en resumidas cuentas? ¿de qué se trata?

—De qué se ha de tratar, mi alma, de picardías de diputados mal avenidos con sus mujeres, y que se quieren aprovechar, ahora que tienen el pandero en la mano, para dar una ley que les conviene.

—¿Pero es cierto que con esa ley los hombres se casarán muchas veces seguidas?

—Dos ó tres cuando menos.

—Ah, entonces...!

—Entónces qué?

—Ya sospecho con quien se casaría Aniceto. ¿Y su marido de usted?

—¡Alma mía de él tan bueno! Ni lo crea usted que me dejara.

—No se fíe usted. Cuantos hay que no dejan hoy á sus mujeres porque no pueden; caras vemos...

—Lo que es en eso puede usted tener razón. Sin ir muy léjos, nuestra vecina del 8. Yo me alegraría de la ley del divorcio sólo por ella. Ya V. ve qué clase de marido le ha tocado.

—Anoche vino borracho.

—Como siempre.

—Y á media noche eran unos gritos y unas palabrotas, que no me dejaban dormir.

—Pobre muchacha!

—Pues como ésas hay muchas. Vea usted: de siete matrimonios que hay en la vecindad, cuatro andan mal avenidos, porque ¿dónde me deja V. el zapatero de abajo?

—Ha golpeado á su mujer, de manera que por poco la mata.

—¿Y usted cree que esas gentes se acojerían á la ley del divorcio? Ni por asomos. Esa clase de leyes sirven casi exclusivamente para los pillos, y para los que la echan de ilustrados y progresistas; pero nunca para los pobres, ni mucho menos para la mujer. Pruebe usted, si no, proponerle á la

mujer del zapatero que pida divorcio; no lo haría aunque la mataran. Las tres veces que ha ido al juzgado á declarar con la cara hecha pedazos, porque la han llevado, ha negado que su marido la maltrata y el zapatero ha salido libre.

—Así son todas. Estas gentes creen que si su marido no les pega es porque no las quieren. De manera que esa ley, si llega á darse, sería letra muerta para nuestras desgraciadas mujeres del pueblo. Pero yo le aseguro á V. que les serviría á muchos malvados para cambiar de mujer.

—Quiere decir que los divorciados pueden casarse con otra?

—De eso es de lo que se trata y á la hora de ésta yo le aseguro que más de cuatro están temblando.

El diálogo anterior es un eco ligero del rumor colosal que se levanta por todas partes; pero corto como es, sirve de muestra para conocer el criterio de nuestro pueblo en materias de tan alta significación y trascendencia.

La voz del diputado Herrera, concediéndole que sea lo más bien intencionada del mundo, se ha levantado en la Cámara, no como la expresión de una necesidad social urgente, sino como si en tertulia de confianza se tratara de una cuestión exótica á falta de otro asunto.

La cuestión del divorcio en México es extemporánea; y aún suponiéndola la última expresión de la sociología, viene á México á presentar el mismo contraste que presentan muchos de nuestros asiáticos lujos con la miseria, el abandono y la desidia en cuestiones prácticas y de inmediata utilidad. La cuestión del divorcio es á las costumbres lo que la luz eléctrica del Zócalo á las lobregueces de la ciudad; lo que la banqueta de mármol á la general inmundicia de las calles; lo que la última expresión de la comunicación rápida, el teléfono, á nuestro colonial servicio de correos, lo que el espíritu liberalísimo de nuestra constitución política á la ignorancia y abyección de las masas.

La vida de las sociedades sigue la misma evolución que la vida del individuo.

Francia se entrega al lujo y los placeres con la monarquía y forma su carácter, su índole y sus costumbres. La revolución de 89 la empapa en sangre, conmoviendo al mundo para oírla decir la última palabra en materia de libertades públicas; pero la marcha social no se modifica; el lujo, los placeres y la inmoralidad siguen imprimiendo el caracter, el tipo y la índole, al grado de que, el cancán, al invadirlo todo, invade el matrimonio y la virtud; se canta el adulterio al paso de cuadrillas, se bailan el honor y la fidelidad y los deberes conyugales en son de desvergüenza: escribe Balzac la fisiología del matrimonio, porque lo encuentra convertido en una quisicosa imposible y ridícula; la sal ática de Molière parece desabrida á los labios saturados con ajenjo; y se vuelve el asunto dramático por excelencia, y el númen de Talia, la primera noche de bodas. La ópera bufa se radica en la recámara, al rededor del colchón, y el pue-

blo francés, lujosamente ataviado, acude en masa y noche por noche durante veinte años á buscar la moralidad dramática en el teatro debajo de las sábanas.

Hé aquí el terreno propicio á la iniciativa del Sr. Herrera. Esa es la tierra abonada con los componentes químicos del guano, destinada á recibir esa planta exquisita del divorcio, planta que como las de la moderna jardinería es el resultado de múltiples hibridaciones.

Si atravesamos el oceano para venir á este continente á contemplar la república norte-americana, nos encontramos con que ese jóven pueblo, coloniza un terreno virgen, en donde en lugar de iglesias había aduares, donde en lugar de montañas había ríos, y en vez de preocupaciones había el amor al trabajo. Llega al mundo ese pueblo en plena civilización, y vive el siglo XIX, poniéndose á su altura. Se improvisa, surge de entre la última expresión de las ciencias políticas y administrativas, como el que vá á edificar echando mano de los materiales

más costosos y de la mejor calidad; extrae del antiguo continente savia de vida, experiencia histórica, gérmenes de ilustración, verdad científica y el tipo de la civilización universal; levanta la escuela, amamanta á sus hijos donde su primera generación americana con la leche de la educación á la altura de las necesidades de la época; y el puñado de colonos se rodea en un siglo de cincuenta millones homogéneos.

Pero por sabio y por grande que haya sido ese pueblo al implantar en su terreno virgen los arbustos híbridos de la educación de la mujer y del divorcio, no puede menos de confesar hoy día que al hacer al hombre egoista y á la mujer filósofa, se extremece ante los extragos del peculado y la ambición, y llora ante el hogar vacío convertido en *boarding* y en hotel.

En ese terreno cultivado por la ciencia se han plantado, han florecido y fructificado las exquisitas plantas híbridas de la emancipación de la mujer y del divorcio, para la que el Sr. Herrera pide patente de intro-

ducción, y las flores y frutas de esas plantas han marchitado á la madre de familia; han hecho del hogar doméstico una sociedad en comandita, ó un comedor y un dormitorio á escote; han hecho de la mujer americana el ornato forzoso de las avenidas, que transige, por bondad, con la maternidad á medias, y con restricciones tan filosóficas como inmorales.

El divorcio ha venido á destruír la solemnidad del vínculo sagrado del matrimonio, á quitarle su magestad imponente, ya se le considere como contrato social ó como pacto sagrado. Ya no es el matrimonio ese paso único, grave, serio, terrible, que se dá en el colmo de la pasión, en el auge de la posición social, en el pleno desarrollo viril, y en el seno de la reflexión madura y de la determinación irrevocable para desprenderse una vez en la vida, como la semilla de la flor, para crear la familia, para edificar el hogar doméstico, para garantizar en el porvenir á la prole inocente con la indisolubilidad del vínculo, por medio de un adios

eterno á las borrascas de la juventud, y el paso grave y digno de célibe á jefe de familia, que lleva el inmenso peso en los hombros de las gravísimas responsabilidades que contrae por cuenta de la felicidad de los hijos que engendra.

No; ya no es así el matrimonio en los Estados Unidos. Las facilidades para contraerlo, á la misma altura que las facilidades para revocarlo, lo han impreso un caracter de mogiganga, lo han desprestigiado, lo han envilecido, convirtiéndolo en una mancebía transitoria, en un pasadizo con ambas puertas abiertas de par en par, en una temporada de placeres legítimos, cuyo servicio termina con los postres para abonarse en otra fonda.

Y esto es tan cierto, que la solemne ceremonia matrimonial está reducida, en muchos casos, á la intervención de un testigo, investido de autoridad civil ó eclesiástica más ó menos postiza ó dudosa, y para este acto ya no son indispensables ni el templo ni el juzgado. Se verifican matrimonios en

la playa, en los baños de mar, con el agua hasta la cintura, entre los novios y un sacerdote en calzoncillos. Se verifican en la canastilla de un globo entre las nubes; en la cima de una montaña y en cualquiera calle ó encrucijada. Se celebran por el correo, por el telégrafo y por el teléfono; y se manda á un Estado por una mujer legítima en legítimo matrimonio, por la misma escuela de procedimientos que se emplean para comprar una yegua.

En la misma proporción se descasan los prosélitos de esas leyes liberalísimas y fáciles; el nudo se rompe en un minuto, el estado social se cambia como los papeles en el escenario, detrás de bastidores. Se multiplican de día en día los polígamos, y el número de ex-casadas, género de muy poca demanda en el mercado matrimonial, y gremio que después de dar un rodeo agradable que la civilización les ha proporcionado, vuelven, aunque por distinto camino, al punto de partida del desamparo de la mujer: la miseria y la prostitución.

Si en los Estados Unidos, en donde se ha realizado ya el perfeccionamiento de la educación de la mujer, llevándolo hasta el exceso de hacerla superior al hombre, y encaminándolo hasta el grado de hacer á la mujer no solo instruída sino filósofa; si allí, donde los derechos de la mujer son respetados, donde su acción jurídica es un hecho, y su ingerencia en la ley civíl una práctica, y su iniciativa para hacerse respetar un rasgo de su educación; si allí donde la mujer es todo, las facultades del divorcio en su evolución final y por el numerismo que proporciona la estadística, dá el resultado práctico del aumento alarmante y progresivo de mujeres desgraciadas, ¿qué resultado daría en México la ley del divorcio, al tratarse del bello sexo mexicano, compuesto: *de mujeres heróicamente virtuosas y prudentes y de mujeres estóicamente sufridas é ignorantes?* La respuesta es clarísima. La ley del divorcio abriría una ancha puerta á todos los malvados, á todos los léperos ilustrados que insultan y golpean á sus mu-

jeres; á todos esos casados de veintiun años que llegan borrachos á su casa; á todos esos libertinos en quienes ya se extinguió la ilusión del atractivo de la carne, que fué su único cebo al matrimonio. Por esa ancha puerta se precipitarían en pos de los libertinos mal casados, los que mañana pudieran convertirse en buenos padres de familia; los que están vacilando en enmendarse ante la terrible indisolubilidad del lazo conyugal. La ley del divorcio decidiría á los vacilantes, incitaría á los descontentos á medias, induciría á la práctica de moda á miles de maridos en el primer disgusto conyugal, y temblarían miles de niños ante el porvenir nublado por la conmoción de la sociedad, al hacerse quebradizo el vínculo más santo de la estirpe humana; y al numerosísimo gremio de las mujeres desgraciadas en México por las causas comunes del pauperismo, habría que agregar el contingente de las repudiadas, que sería espantoso en número á juzgar por la relajación creciente de las costumbres.

LA LIBERTAD DE TESTAR

LA LIBERTAD DE TESTAR

CONTRA su costumbre Manuelito y Enrique hablaban anoche en la Concordia en estilo ligero sobre asuntos trascendentales.

—Ya sabes que no me gusta trabajar, decía Manuelito. ¿Me das cosa más fastidiosa que la esclavitud de los negocios? Ya sabes, yo soy así; tengo un caracter muy independiente. Vamos, no ha podido conseguir mi tata que vaya yo á la hacienda!

Manuelito le llama á su papá mi tata, y y su mamá, *ma.*

—Y por qué no vas? le preguntó su amigo; yo en tu lugar haría esa expedición por gusto; la hacienda es hermosísima, el camino pintoresco, y luego te pasarías una vida....

—Qué sabes tú de eso? Yo no he nacido para hacer idilios; me chocan la hacienda, y el camino y los rancheros. Solo una vez he estado en una de las haciendas de mi tata; pero oye, quedé tan aburrido! ¡qué noches, Dios mío, qué noches aquellas! Mi tata ya se cansa de proponerme que me ponga al frente de una de las haciendas, porque según sabrás todos los administradores nos roban.

—Eso es seguro; si no los vigilan.

—Quién los ha de vigilar! mi tata suele ir cada dos ó tres años, y yo.... bonito yo para meterme en camisa de once varas.

—Pero yo creo que podrías hacer algo al frente de una hacienda.

—Eso es lo que tata dice. Me propone asignarme una parte de las utilidades, y me

da libertad para invertir lo que sea necesario en proporcionarnos máquinas americanas y todos esos chismes; pero no, chico, ya sabes que el día que no hago mi oso no estoy contento. ¡Qué quieres! ya sabes que soy un hombre metódico!

—Sí, mucho.

—Ya se ve que sí; hace más de un año que me ves hacer lo mismo todos los días. La mañana con Micoló, al medio día mi carambola (como que ya le gano á Pepe á todos tiros), la comida, el paseo, el teatro, las novias y las esposas.

—Como que ayer ví á tu esposa ¡qué guapa iba!

—¿Cármen ó Virginia?

—Virginia.

—¿Qué te dijo?

—Dele V. expresiones á mi esposo, me dijo con mucho cariño.

—Es una buena chica; pero me cuesta un ojo. Figúrate que el tenedor de libros de casa ya no quiere hacerme otra *valedura*, porque le tiene miedo al tata.

—Y tiene razón.

—Qué razón vá á tener! Ya viste como la otra vez le pagué y cubrió la caja sin que nadie lo notara; ya sabe que cuando yo digo una cosa la cumplo.

—Pero esa vez, permíteme que te lo diga, si no ha sido por la ganada que diste en Tacubaya, no hubieras podido salir del apuro.

—Pero salí. Y lo que es ahora no deja de estar la cosa un poco turbia. ¿Sabes quien me va á sacar de apuros?—Mi sastre.

—¿Cómo?

—Me ocurrió que volviera á llevarle al tata la cuenta.

—Pero está pagada.

—Ya lo creo; pero si la paga doble, son trescientos duros que me hacen buena falta.

—Con que consintió tu sastre?

—No completamente; pero en fin, se prestó á darme la factura por duplicado; y como en el escritorio no conocen al cobrador yo me he compuesto de manera que la cosa pase desapercibida.

—Cuidado.

—En qué puede topar? en una *jalada* del *tata*; ya sabes que se le pasa pronto, y ya sé con qué lo contento. Le hablo de que estoy pensando sériamente irme á la hacienda y ¡adios! lo desarmo; porque si quieres ver al tata contento, que le hable uno de trabajar. Delira el pobrecito con el trabajo, y dice que si nosotros trabajáramos haríamos un capital inmenso.

—Y tiene razón.

—Pero para qué queremos más? Yo por mi parte no creas que ambiciono tener un centavo más de lo que tengo.

—Bueno, pero tú no tienes nada tuyo.

—Cómo no! todo es mío, y es mío sin necesidad de trabajar. No faltaba más sino que ahora me pusiera á hacer pininos. ¿Para qué? Ya sabes que en México no se puede gastar gran cosa; si fuera en París! No nos falta nada, tú conoces al tata. En cuanto á caballos ya has visto nuestras caballerizas; carruajes, hay más de los necesarios.

—Ya se vé, como que hace años que no usas la victoria.

—Ni la victoria, ni el faetón grande, ni el landolet. Por otra parte, si es el servicio, á todo le enseñarán á tata menos á gastrónomo.

—Como que hay días que tu cocinero se porta.

—Y así en todo. No quiero más, no señor, no lo necesito. Así estoy bien. Trabajar! Eso se queda para los gañanes, y si hemos tenido la fortuna de nacer ricos ¿á qué viene ahora matarse en el trabajo y en los negocios? y luego eso del campo es tan monótono y tan cansado.

—Pero en fin, tú necesitas tomar un partido para hacerte independiente. No toda la vida has de estar reducido á la condición de hijo de familia.

—¿Y por qué no? Ma me defiende. Hace poco hablaban ma y tata de mí. Tata decía que soy un flojo, que no sé hacer nada, que he descuidado mi educación, que no veo por el porvenir, y ya sabes, todas esas antiguallas de los viejos; y la pobrecita de ma se portó como un abogado. Con decirte que derrotó á tata.

—A ver, á ver. Cuéntame eso.

—Manuelito, dijo, ya lo ves, habla francés, ha viajado.

—No me recuerdes ese viaje, dijo tata, que si no le retiro los fondos á mi hijo me deja en un petate. Bueno, dijo ma muy quedo, en todo caso hizo lo que tú cuando fuíste joven, y tata se mordió los lábios. No te vuelvas avaro le decía ma. Si por beneficio de Dios tenemos lo suficiente, ¿á qué obligar á los muchachos á que se den mala vida? Deja que gocen los pobrecitos, ahora que pueden, y por ese estilo. Te digo, que estubo verdaderamente inspirada defendiéndome. Resultado. Aquellos doscientos pesos que gastamos en Tacubaya. Te acuerdas? Como que, á propósito, tengo ahora un negocio con tata. Ya le dije que perdí ayer en las carreras y que perdí por ir con él á Caracol, y que acabé mis fondos y necesito un subsidio.

—No abuses, Manuel, no abuses, se va á fastidiar un día tu papá y ¿qué haces?

—Pero ma no se fastidia. Ya te acordarás

cuando lo de las bailarinas de Glowskoski. Aquélla sí fué gorda, eh? Pues la pobrecita de ma fué la que triunfó de la situación como siempre.

—Sin embargo.

—Nada chico. Yo ya tengo hecha mi cuenta; no creas que soy tan estúpido, que no vea por el porvenir, ya tengo hecho el cálculo de lo que me tocará cuando se muera tata. Entonces estaré en la verde y podré tirar el dinero como se me antoje.

—Siempre que tu tata no te desherede.

—Quita allá! Qué sabes tú de eso!

—¡Cómo que no! la nueva ley.

—Qué nueva ley ni qué canastos! Yo soy el hijo mayor.

—Pero bien. Tu estás seguro de que heredarás á tu padre por que la antigua ley lo obliga á dejarte sus bienes, al menos la parte que te toca; pero en virtud de la nueva ley que se discute, tu padre quedará en libertad de dejar su dinero á quien le diere le gana.

—Eso es una barbaridad.

—Será lo que tú quieras; pero si esa ley se aprueba tú no puedes estar seguro de heredar á tu padre.

—Que no?

—Que no.

—Y tú crees que tata fuera tan cruel que lo hiciera como dices?

—Pudiera suceder.

—Pues yo no lo creo, además esa ley no se aprobará.

—En qué te fundas?

—En que es una atrocidad abrir la puerta á los padres desnaturalizados para que dejen sus bienes á una ramera con perjuicio de sus hijos, que son los legítimos herederos.

—Esa es precisamente la cuestión. La ley tal como está concebida es tiránica, y los que la atacan aseguran que no debe legislarse en el sentido de intervenir en la voluntad y libre albedrío del testador.

—Quién ampara á los hijos entonces si no es la ley?

—Ese amparo es una intrusión de la ley,

porque no hay derecho para obligar á nadie á distribuir su hacienda en sentido determinado por que cada cual puede hacer de su capa un sayo.

—Quiere decir que tata quedará en libertad para hacerte rico dejándome á mí en la miseria.

—Ni más ni menos.

—Eso es infame y declaro que ese proyecto de ley viene á la cámara por senderos tortuosos.

—Yo no lo sé y solo te trasmito lo que he oído decir para que te sirva de gobierno. Pero las razones en que la proyectada ley se funda me parecen muy atendibles.

Manuelito se quedó profundamente pensativo. Acaso por la primera vez en su vida le asaltaba la idea terrible de no tener dinero. Meditó por algunos momentos inmóvil y perfectamente concentrado en aquella idea funesta. Hizo entonces en su mente como una sinopsis del caracter de su padre, queriendo juzgar por los antecedentes si sería capaz de desheredarlo. Recordó las

preferencias que en muchos casos había tenido su tata con las hijas menores y en suma, su propia conciencia le decía que si su padre llegase á obrar en tal sentido, acaso no lo haría sin fundamento.

Al ver Enrique la honda impresión que sus últimas palabras habían causado en su amigo Manuelito, lo interrumpió preguntándole:

—En qué piensas?

—En qué he de pensar! en que si desgraciadamente llegara el caso que tú crees posible ¿que haría yo entonces? Yo no sé trabajar, te lo confieso ¡qué quieres! Como no he tenido necesidad me he acostumbrado á vivir de ocioso. ¿Qué podría yo hacer sin dinero? ¿Agente de negocios, corredor, proyectista? si yo no entiendo una palabra de negocios. Es cierto que tengo relaciones pero no sé cómo habría de utilizarlas, y luego que ya sé como se trata á las personas que no tienen dinero. El día que se supiera que yo no heredaba á mi padre, adios, estoy seguro de que la amistad y las conside-

raciones y todo desaparecían y... y, qué quieres! yo no tendría otro recurso que volarme la tapa de los sesos.

—Vaya un recurso! Sabes que no creía que te hiciera tanta impresión lo que te he dicho? Has tomado la cosa enteramente á lo serio. ¿No me decías que tu tata, como tú le llamas, sería incapaz de desheredarte?

—Ya se ve que sí te lo dije. Pero en fin mi padre es hombre como todos, y una vez libre de la coacción de la ley bien pudiera tener á la hora de testar una rareza, y como era la última, no había modo de componerla.

Enrique ya no pudo sacar á Manuelito de su abatimiento á pesar de sus esfuerzos; y es que pensaba en lo que muchos jóvenes pensarán con motivo del proyecto de ley sobre la libre testamentificación. «Mucho me ha dado mi padre, soy un flojo, no sé hacer nada y... no merezco la herencia paterna.»

EL ASEO,
EL AYUNTAMIENTO
Y LAS OBRAS PÚBLICAS

El aseo, el ayuntamiento y las obras públicas.

á nuestros concejales les falta un viérnes, ó entran á servir en esa especie de condena que se llama regiduría, con la resignación del presidiario. Ni el movimiento general del país hacia el progreso material, ni la voz de la prensa, ni el deseo de acallarla siquiera con dictar algunas providencias de esas que hacen mucho efecto en el público y no cuestan mucho dinero; nada, ni

el amor propio, ni el qué dirán, ni la *negra honrilla*, ni *el puntillo*, ni ninguno de esos móviles del corazón humano saca á esos benditos señores de su recogimiento y su abstención, como no saca de su atonía al reo sentenciado nada de lo que pasa fuera de su celda.

México presenta á los ojos del extranjero una serie de contrastes de gran valor como apuntes de viaje; pero aparte del efecto extraño que los tales contrastes puedan hacer en el ánimo de los *touristes* de buen humor, no pueden menos que surgir de la observación atenta conclusiones de todo punto desfavorables á nuestra pretendida ilustración.

Nos inglesamos en las carreras y hasta nosotros mismos nos creemos en Lóndres, cuando decimos con afectada naturalidad que nos dirijimos al *turf*. Ya en ese potrero de Peralvillo no se dice por la tarde que hay una concurrencia de gran tono: es preciso decir que aquello es el *high life*; y si se critica á la concurrencia, es preciso hacer

creer que con los muchos años de residencia en París, ya se acostumbró uno á decir que allí está *la goma*. El mexicano en las carreras ya no se permite decir los *elegantes*, por prosaico, ni *los petimetres*, por castizo y por anticuados; ni *los catrines*, por *ordinario;* ni *los rotos, por lépero*; necesita decir *los gomosos, por parisien*. Es preciso finjir un interés que no se tiene en el caballo de nombre más inglés, pronunciando el de su dueño con familiaridad, aún cuando no se le conozca de vista. De las carreras se pasa á la ópera francesa con una provisión de sonrisas falsas para irlas acomodando á las frases que no se entienden, pero de las cuales se rien Bablot ó Limantour, que están allí cerca.

Pero hé aquí que del *high life* se pasa al cacahuate tostado de horno, de *la goma* se pasa al cochambre de las figoneras que declaran su domicilio la plaza de la Constitución, el 5 de Mayo, y en donde no hay *high life* posible sino mezclada con los zarapes, los sombrerotes y los andrajos de nuestro pueblo.

Y habremos de resignarnos á este contraste para toda la vida? Estará condenada *nuestra goma*, ó nuestra nobleza, ó nuestra aristocracia ó todos, en fin, los que nos vestimos á la europea, siguiendo el torrente de la civilización universal, á vivir incrustados en medio de este pueblo sucio, goloso y ordinario, haciendo el mismo papel que hacen las colonias europeas en China, en Persia y en Constantinopla? Estaremos formando constantemente como en la antigua Atenas, un grupo de cupátridas en medio de un pueblo de ilotas?

Ya hemos proclamado abiertamente la instrucción de las masas; ya tenemos estereotipadas centenares de frases patrióticas, político-administrativas, ultra-democráticas y ultra-rimbombantes, acerca de tan alto y trascendental principio, no hay más que echar mano de ellas, como de los sellos de goma que cambian solo de fecha, para confeccionar discursos parlamentarios, editoriales, planes de pronunciamiento y proclamas; ya estamos en paz, y llegó la oca-

sión de llevar al terreno de la práctica tan bella teoría.

Ahí están nuestras escuelas, contestarán en coro los munícipes, trabajamos por la instrucción pública, vigilamos por la instrucción pública. En hora buena; á contar desde el alfabeto, estamos de acuerdo con todo lo que se refiera á la instrucción del ciudadano; pero antes de aprender el alfabeto ¿quién lo educa? ¿Quién destruye ó modifica al menos, el caudal de frases ordinarias de malas costumbres, de malas maneras y de falta de dignidad personal, que ese neófito de la instrucción lleva á la escuela? ¿la escuela misma? Apelo al testimonio de las personas que conocen léperos que saben leer y escribir, porque aprendieron esto en la escuela, pero que siguen siendo tan mal educados como antes de aprender á leer, y se verá como nuestra escuela actual que instruye, está muy lejos de educar á las masas.

En ninguna época ha llegado á tener más importancia la institución municipal que en

la presente. En los muchos años en que ha permanecido estacionaria la capital de la República, y en medio del malestar inveterado que las revueltas políticas nos ocasionaban, nuestros ayuntamientos se la han ido pasando de período en período, desempeñando con más ó menos acierto sus deberes de estampilla. Pero la época actual es excepcional, y el ayuntamiento está obligado á ponerse á la altura de las exigencias de la situación, ó á retirarse de la escena por incompetente.

Todos los esfuerzos de la masa civilizada de la República en la ímproba tarea de difundir la ilustración, deben naturalmente dirigirse al mejoramiento de las clases inferiores. Para lograr este mejoramiento, insistimos en que no basta la escuela, ni mucho menos basta en las condiciones en que está basada en la actualidad; porque de la misma manera que el plan de instrucción debe ser dictado por espíritu filosófico que tienda al mejoramiento moral del individuo en cierto sentido, el plan de educación debe

ser el resultado de la observación respecto á los vicios y defectos de que adolece el pueblo que se pretende mejorar.

Esta observación nos dá sin dificultad alguna el siguiente corolario. Los defectos capitales de nuestro pueblo ínfimo son el desaseo, la falta de dignidad personal, la pereza, y el estoicismo. Estos defectos como condiciones de raza, se trasmiten y se propagan de generación en generación á pesar de la escuela, muy especialmente cuando los planteles de instrucción popular no obedecen á un plan filosófico en el sentido de la educación.

Si convenimos en que los enunciados son los defectos de nuestro pueblo, y si convenimos en que el espíritu del progreso, la filantropía y la ilustración tienden á minorar y destruír esos defectos ¿por qué no tomamos este principio como punto de partida y como objeto filosófico para constituír la escuela y la policía?

Hemos dicho arriba que la escuela es insuficiente para educar y mejorar al pue-

blo, y que en ninguna época ha llegado á adquirir mayor importancia la institución municipal que en la presente. Hé aquí pues el punto en que se tocan la escuela y la policía.

Tratemos del primer defecto: *el desaseo.* Este defecto es de la exclusiva incumbencia del ayuntamiento; esta corporación tiene á su cargo algunos miles de niños de ambos sexos, y tiene á su cargo el cumplimiento de las leyes de policía, de salubridad, de ornato y de conservación. ¿Por qué no se empieza á combatir este defecto en la escuela? Ya en otro artículo hemos indicado la manera sencillísima de plantearlo. Es de todo punto indispensable que nos penetremos de esta verdad: el mejoramiento material y moral del hombre empieza con el aseo, luego para entrar á la escuela se necesita presentarse aseado, ó asearse en la puerta antes de entrar.

Sin aseo no hay civilización ni cultura; y por civilizados y por cultos que nos supongamos los *cupátridas,* tenemos que confesar

que no hay pueblo más sucio en el mundo civilizado que el pueblo ínfimo de la capital de nuestra República, que es á su vez la ciudad más inmunda de todas las capitales civilizadas; y de esta falta de aseo, el primer culpable es el ayuntamiento, á cuya corporación insistimos en llamar incompetente para el ejercicio de las importantes y apremiantes necesidades del municipio.

Cómo se puede esperar que esa corporación, ya no solo se ponga á la altura del espíritu filosófico de esos deberes, sino siquiera que pare mientes en la cuestión de aseo, cuando el mismo palacio municipal, su propia residencia oficial, presenta las huellas del abandono y de la incuria, y este abandono y esta incuria, y este aspecto ruinoso no hiere la vista de los regidores que entran y salen diariamente, al grado que ni á uno solo le ocurra ocupar un albañil para que resane las paredes descarnadas y carcomidas por el salitre.

Cómo se puede esperar el aseo de la ciudad de una corporación que parece connatu-

ralizada con el deterioro y la ruína; con las telarañas y con el cochambre de las paredes? Fué necesario un párrafo en *La Libertad* para que mandara quitar las telarañas de su portal. Veremos si estas lineas sirven para que mande resanar las paredes y lavar los pilares.

El día 5 de Mayo la corporación pensó en su portal, y sobre los muros deteriorados y los pilares grasientos, colocó veinte pesos de guirnaldas verdes que no había más que pedir. ¿No hubiera sido más cuerdo, y más decente y más patriótico, emplear esos veinte pesos en cal y arena y en agua y jabón para asear el portal, más bien que emplearlos en guirnaldas que no sirvieron más que para hacer un contraste ridículo?

Hay señores regidores en quienes todo el mundo reconoce las relevantes virtudes de la constancia, el tesón y la dedicación más exclusiva al objeto que se proponen. ¿No opinan ustedes que si esas virtudes raras se emplearan en cuestiones de aseo, serían

más provechosas, de un resultado más práctico y más positivo, que empleándolas en discurrir la manera de gastar más dinero para proporcionar sombra á unas cuantas indias vendedoras de flores?

La corporación municipal se empeña en jugar á los despropósitos, presentando al público los contrastes más grotescos. Dice que no tiene dinero para limpiar un caño, cuando se está ocupando, con una constancia digna de mejor causa, en levantar á todo costo una cúpula de hierro y cristal, digna de los jardines de Versalles, para dar albergue á un grupo de indios durante algunas horas.

Deja por semanas enteras descubiertas las atargeas porque por falta de fondos apenas puede pagar operarios, y mientras en su penuria se vé obligado á envenenar la atmósfera y á propagar el tifo mal de su grado; porque está muy pobre, gasta dos mil pesos en cohetes por ceder á la rutina inútil, y criminal en este caso, puesto que primero es la salubridad pública y los de-

beres municipales de la ciudad, que la pompa de un aniversario, que no es menos glorioso por falta de cohetes.

Y á propósito de limpia de atargeas, permítasenos apelar al amor propio y al decoro de la corporación municipal, y llamar la atención sobre una de nuestras antiguallas, de nuestras rutinas y nuestras ordinarieces. ¿Por qué se obliga al operario velador de la obra de las atargeas, á que improvise por su cuenta una choza inmunda formada de petates podridos, de sacas de carbón, de palos viejos, y de todos los materiales más asquerosos que conducen los carros de la basura? ¿Por qué al repugnante cuadro de la atargea inmunda, abierta más tiempo del necesario, se ha de agregar esa choza que representa la miseria y la incuria, plantada en el centro de la ciudad á un lado del palacio nacional? ¿Qué necesidad hay de recargar el cuadro con esa nueva muestra de nuestra desidia y nuestro atraso? Por honor del cuerpo municipal, por decoro de la autoridad que representa, por el ridículo

en que cae la dirección de obras públicas, debe suprimirse ese espectáculo y mandar construír un garitón portatil ó barraca de madera, que á la vez que sirva de albergue al velador, sea útil para guardar herramienta. Un garitón en cuya parte superior pueda adaptarse un farol con vidrios rojos para anunciar el peligro del pavimento á los cocheros y á los transeuntes pedestres. Este garitón acabará de ser bien conocido por el público, apercibiéndose desde larga distancia que se trata de obras públicas, y dará por fin mejor idea de nuestra obrería mayor y de nuestro ayuntamiento.

Esta corporación está en el deber de poner en vigor, con oportunas adiciones de actualidad, las leyes de policía, teniendo en cuenta que se trata de emprender una cruzada en que, por todos los medios prudentes, y todos los recursos legales, y toda la constancia que se requiere, se combate el proverbial desaseo y la falta de respeto público de nuestras clases inferiores.

LA PLAZA DE LA CONSTITUCION DE NOCHE

La plaza de la Constitución de noche.

Aconsejamos á los extranjeros que vienen á juzgar del adelanto y la cultura de la capital de la República, que no tomen nota alguna de lo que pasa de las ocho de la noche en adelante en el centro de la ciudad, porque esto es solo para contarlo en reserva á nuestros bondadosos lectores, á quienes invitamos á dar un paseo á eso de las nueve por la plaza de la Constitución.

Comenzamos por el puente de Palacio, en donde lo primero que se ofrece á la vista y al olfato del solitario transeunte, y superabundantemente iluminado por un foco de luz eléctrica, es el mingitorio municipal, que no es para descrito. Sigue una serie de tiendas de madera y lienzo, habitadas por muchas mujeres, desgreñadas y sucias que han sentado allí sus reales con el pretexto de vender aguas frescas al calor del cuerpo. Estas casitas, que de día tienen todo el aspecto de una orchatería ó puestos de tianguis, á las nueve de la noche son recámaras á los cuatro vientos. Las vendedoras de aguas son diputaciones permanentes de los Estados de Puebla, Guanajuato y Guadalajara, que reciben de día al público que se refresca y de noche á sus amigos y tertulianos, que no tratan de refrescarse precisamente.

Mientras unas chieras forman grupos con los consabidos amigos, otras cabecean ó se acurrucan por los rincones. En otras de esas barracas se observa otra disciplina más

severa al parecer, porque no hay tertulia, á lo menos visible, y las mesas que de día sirven para refrescar, de noche se utilizan para tabiques y alcobas. Se levanta una barricada con las sillas y un muro con las mesas y las ollas; de lo que resulta un conjunto indescriptible de chía, orchata, limón, piña, tamarindo, sábanas, mujeres, hombres, niños y perros, procurando defenderse de la luz eléctrica que penetra por entre aquella palizada á pesar de las sábanas y de todas las precauciones.

De esta amalgama resulta que en la mañana, la chía y la orchata están al calor del cuerpo, como agua para baño ó como agua á pasto para enfermos del pecho. Despierta á aquellas gentes el frío de la aurora, que, como la luz eléctrica, se cuela por todas partes, y comienza la operación de dar de nuevo al dormitorio público el aspecto de orchatería, al exclusivo servicio de las mujeres.

Estas mujeres sin *toilette* son las encargadas de dar á usted un vaso lavado con sus propias manos al estilo del país. Estas mu-

jeres llevan dos meses de vivir en la plaza de Armas, acampadas en sus tiendas, cuyo modelo es parto del ilustre ayuntamiento. Ciertos calaveras de casa de vecindad encuentran de su gusto esa sociedad de refrescadoras y mantienen la tertulia desde que oscurece hasta que aquello se transforma en dormitorio.

Después del espectáculo de las barracas sigue el del portal de la Diputación, cuya pared sirve de cabecera á sesenta ó más individuos de ambos sexos, que con cubrirse la cara, duermen allí á pierna suelta como en colchón de pluma. Las pocas personas que transitan por ese portal á tales horas, se preguntan quiénes son aquellos desgraciados y piensan con tal motivo en el cien veces cantado proyecto del dormitorio público, que con solo serlo un poco menos que el portal del palacio municipal ya se habría dado un paso hacia el decoro público y al socorro de los infelices.

El portal de Mercaderes sigue siéndolo hasta las doce de la noche; solo que al

abigarrado conjunto de puestos de juguetes, zapaterías, imprentas y estanquillos, sucede el soñoliento y triste comercio de los dulceros, de no muy limpia catadura, que apostados de trecho en trecho en ese portal hace dos siglos, ofrecen al transeunte goloso su empolvada mercancía, alumbrada por quinqués rotos y humeantes, colocados entre dos calabazates.

Esos dulces son acariciados á mañana y tarde, durante su prolongada exhibición, uno por uno, y con todo el cariño que puede engendrar en un dulcero el 50 por ciento de utilidad, por las manos ¡qué manos! del inculto y desvelado vendedor.

Una noche, de regreso del teatro, pasaba yo frente á esos fantasmas silenciosos del portal con un amigo mío, dado hace mucho tiempo á las observaciones científicas. Como todos los sabios tienen alguna manía extravagante, mi amigo, por medio de un paréntesis clásico, abierto en medio de nuestra interesante conversación, se paró para comprar camotes cubiertos.

—Es mi costumbre—me dijo, eligiendo algunas de aquellas golosinas—yo tomo dulce á todas horas.

—Lo cual prueba—añadí yo—que tiene usted estómago y corazón de niño.

—Efectivamente—dijo mi amigo el sabio, recapacitando y apoyando la punta de un camote en su frente, como si fuera el mango de la pluma—el estómago de los niños necesita más de las materias sacarinas que el de los adultos. En cuanto á lo del corazón...—me dijo—no comprendo....

—Es claro,—añadí yo—el que se entrega á esos placeres inocentes dá una prueba de que no frecuenta la cantina y conserva sus costumbres puras.

Algunos días después visité á mi amigo. Como siempre me hizo subir á su laboratorio, en donde se ocupa constantemente de sus análisis. Ya había analizado una botella de agua del Peñón de los baños, y otra de aire de letrina, de cuyo resultado estaba contentísimo, porque le iba á servir de base para una serie de estudios microscópicos

muy complicados, que según me figuro, deben llegar á la innegable conclusión de que el aire de las atargeas es nocivo.

En medio de las retortas, los libros, las balanzas, y los frascos de reactivos, estaban todavía intactos y sobre el papel de periódico en que el vendedor los había envuelto los dulces que mi amigo el sabio había comprado en el portal.

—Cómo, le dije, V. no ha tomado todavía los dulces. Estos dulces, sinó me equivoco, son los mismos que compró V. en mi presencia.

—Ah, los dulces, dijo el sabio con tristeza, los dulces. No me he ocupado de otra cosa desde aquella noche.

—¿Se ha ocupado V. de los dulces?

—Le diré á V. Facundo. Esta manía que tengo de analizarlo todo, puso en mis mano el microscopio precisamente en el momento en que me disponía á devorar ese calabazate. Tenía yo muy buena luz, una lluvia de tres cuartos de hora había barrido los corpúsculos de la atmósfera; las nubes habían desaparecido, y brillaba el sol de

una manera espléndida. De manera que luz, microscopio y calabazate me clavaron ahí, mientras me duró el aliento.

—¿Y qué sacó V. en limpio?

—En limpio! repitió con tristeza el comedor de dulces, en limpio respeto á mi afición á las golosinas.... vea V. Facundo, veálo V. mismo, no he comido los dulces. Es la primera vez que me arrepiento del análisis. Escuche V.

Y el sabio tomó un pliego de papel y leyó de esta manera:

Análisis de una pulgada cuadrada de superficie de calabazate.

Partículas de silicatos diversos. 897.

Idem de tierra vegetal. 709.

Idem de materia orgánica. 19.

—Polvo—dije para mí.

Idem carbonato de potasa. 607.

Idem carbonato de cal. 5.

(Ceniza de puro)

Idem filamentos de algodón. 97.

Idem de lana. 69.

Idem de seda. 3.

Fragmentos capilares. 7.

—Estos fragmentos, agregó el sabio interrumpiendo la lectura son con toda probabilidad, por estar cortados en porciones atómicas, el producto de las tijeras de los peluqueros, y hay dos ó más fragmentos terminados en punta que me inducen á creer que son pestañas de perro. En esta sección he colocado dos raíces del mismo pelo, pelo humano, desprovistas de su vástago y dos alveolos del cuero cabelludo. Encontré además un infusorio vivo de la familia de los *bacterios.*

Yo no sabía cómo clasificar algunos fragmentos de tejido celular y algunas fibras epidérmicas; pero detenido estudio comparativo vino á aclararme que provienen del animal corpulento de la raza bovina, ó en términos vulgares, de la baqueta ó suela, quiere decir de los zapatos que se venden en el portal, y de los transeuntes. En cuanto á substancias minerales tenemos trazas de sulfato de amoniaco muy bien caracterizadas y ácido fosfórico.

—Los mingitorios, pensé.

—Además, continuó el sabio, pude extraer partículas albuminoides.

—Claro! los mingitorios. Ya comprendo por qué no ha comido V. los dulces.

—Sigue el análisis, continuó el sabio; partículas de betún de Judea, trementina y negro de humo. 1327.

—¡Tanto!

—Es claro, estaban aglomeradas esas substancias en la forma de una *f*.

—¡Cosa más rara!

—No tiene eso nada de extraño, dijo el sabio con una sonrisa de triunfo. Es una *f* del papel de periódico en que envolvieron los dulces, y que se reimprimió en el calabazate al combinarse el betún de Judea de la tinta de imprenta con los átomos de azucar y la humedad atmosférica, ó más bien con alguna de esas partículas salivales que se desprenden de la boca al comprar y vender dulces.

—¡Válgame Dios y lo que quiere decir para los sabios, exclamé, la sencillísima cir-

cunstancia de estar un dulce lleno de polvo!

—¡Oh, el microscopio! dijo el sabio lanzando una mirada cariñosa á su magnífico instrumento. ¡Qué grande es el mundo de lo infinitamente pequeño!

—Pero en fin V. no vuelve á tomar dulces.

—Vea V. Facundo, voy á hacer otros análisis, para que se me olvide el de los calabazates, y dentro de poco, mis propensiones de goloso triunfarán de las apreciaciones científicas.

—Me parece bueno el remedio y lo pondré en práctica antes de comprar dulces.

—El expendio de comestibles al aire libre, continuó el sabio, especialmente de aquéllos que presentan una superficie húmeda ó pegajosa, es, sobre inculto y poco aseado, un vehículo seguro para la transmisión de los corpúsculos y gérmenes venenosos que flotan en la atmósfera. Los dulces, los pasteles y todas esas golosinas, debían exhibirse para su venta resguardados del polvo, bajo vidrieras. Así estarían libres ya

no solo del polvo cuyo análisis es horripilante, como V. ha visto, sino que podrían conservarse más tiempo en buen estado, porque no absorverían tan fácilmente la humedad de la atmósfera que altera y descompone todas las masas secas y esponjosas como los pasteles, ni absorverían los miasmas pestilentes, como sucede con toda seguridad á los pasteles y dulces del portal de Mercaderes, expuestos por más de catorce horas consecutivas á inmediación de los mingitorios. Respecto al uso que se hace aquí del papel de periódicos diré á V. que para un inglés ó un americano del Norte sería una falta imperdonable ofrecerle un dulce envuelto en papel impreso. Entre nosotros se usa ese papel sin objeción alguna, pero convenga V., Facundo, en que no deja de tener sus inconvenientes.

—Que lo diga la *f* del calabazate.

—El público, dijo el sabio muy serio, debe engullirse con los dulces muchos vocablos reimpresos por el procedimiento de la absorción del betún de Judea por el

azúcar húmeda, arrastrando consigo las partículas de negro de humo y del aceite de linaza.

Dejemos al sabio, para continuar nuestro paseo nocturno. Al salir del Portal de Mercaderes se siente uno bañado por torrentes de luz eléctrica en el vértice de un ángulo recto que llega por un lado hasta el paseo de la Reforma y por el otro hasta Peralvillo. La imaginación vuela como la electricidad, hasta el lugar de la generación de la luz, y recuerda el ruído atronador de los motores y las máquinas, y la complicada red de conductores que llevan el fluído que se convierte en astros deslumbradores, en haces de rayos luminosos sostenidos á fuerza de oro por un ayuntamiento que deja á la ciudad hundirse en la inmundicia.

El Zócalo está desierto y sin embargo inundado de luz, y á mayor abundamiento ardiendo el gas en el candil y los candeleros de la caja acústica. No es noche de música, y uno que otro vagabundo dormita en las bancas de fierro. Algunos calaveras trasno-

chados se cambian palabras obscenas en voz alta, las fuentes han enmudecido hace mucho tiempo, y no rompe aquel silencio selenítico más que el lejano rumor de algún simón rezagado, ó la lluvia de cucarachas monstruosas, familia *Velatona*, que se crían en los pantanos de las inmediaciones de la ciudad, y vienen de noche á inmolarse en aras de las esplendideces municipales y á ahuyentar del jardín á las muchachas bonitas.

POR FALTA DE FONDOS

POR FALTA DE FONDOS

EL ayuntamiento confiesa que las calles que necesitan reparación de empedrados son 143, las que lo necesitan nuevo 345; las que demandan urgente compostura, 117; las que necesitan terraplén, 317; banquetas, 425, y las que necesitan atargeas, 379.

Sumados estos números, dan un total de 1.735 calles, ó sea todo México y algo más; y no siendo aventurado calcular un gasto

de diez mil pesos para cada calle, por término medio, supuesto que más de la mitad de este total de calles necesitan empedrado, banquetas y atargeas, resulta que para que México tenga pavimentos, debe gastar la suma de 17.350.000 pesos y sostener un gasto anual de conservación, á lo menos, de 500.000 pesos.

Confesó en enero de este año la Comisión de Obras Públicas que el canal de la Viga, que vá hasta el lago de Texcoco, está tan azolvado, que su fondo está más alto que el de las atargeas que deben desaguar en él, y que en lugar de desazolvarlo procedió á levantar el piso de las calles. ¡Supremo recurso de esta espléndida ciudad que se sumerge día á día en su propia inmundicia!

Está averiguado y declarado fuera de toda duda, que las zanjas de los puentes de Santa Ana y Tezontlale, están en el último grado de azolve y repletas de enormes cantidades de materias orgánicas en putrefacción, siendo el foco de las enfermedades reinantes al Norte de la ciudad. Cegar esas

zanjas para salvar algunos miles de vidas, es una de esas emergencias que no necesitan ni discusión ni admiten demora. El ayuntamiento se ha conformado con declarar desde enero que no hace la obra *por falta de fondos.*

Los canales de desagüe entre Balbuena y puente de Guadalupe, entre Aragón y el lago de Texcoco y entre la Viga y la Magdalena, demandan urgentemente su desazolve, pero el ayuntamiento no ha emprendido esa obra *por falta de fondos.*

La misma comisión de ríos y acequias, presupuestó en Enero en..... 3.500.000 pesos las obras de desazolve de zanjas y canales y nada ha podido hacer en los seis meses transcurridos *por falta de fondos.*

Escasamente bastarán veinticinco millones de pesos para cubrir las necesidades de la ciudad, si ella ha de ser el emporio del adelanto del país, la residencia de los poderes y la primera de las capitales de la América latina.

En la marcha irregular de nuestro pro-

greso, y al efectuarse el movimiento inusitado que han impreso al país la paz y los ferrocarriles, el ayuntamiento de México se ha quedado rezagado entre los expedientes vireynales, á tres siglos de fecha, y con su pequeña bolsa en la mano asoma la cabeza por entre los enmohecidos barandales de su palacio, azorado de ver tanta gente y abrumado con el peso de tantas necesidades que no puede satisfacer.

No basta que los ingresos municipales hayan aumentado por su propia virtud ó debido solo al aumento natural de contribuyentes, porque las necesidades han aumentado cuatro veces más y el millón de pesos de que dispone esta corporación no es ni la cuarta parte de lo que necesita solo para cubrir los gastos ordinarios y de conservación.

Las condiciones en que se va colocando de día en día el Ayuntamiento de México van siendo de tal naturaleza, que el remedio de sus males no puede ya surgir de su propio seno. Es una corporación menor de edad,

impotente por su naturaleza, transitoria por su duración y bajo todos conceptos impotente para remediar el cúmulo de males que acrecen y se agravan con solo el transcurso de los días. Va á llegar á la mitad de su período, para esperar estóicamente su agonía, entregando al de 1884 la ciudad en un estado más precario, por más que presente justificada la cuenta de sus inversiones y de sus ingresos.

Este desprestigio en que ha caído el ayuntamiento, lo pone á merced de otra entidad de nueva creación entre nosotros.

Ya nuestro ayuntamiento hace el papel de pobre y de resignado ante la compañía de ferrocarriles del Distrito y en un informe de la comisión de Obras Públicas se lee lo siguiente:

«Entre las obligaciones de las compañías de ferrocarriles del Distrito y de las tranvías, están la de hacer la limpia de las atargeas de las calles por donde pasan los rieles y de cambiar el nivel de éstos cuando cambie el de la calle, empedrando la parte

comprendida entre los rieles y un metro á uno y otro lado de la vía. La dirección de Obras Públicas y la comisión que suscribe dan siempre á tiempo el aviso para que se ejecute uno ú otro trabajo cuando es necesario, pero las compañías ponen tan poca gente en los trabajos, que muchas veces no alcanza el tiempo para que la limpia de las atargeas se lleve á cabo antes de la estación de lluvias. Esto origina que gran número de calles se inunden por falta de corriente en las aguas, que en todo tiempo se revienten las atargeas y los albañales y que las calles estén muy apestosas por los charcos que se forman en ellas. Como ni la comisión que suscribe ni la dirección de Obras Públicas tienen los medios para hacer cumplir á las empresas, solo se limita á dar cuenta al cabildo.»

Muy moderada anduvo la comisión en su anterior informe respecto á la empresa del ferrocarril. Nosotros como testigos presenciales de la limpia hecha por esa empresa en la segunda calle del Correo Mayor pode-

mos asegurar que dicha limpia fué solo un simulacro para aparentar que cumple con lo que tiene estipulado, porque el resultado inmediato de esa obra fué el azolve completo de la atargea y la inundación perenne de la calle, seca y en corriente antes de recibir los señalados favores de la poderosa empresa contra quien nada puede el pobre ayuntamiento.

Sin necesidad de muchos cálculos ni de muchos datos estadísticos, está á la vista de todo el mundo que las necesidades municipales crecientes de nuestra ciudad demandan un gasto cuatro veces mayor que los actuales fondos de que se dispone; y todo lo que no sea abordar la cuestión de fondos hasta resolverla, es perder el tiempo ó gastarlo en hacer redondillas por este estilo:

La comisión propuso el remate de compostura de calles.
El cabildo se sirvió aprobar (¡qué bondadoso!)
Todo iba hasta aquí á las mil maravillas.
Pero no se pudo hacer nada *por falta de fondos.*

Otra.

El señor gobernador hizo iniciativa res-

pecto á obras públicas de imprescindible necesidad.

La comisión, entusiasmada, pidió al cabildo que esas obras se llevaran á cabo.

El cabildo, con un patriotismo espartano, aprobó por unanimidad.

Todo había salido hasta aquí á pedir de boca.

Pero acto continuo todo eso quedó convertido en música celestial, *por falta de fondos.*

Estribillo.

El señor gobernador, la comisión y el cabildo sabían como nosotros antes de la iniciativa, antes del dictamen y antes de la aprobación *que no había fondos.*

Coro.

Los periódicos ponen el grito en el cielo.

Las comisiones proponen.

El cabildo aprueba, con largueza, con

patriotismo y con la mejor intención del mundo.

Desenlace.

Nada se puede hacer *por falta de fondos.*

La creación de fondo municipal competente y á la altura de las necesidades y peligros de la capital, es la cuestión de más trascendental importancia que puede ofrecerse á la ilustración y al patriotismo de los habitantes todos de esta ciudad encenagada.

Mientras más importancia se conceda á la erección de vías férreas en la República, mayor será la que adquiera la creación de fondos municipales.

Los ciudadanos pueden existir como tribus nómadas y volver al estado primitivo. Los pueblos cortos pueden vivir, como viven á miles, en estado semisalvaje, casi sin agua, sin albañales y sin obras de ornato; pero la capital de la República tiene y debe vivir forzosamente gastando lo que necesite en su dispendiosa subsistencia, so pena de

presentar ante la civilización el mas grotesco é imperdonable contraste.

La cuestión de arbitrios municipales es cuestión de vida, en que se interesa el estímulo de la propia conservación de los trescientos mil habitantes que forman el centro más populoso y más ilustrado de la República, es cuestión de patriotismo y de decoro, y apremiante en los momentos de abrir nuestras puertas á la inmigración europea y de hacer cuantiosos sacrificios para la colonización artificial.

Esta hermosa capital, está en vísperas de una inundación de peor género de cuantas han diezmado otras ciudades, porque habremos de hundirnos en una gran letrina, preparada durante muchos años, y mientras alumbramos nuestras miserias municipales con torrentes de luz eléctrica, mientras arden cien picos de gas todas las noches en el kiosko de la plaza inútilmente, mientras gastamos los escasos fondos del municipio en dar banquetes á quien no los ha menester, y edificamos rotondas de fierro y de

cristal para las indias, y elevamos monumentos detestables á una piedra vieja y de dudosa procedencia; el cieno del canal de la Viga, levantándose lentamente como una serpiente negra y gigantesca, se hincha hora por hora para convertirse en una muralla insuperable que hará de la ciudad la inmensa cloaca de la muerte.

¡Que no haya luz eléctrica, que no haya gas, que no haya kioskos, que no haya banquetes, que no haya fuegos artificiales; que valga doble el pan y tres veces más el aguardiente, que demos cada cual el diez por ciento de nuestro haber de un mes; todo es menos malo, todo es preferible al riesgo que corremos de la inundación, á la peste, á la inmundicia, á las perniciosas, al agotamiento de las familias y de la raza, á la destrucción y á la muerte.

¡Fuera la apatía! ¡fuera el *statu quo*! ¡fuera las contemporizaciones y las pequeñeces! ¡Las dragas! ¡las bombas! ¡el vapor! y tres mil hombres! ¡Paso á la inmundicia! ¡paso al negro cieno en que vivimos! ¡Aseo

á nombre de los derechos de la civilización! ¡Salubridad á nombre de nuestros derechos de vida! ¡Higiene á nombre de cien mil deudos que después de dejar á sus muertos en las lomas regresan á la cloaca donde les espera la muerte!....

Ya ve usted todo eso, lector? ¿ya se penetró usted de nuestra desgraciada situación? ya le pasó á usted por las mientes la negra idea de que su hijo de usted ó su esposa pueden caer mañana envenenados por la perniciosa ó por el tifo? ¿ya se formó usted una idea del albañal en que vivimos y del peligro inminente de una inundación y de la urgente necesidad de sanear la ciudad? ya se hizo usted el ánimo de dar lo que le pidan, de hacer un sacrificio para cooperar al saneamiento? Pues ayúdeme usted á sentir, por que predicamos en desierto. Este artículo pasará completamente desapercibido y los personajes que pudieran ponerse al frente de esta situación para conjurarla, esclamarán, tal vez con el tifo en las narices: cosas de FACUNDO.

EL TRABAJO Y LA PEREZA

EL TRABAJO Y LA PEREZA

EL trabajo es la bendición de los hombres, por más que haya quien lo tome en el sentido diametralmente opuesto. Todo trabaja sobre la tierra, en los senos del mar y en los espacios infinitos; y sin embargo, hay sobre la superficie de nuestro planeta, y entre nosotros precisamente, dos grupos que se empeñan en contrariar esta ley universal. Estos dos grupos son el de los muy ricos y el de los

muy pobres. Los primeros, repitiendo aquello de *hago bien, tengo dinero,* trabajan en gastarlo y en gastarse á sí mismos; y los segundos emprendiendo el trabajo de gastar la vergüenza, trabajan en gastar el dinero de los otros.

Hé aquí cogidos á los flojos por la ley del trabajo, por más que hagan alarde de que viven sin trabajar. Conozco un mocho muy encopetado, cuya vanidad consiste en que nunca ha trabajado para vivir, porque, según él dice, sus padres le dejaron muchos pesos, y es cierto; y una buena educación, y también es cierto. Esta buena educación consiste en muchas cosas; pero en las que se hace prominente, es en que no lo deja á usted pararse, ni moverse, ni respirar; lo coge á usted entre las páginas de su cartilla de urbanidad y lo tiraniza con sus cumplimientos. Le saluda á usted, le tiende la mano, se la aprieta, le coge á usted el sombrero y el bastón, y le obliga á usted á sentarse. Toma él la palabra, le pregunta á usted muchas cosas, exije que le dé usted

cuenta de su mujer, de cada uno de los niños y de cada una de las enfermedades que les aquejan; le dá á usted cigarro y después la lumbre, y no permite que usted reciba el cerillo, ni encienda primero, ni en compañía de usted, sino después, y le da las gracias á mayor abundamiento.

Si usted se para por cambiar de postura, ó porque le da la gana, ese señor le suplica á usted que se siente.

—Estoy bien, muchas gracias.

—Pero siéntese usted, repite.

—Lo hago por cambiar de postura.

—No se moleste usted; sentado, mi señor, sentado.

Y tiene usted que obedecerle y sentarse para librarse de sus cortesías.

Este señor, como no tiene qué hacer, oye su misa todos los días en el Señor de Santa Teresa. Visita á Nuestro Amo, va al paseo en coche, y se recoje temprano; no se ha casado, y es todavía lo que se llamaba en tiempo de la güera Rodríguez *un cotorrón.*

Este cotorrón es de los que creen que no les ha alcanzado *la maldición del trabajo*, y está listo para morirse á cualquiera hora que se ofrezca.

Entre los del otro grupo, los mendigos son los que figuran en primera linea.

Mío es el mundo, como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo,
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

Estos prójimos resolvieron una vez por todas la difícil cuestión de vivir; y viven con el menor trabajo posible y suele sobrarles; en contraposición de los muchos que trabajan y siempre les falta. Mientras el trabajo incesante del género humano aumenta la riqueza, el bienestar y las comodidades, los ricos y los mendigos perezosos permanecen estacionarios. Pero aún entre los que trabajan pueden establecerse diferentes grados de actividad. Nosotros

hemos podido observar al obrero americano del Norte en las grandes fundiciones de fierro de Pittsburg, St. Louis Missourí y Kentuky representando sin duda la mayor suma de trabajo rudo y de fuerza física que puede soportar el hombre durante el mayor tiempo posible; y el desarrollo de la fuerza muscular en tan rudas é incesantes faenas hace de aquellos hombres, especialmente en Kentuky, verdaderos atletas. Estos son los reyes del trabajo, y de cuyas manos sale, como la seda de la boca del gusano, la maravillosa red de hierro que ha engrandecido á la Unión americana.

El espectáculo que presentan aquellas fundiciones nos transporta á las fabulosas fraguas de Vulcano. En aquellas inmensas galeras, cruzadas en todas direcciones por las poleas y las agujas colosales, por las ruedas dentadas y los ciclópeos martillos de vapor, reinan, como las tres divinidades de aquel olimpo negro, el hierro, el fuego y el hombre.

Ninguna de las fases del trabajo humano

es más grandiosa, en ninguna parte aparece el hombre más grande por su facultad creadora y por su fuerza física que ante aquellas hornallas en que hierven toneladas de fierro, como en el centro del planeta; en que chisporrotea el metal, con chispas mortales, en cien cráteres artificiales, de donde aquellos gigantes del trabajo lo toman en trozos de cuatro toneladas al rojo blanco, para entregárselo, como un bocado, á una mandíbula circular, que lo masca como masca el chicle un muchacho. Aquel bocado incandescente, se encuentra cogido por dientes romos contrapuestos que pasan unos delante de otros en movimiento concéntrico, con una fuerza irresistible; la bola de fuego se achata, se comprime, se estira, y se retuerce en sí misma, amasada por aquellas encías y aquellos dientes gigantescos. Hay no sé qué placer, que participa de lo salvaje y de lo sublime, en contemplar aquella máquina que es la boca de un monstruo de inconcebible fuerza, mascando un bólido incandescente de cuatro tonela-

das de peso, hasta devolverlo maleable y dócil para la segunda operación.

El monstruo deja de mascar casi á una señal del hombre. Se vé entonces como con lástima al tejo enorme, cuyo rojo ha perdido el blanco resplandeciente, y es condenado al fuego nuevamente: una tenaza suspendida lo recibe, y una cabria automática lo coloca sobre los rieles á tres metros del suelo; entonces un muchacho tirando de una cadena lo conduce á otro horno, á recobrar el rojo blanco. Apenas ha tomado esta satánica palidez, es sacado del horno y entregado á un nuevo tormento: á una máquina que ejecuta los movimientos del pulgar y el indice de la mano de un hombre para amasar una bolita de miga de pan. El invisible vapor le está dando á aquellos dedos el poder de hacer cilíndrico el *bólido*, que parece llorar lágrimas de fuego, y cuando está achatado y angosto entra en la gran máquina que lo estira con un poder admirable, haciéndolo pasar por un ojo en forma de *T*, hasta soltarlo hecho un riel que cae

á tierra y descansa, como debe haber descansado el granito hirviente un día del génesis, después de haber poblado los espacios con sus gemidos espantosos y sus infernales chisporroteos.

Estas transformaciones del hierro llevadas á cabo en proporciones colosales por la mano del hombre, presentan uno de los cuadros más interesantes y dignos de contemplarse. Yo veía con amor á aquellos cíclopes, me inspiraban no sé qué clase de veneración, como si fueran los sacerdotes de un templo, que tenía por culto el porvenir de la humanidad. Ejercían cierto poder misterioso sobre la materia bruta, se hacía abstracción de la fuerza del vapor, tanto más cuanto que esa fuerza era invisible, y solo se veía el hombre delante del fuego y del fierro. Se miraban por todas partes hacinamientos de lingotes fríos y las bocas de fuego que iban á devorarlos, haciéndoles retroceder á cien mil años cuando hervían confundidos en las entrañas de la tierra, para pasar por una serie de tormentos, que

representan en el conjunto de aquella maquinaria gigantesca, todas las conquistas de la ciencia sobre la materia inerte.

Cada máquina de aquéllas era un portento mecánico; pero sobre lo que me llamaron especialmente la atención aquellos cíclopes fué sobre el majador mecánico, esa máquina que hacía las veces de las quijadas de un gigante, mascando un trozo de hierro de cuatro toneladas. Se trataba de majar un trozo tal, que los martillos de vapor eran apenas suficientes, cuando surgió el majador circular, compuesto de las piezas de acero más pesadas que se hayan fundido, y empleando la mayor cantidad de fuerza que haya podido concentrarse en tan limitado espacio y en movimiento tan sencillo. Esta máquina era la admiración de los trabajadores, y la había inventado una mujer. Se presentaba á la imaginación no sé qué dantesco antítesis en la debilidad del bello sexo y la espantosa fuerza de aquella dentadura de acero.

*
* *

Quien había de creer que los anteriores recuerdos se despertaron en mi memoria al fijar la atención en una cuadrilla de operarios pagada por el ayuntamiento, y que trabajaba en empedrar la segunda calle del Correo Mayor!

Estos son otra clase de obreros, que, como descendientes de los que edificaron las pirámides de Teotituacán, conservan en los glóbulos rojos de su sangre una muda protesta contra la civilización europea.

Parece que en la necesidad de buscar pan se resignan al trabajo, pero obedeciendo á la consigna de hacer lo menos posible en el mayor tiempo posible. Son quince hombres, tres de ellos de más de cincuenta años y cuatro muchachos de diez y ocho á veinte y uno. Han permanecido tres días frente á mis balcones, y han hecho de cuatro á cinco varas cuadradas de empedrado. Suponiendo que hayan ganado tres reales diarios, han costado al fondo municipal esas cinco varas de pavimento $16,86 ó sean á $3,36

cs. vara cuadrada, con cuyo costo había para alfombrar la calle.

El procedimiento empleado por la cuadrilla ha sido el siguiente: cuatro hombres estaban provistos de martillos con picas, apropósito para colocar la piedra, cuatro tenían pisones y cuatro tenían palas, los tres restantes tenían costales y manejaban una carreta.

Esta cuadrilla estaba vigilada por dos gendarmes, que me parecen tan instruídos en empedrados como en logaritmos.

Mientras no aparecía la carreta con tierra seca ó con cascajo, los doce hombres holgaban, y quedaban los viejos en cuclillas rascando la tierra, como ratones, con más ganas de dormir que de rascar.

Cuando llegaba el cascajo, que era la cuarta parte de lo que podía contener la carreta, se ocupaban dos hombres en llenar los costales y dos en vaciarlos. Entonces los cuatro empedradores empedraban haciendo oír el ruído del martillo sobre la piedra á intérvalos irregulares de 5 á 20 segundos. Los de

las palas volvían á descansar, y los de los pisones seguían esperando, al grado de que dos de ellos llegaron á dormirse, hasta que empezó á llover. A las primeras gotas la cuadrilla íntegra con todo y gendarmes buscó refugio en un zaguán, y se echó á descansar, los gendarmes hicieron con los pisones y sus capotes dos poltronas mecedoras para bendecir cómodamente á Neptuno. En las veces que pude observar á la soñolienta cuadrilla, durante los tres días que han empleado, en llenar cinco hoyancos, he contado lapsos de inercia general en toda la cuadrilla hasta de tres cuartos de hora. Este era el tiempo que mediaba regularmente entre el último martillazo, y la llegada de la carreta. La cuadrilla ha permanecido cerca de tres semanas en solo la calle mencionada, que ha quedado á medio componer siendo así que ha habido tiempo y brazos para empedrarla toda.

Esta manera de ganar un jornal, se hace más notable, para quien haya podido estudiar la distribución y subdivisión del traba-

jo, de tal manera que se evite todo lapso de inercia entre los operarios. Probablemente como ésta deberán estar distribuídas en la ciudad muchas cuadrillas, consumiendo un caudal diez veces superior al trabajo que emplean, pues esas cuadrillas obrando por su propia inspiración, ó desobedeciendo una consigna, ó modificando las instrucciones que reciben, sin sobrestante entendido y práctico que las dirija, no pueden dar el resultado que se propone el ayuntamiento, cuyos loables esfuerzos por resolver el insoluble problema de las necesidades de la ciudad lucha todavía con esa tendencia proverbial de nuestros perezosos albañiles *á matar el sapo.*

UN CONFLICTO

UN CONFLICTO.

No le faltaba á nuestra inmunda capital más que el melindre para acabar de parecerse á ciertas mujeres que se preocupan exclusivamente de su tocado sin cuidarse para nada de todo lo demás. Dice el *Correo de las Doce* que el ayuntamiento se encuentra en un *verdadero conflicto*. Pero esto no es nuevo; porque así está desde que nació y así estará mientras no cambie la organización municipal. El

conflicto es el estado normal de un ayuntamiento que lucha con obstáculos insuperables para cumplir con su cometido. Pero lo que nos ha hecho comprender que el conflicto nuevo debe ser el colmo de los conflictos es que los señores regidores desean oir la opinión de la prensa para ilustrarse.

Gordo debe ser el conflicto de los ediles; probablemente se trata de que la epidemia que nos ha estado amenazando se ha declarado hacia el oriente de la ciudad; ó de que el azolve del canal de desagüe ha llegado á su colmo; ó de que no tiene donde alojar á los infelices que duermen en el portal de la Diputación.

Pues no es nada de eso. No es ni la epidemia, ni las atargeas, ni las canales, ni siquiera el cólera. El gran conflicto consiste, no lo van ustedes á creer, consiste en que le parecen muy feos los postes del teléfono.

Efectivamente no son bonitos. Pero al ayuntamiento le ha entrado una aflicción grande como la que les entra á las pollas

cuando se les descompone *el fleco*. Al ayuntamiento le ha entrado la presunción, y está apurado, muy apurado; al grado de llamar al médico, quiere decir, al grado de querer oir la opinión de la prensa.

Dice el mismo *Correo de las Doce* que algunos señores regidores han pensado muy sériamente en esta cuestión. Esto hace mucho honor á los señores regidores, como á todo el que, tratándose de un conflicto, se pone á pensar sériamente.

Figúrense ustedes que los señores regidores tienen un deseo; un deseo bueno, un deseo casi paternal respecto á la hermosa ciudad de los palacios: el deseo de quitar esos postes tan grandes y tan coloradotes, con tantos travesaños y tantos alambres que casi forman un enredijo por los aires donde se atoran los *papelotes*. Es cierto que esos adefesios son los adefesios de la civilización, los adefesios de Nueva York, de París, de Viena y de Londres, en donde, como es de suponer, existen centuplicados al compararlos con los nuestros; pero allá

se las avengan los extranjeros con sus rarezas y sus gustos; y cada cual hará de su capa un sayo, y si los tienen y los consienten es porque les gusta; y vaya usted á impedir que un americano ó un inglés tenga hasta vanidad en ostentar en todas las calles esos árboles que trasmiten de un extremo á otro, no sólo el pensamiento, sinó la palabra, no sólo la palabra, sinó la voz humana y hasta la música. Vaya usted á impedir que el extranjero, acostumbrado á ver esas series de arboladuras que forman el camino triunfal de dos de las más grandes conquistas del siglo, se sorprenda agradablemente al contemplarlos en México, y no se reconcilie con nuestra cultura, y abjure de las consejas que le imbuyeron en su tierra respecto á nuestro atraso, y no se fije en las atargeas por contemplar los postes. Vaya usted á impedir todo eso; imposible. Pero, le repetimos, esas son cosas de los extranjeros, que están acostumbrados á ese espectáculo, que existe aún antes del teléfono, por que los mismos postes exac-

tamente, y con doble número de alambres han existido y existen hace algunos años en las grandes capitales para el servicio telegráfico.

El ayuntamiento de Nueva York que gasta al año lo que gasta la nación mexicana, y que es un ayuntamiento lujoso, que mantiene muchos leones y muchas focas y muchos pájaros y animales de toda especie para entretenimiento y solaz del público, se sintió (¡miren ustedes qué coincidencia!) se sintió acometido exactamente de la misma presunción que está aflijiendo á nuestros regidores en estos momentos, y se propuso quitar los postes del telégrafo sustituyéndolos con caños de fierro subterráneos que contuvieron un haz de alambres conductores, aislados entre sí; y después de largos estudios científicos, de un gasto enorme y de contar con un terreno enteramente seco aún á siete metros de profundidad, no ha podidò llevar á cabo esa obra.

Ya ven ustedes si le sobra razón á nuestro ayuntamiento para estar apurado, ahora

que se le ha metido entre ceja y ceja resolver precisamente el mismo problema que el riquísimo ayuntamiento de Nueva York no ha podido resolver, por considerar ésa una cuestión de *supremo lujo.*

Pues precisamente por ser de supremo lujo, y por no haberla podido resolver aquel opulento municipio yankee, es por lo que nuestro ayuntamiento se empeña en resolverla, ya que á veces no le alcanzan los fondos ni para tapar un caño. El caso es ponerse á la altura de las primeras naciones del mundo, y discutir sus cuestiones, aunque nos falten doscientos años de mejoras para igualarlas.

Los postes del teléfono y el telégrafo son los mástiles de la civilización; el número de alambres que esos mástiles sostienen dá una buena idea del movimiento comercial de la población, y del número de personas civilizadas que conocen, utilizan y se aprovechan de ese admirable descubrimiento de la ciencia. Y no hay que objetar que los palos son feos, porque también son feos los

rieles y los durmientes, y son feas las chimeneas de las fábricas, y el humo y el ruído de las locomotivas, y los mástiles de los buques y otras muchas cosas puestas en uso por el adelanto y la mejora de los pueblos.

Por otra parte no tenemos derecho para hacer esos ascos á los palos del teléfono, porque más feo que ellos es el portal de la Diputación de noche, convertido en dormitorio al aire libre de una tribu semibárbara compuesta de hombres, mujeres, niños y perros. Más feos son los puestos de chía y los jacalones de la plaza, más feo es nuestro inmundo mercado, las fachadas de muchas casas, nuestros empedrados y nuestras atargeas, y más feo es todavía ese populacho harapiento y asqueroso que duerme siesta en la banqueta del lado Sur de Palacio, y más feo es también que se consientan mingitorios inmundos y pestilentes en la vía pública más frecuentada. Mucho más feo es todo ese conjunto de faltas de policía y de decoro público que los postes

consabidos, ornato, ó adefesio de todas las ciudades cultas del mundo.

Pero el conflicto del ayuntamiento es grave, según *El Correo de las Doce*, y de la *República*, que reproduce sus párrafos. Hé aquí el conflicto del ayuntamiento bajo su verdadero aspecto. Dice que por una parte desea quitar los postes, porque estorban y son tan de fea vista, obsequiando de esa manera la excitativa del señor gobernador y por otra no quiere perjudicar al comercio, quitándole esa mejora que le es tan útil. En esto tiene muchísima razón el ayuntamiento. Sería un crimen de lesa civilización destruír el teléfono por feo.

En esa disyuntiva que constituye el verdadero conflicto del ayuntamiento no cabe más que una resolución clara, fácil, precisa y perentoria. Dejar los postes.

Dice el periódico citado que varios señores regidores han pensado sériamente en esa cuestión, y no encuentran la manera de resolverla. Y con razón: yo creo que tampoco la encontrarán los otros señores regi-

dores que no han pensado sériamente en ello como sus colegas. Yo si la he encontrado y pronto. Dejar los postes.

Como el conflicto, para serlo, tiene que ser largo, siguen discurriendo los señores regidores que han pensado sériamente, que los alambres no se pueden colocar subterráneos. Ya se ve que no se puede, sobre todo cuando nuestros pavimentos requieren no que se les metan alambres, sinó que se les saque lodo. Luego si los alambres no se pueden poner subterráneos que no se pongan. Quiero decir que se dejen los postes.

Tampoco se pueden poner piés de gallo en las casas por no atacar la propiedad. Pues que no se pongan piés de gallo; ó lo que es lo mismo que se queden los postes. Ni se pueden poner en las azoteas por la misma razón. Pues que no se pongan en las azoteas, lo cual equivale á que se queden los postes.

Pero como ninguna de las anteriores premisas trajo la consecuencia de que no pueden suprimirse los postes, se llegó á pensar

en obligar á la empresa á sustituír los postes de madera con postes de fierro ¡pobre empresa! ¿Y por qué piensan ustedes que no se aceptó esa idea? *Porque tendrían que ser muy delgados y harían por consiguiente el efecto de pararrayos.* (!!!)

Bien se conoce que ya la materia estaba agotada cuando se llegó á la idea del fierro, porque si los señores regidores que piensan sériamente, hubieran seguido discurriendo, quién sabe donde vamos á parar.

Pero tanto el *Correo de las Doce* como la *República* ofrecen ocuparse del asunto. Suponemos que será con objeto de seguir proponiendo sustituciones.

El ayuntamiento podía haberse evitado los malos ratos que le está ocasionando el *verdadero conflicto* en que se encuentra, si se le hubiera ocurrido que no es México la primera ciudad en el mundo donde se ha establecido el teléfono, y en tal caso se hubiera reducido á preguntar á cualquiera persona de las muchas que han viajado por Europa y los Estados Unidos, cómo está

establecido el teléfono y el telégrafo en las primeras ciudades del mundo, y esa persona interpelada hubiera contestado en el acto:

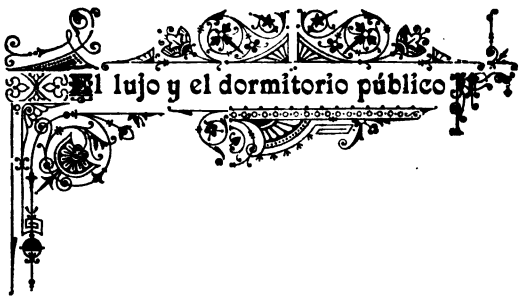
—Exactamente lo mismo que en México.

—¿No hay otro sistema?

—No.

—Entonces, qué haremos?

—No perder el tiempo en cuestiones inútiles. Pensar en cosas de más provecho y dejar los postes.


El lujo y el dormitorio público

El lujo y el dormitorio público

Lector: no se fíe usted de las apariencias, porque no todo lo que relumbra es oro. ¿Ve usted á aquel señor vestido de negro, de aire distinguido y maneras corteses? Su vestido es irreprochable, el paño es fino, el corte es elegante. Está bien calzado, lleva sombrero alto de seda y á la última moda y lleva camisa limpia, muy limpia. Será un banquero, un personaje de la política, un rico propieta-

rio? No se sabe. Déjelo usted pasar y no averigüe donde vive, porque verá usted que este señor tan limpio y tan reluciente entra de noche en una casa de vecindad de las del rumbo Oriente de la ciudad, de paredes ensalitradas y ruinosas, medio alumbradas por una lámpara que despide un hilo de humo negro y una llama rojiza que abate por intervalos una ráfaga de viento para arrojar ondonadas de sombra á un patio empedrado y lleno de charcos inmundos. Sube el señor, con la seguridad adquirida por la costumbre, una escalera carcomida, de escalones desiguales y rotos; ladran tres perros, y una criada andrajosa le abre un portón apolillado que se arrastra penosamente sobre los ladrillos, medio sostenido por sus goznes mohosos. Entra el señor á un cuarto blanqueado con cal, en donde hay una percha, un catre y una mesa con libros y papeles. El señor se despoja de su levita negra, cepilla su sombrero y cuelga ambas prendas con un esmero casi cariñoso; toma una cena exígua, servida en cazueli-

tas de barro,toma un vaso de pulque, fuma un cigarro del *Borrego* y se acuesta. Al día siguiente sale con su levita negra á hacerle creer al mundo, aunque sin pretenderlo, que en México hay mucha gente acomodada y mucho bienestar social.

Pues y esa señorita que lleva un vestido de dos azules lleno de pliegues y de complicaciones, ceñido á la cintura y ceñido á la cadera, desde donde empieza á encrespárse el género como en el mar las ondas, que se vuelve á estrechar á media vara del suelo para que los pasos de la propietaria dén á todas aquellas ondas azules un moviento de danza habanera, en el que á cada dos compases se asomen entre las ondas azules de ese mar de raso y otra cosa las blancas suelas de un par de botitas abronzadas *á la parisien*, capaces de resucitar á un pollo frito. Lleva un sombrero á la Ninón de Lenclos ó á la mosquetero con sendas plumas y una sombrilla á la cocota de chillantes colores. Déjela usted pasar, lector, y no sepa que vive en la misma casa

de vecindad del señor reluciente y que tiene cinco chiquitos devorados por la clorosis y un marido devorado por los agiotistas. No averigüe usted más, porque sabrá que esta princesa rusa cena chile con queso, porque no hay para más, ni vaya usted á cometer la indiscreción de abrir su ropero, ni de revisar sus medias y su ropa blanca, ni estudie usted el menaje, compuesto de sillas pintadas y palos viejos, ni vea usted el servicio de mesa, donde no alcanzan los cubiertos para todos y que los manteles se cambian cada mes. No estudie usted nada de eso ni vea lo que come ni donde duerme. Déjela usted pasar, y no analice, porque es una de las figurantas de la opulencia á quien solo se puede ver á telón corrido, con exclusión de toda intimidad y de todo análisis.

Y no me tache usted de cruel, querido lector, ni crea que me ensaño, ni aún siquiera critico á tales gentes; pero me duele contemplar el doloroso y trascendental tributo que nuestra clase media paga al deseo de bien parecer, á costa, acaso, de la nutri-

ción y la felicidad de la prole y duéleme la suerte de la futura generación que deja los elementos de su fuerza muscular y de la salud de sus cuerpos entre las puntadas de los vestidos de raso con que las mamás se disfrazan de ricas para obedecer á una de las exigencias más trascendentalmente ruinosas de las preocupaciones sociales.

El lujo hace su invasión como una fiebre esporádica de las grandes ciudades, y tiene dos maneras de obrar, porque ataca dos clases de grupos sociales. Ataca de preferencia, y como criado para él, al grupo opulento: allí está en su elemento y realiza la evolución del dinero por medio del comercio de ultramar, y realiza la prosperidad de la industria por medio del consumo de mercados distantes, y realiza el cambio de productos por medio de nuestras exportaciones de plata, y realiza la homogeneidad de las clases cultas del mundo por medio del figurín y del patrón, y si realiza la ruína de una ó más familias, cabe esa ruina en el cuadro sintomatológico

del lujo, y nada se pierde porque el lugar de las familias de los condes, lo ocupen las familias de los fabricantes de telas y las de los importadores.

Pero ataca en seguida, con movimiento reflejo, al segundo grupo, al de la clase media, y allí es donde el cuadro sintomatológico de la enfermedad presenta complicaciones que alteran y descomponen el organismo por medio de accidentes terciarios y absorciones purulentas hasta la ruína del paciente.

La clase media no acepta jamás su posición, porque le falta filosofía y le sobra vanidad, y emprende una lucha imposible, en la que lleva todas las probabilidades de ser vencida, y en vez de concretar su temor á no descender á la clase ínfima y mantenerse en equilibrio prudente, aspira á nivelarse con la clase opulenta. Cada cual se cree en el deber de parecer rico, y casi no importa tanto serlo como aparecerlo. No importa ser más virtuoso que la opulenta cortesana, lo que importa es alternar con ella y com-

petir con ella, vestirse como ella é ir donde ella vá. De aquí resulta el desnivel constante de los gastos que cubren el renglón del lujo, de preferencia á los de la nutrición, la salud y las comodidades domésticas, y de este desnivel la necesidad de recurrir al funesto arbitrio de la usura, y de este funesto arbitrio la ruína y la destrucción de las familias.

Y es tanto más trascendental esta infección del lujo cuanto que esta manera de ser de las personas marca el caracter de nuestras corporaciones, y qué mucho que así sea cuando el criterio personal es ineludible en la computación de votos.

De manera, lector, que si es usted gacetillero, ó tiene amigos en ultramar; escriba usted que es esta la ciudad de los palacios alumbrada con luz eléctrica; que nuestro fastuoso ayuntamiento nos ha proporcionado entre otros primores, un jardín en la plaza principal con fuentes, estátuas y música; que recibe á las indias vendedoras de flores en un kiosko de fierro y cristales

traído de París y que no contento con hacer gasto tan enorme; lo anda poniendo y quitando en la referida plaza de aquí para allá y haciéndolo unas veces cuadrado y otras redondo.

Pero no refiera usted á su corresponsal lo que vea de las nueve de la noche en adelante en el más céntrico de esos palacios de que se compone México, en el palacio municipal, porque eso es solo para contarlo entre usted y yo.

Se acuerda usted del ruído que hizo el filantrópico proyecto de un dormitorio público? ¿recuerda usted que hasta había quien lo costeara? ¿recuerda usted que nombraron una comisión como de ciento cincuenta personas y que para arbitrar recursos para esa obra colosal pusieron á prueba la filantropía de los cirqueros Orrín y otras notabilidades de cuerda y de viento? ¿y sabe usted en qué quedó todo eso? Pues quedó en que á eso de las nueve de la noche van llegando, no sé de donde, una porción de desheredados de la suerte, quienes con

todo el *sans façon* con que usted se acuesta en su colchón se apoderan del pavimento del susodicho portal y se echan á dormir como unos bienaventurados; unos provistos de frazadas, y otros en paños menores, resuelven los problemas de la alcoba y de la seguridad individual acostándose sobre su sombrero para que no se lo roben; otros, menos desgraciados, vienen provistos no solo de frazadas sinó de mujer para instalar entre filas y con contacto de codos de los adláteres el lecho conyugal.

A eso de las once aquella costra humana está compacta, no sólo al pié del muro, sinó al pié de los pilares, ostentando una fila de piés y piernas al aire libre, mientras todas las cabezas se arrebujan y se ocultan, como las de toda manada que duerme; allí duermen las esposas, y probablemente las que no lo son, á merced del calor animal que le prestan por la proximidad sus vecinos desconocidos.

En esta promiscuidad que no se les permite ni aún al ganado, duermen esos des-

dichados á la faz de todo el mundo y en su miserable condición, son todavía objeto de la sorpresa y curiosidad de las familias que se retiran de los teatros y de las visitas, de los extranjeros que vienen á dar fé de nuestra cultura para escribir libros sobre México, lo cual está de moda.

Hé aquí la ciudad de los palacios que, á semejanza de la conocida esa nuestra del vestido de dos azules y del señor elegante que hemos descrito, inoculada por la fiebre del lujo, que ostenta jardines, banquetas de mármol y luz eléctrica, para ostentar por otra parte sus miserias, que, sobre ser indecorosas y ajenas del centro elegante de la población son también contrarias al pudor y á la moralidad.

Todos sabemos que la ciudad no tiene más que un miserable millón de pesos; pero con el valor del gas que se quema inútilmente en la plaza, hay lo suficiente para pagar el arrendamiento de una galera con dos lámparas de petróleo y un gendarme, y he aquí instituído el dormitorio público,

sin la intervención generosa de los cirqueros, sin jamaicas ni zarzuelas improductivas, sinó pura y simplemente como un gasto de policía que demandan urgentemente la moral, la filantropía y el decoro público.

Menos malo sería que esas gentes se guarecieran de noche bajo el toldo circular del dispendioso mercado de flores, que por su forma se presta á ser vijilado por un solo velador, colocado en el centro; así al menos se evitaría poner á esos desgraciados á la vergüenza y se quitaría del tránsito público ese espectáculo indigno de la ciudad de los palacios.

LA NOMENCLATURA DE LAS CALLES

LA NOMENCLATURA DE LAS CALLES.

VARIAS veces se ha tocado la cuestión de desaparecer los inconvenientes que presenta la nomenclatura de las calles de la capital. Se ha discutido este proyecto en cabildo, y se ha retrocedido siempre ante dificultades que se han creído insuperables.

Ultimamente el *Cronista de México* y en corroboración la *Patria,* opinaron que hay reformas que no es posible verificar. Veamos las razones en que se funda el *Cronista.* Dice que *el ciudadano que se habituó*

á llamar á cierta vía pública callejón del Perro jamás dirá calle 273, sino callejón del Perro. Esa aseveración podrá ser exacta según del ciudadano de que se trate. Efectivamente podrá haber algun ciudadano á quien no le entre nunca lo del 273 en sustitución de lo del Perro. Pero ese escollo se salva de una manera muy sencilla, y es la de hacer la innovación que sea necesaria en la nomenclatura, no precisamente para darle gusto al ciudadano del callejón del Perro que se toma por tipo, y que habrá de morirse precisamente dentro de pocos años, sinó para los tiempos del porvenir, que es á donde se dirigen todas las innovaciones del progreso que tienen por objeto sustituír una rutina ó un mal estado de cosas, con otro más en armonía con las necesidades y con la civilización. No nos preocupemos con lo que hará ó dejará de hacer el ciudadano ese del callejón del Perro, y recordemos que cuando el espíritu patriótico se ha empeñado en perpetuar la memoria de alguno de nuestros héroes, sin tener en cuen-

ta la obstinación del ciudadano ó ciudadanos del callejón del Perro, ha bautizado una calle, ha fijado una lápida, á pesar de la cual todos los viejos, quiere decir, todos los del callejón del Perro, han seguido llamando á la calle bautizada con su nombre antiguo; pero cuando han dado la última boqueada todos esos recalcitrantes es porque han dejado tras de sí una turba de muchachos, una nueva generación que, sin esfuerzo, designa la calle en cuestión con su nuevo nombre. á despecho de las ranciedades de la abuelita que la designa toda su vida con el nombre viejo.

Tal vez no hay en toda la extensión de la República, de veinte años á esta parte, un pueblo por pequeño que sea, en donde el espíritu patriótico de su autoridad local, no haya hecho una fiestecita de familia para tener el gusto de bautizar la vieja plaza, con el nombre de «5 de Mayo» ó para dar el nombre de *Juarez* ó de *Zaragoza*, á una calle nueva, á una calle sin nombre, ó á la que llevaba el de algún santo. Cuando

tal hicieron esas autoridades locales, había á su alrededor muchos ciudadanos de los del callejón del Perro, entre ellos los mochos; pero como el tiempo destruye á los hombres antes que á las piedras, los nuevos nombres son hoy perfectamente familiares á la nueva generación, y lo seguirán siendo para las venideras.

Y aún así y todo, queda todavía un recurso expedito para disipar la ignorancia de los recalcitrantes; porque suponiendo que resucitara hoy alguna vieja, compañera de las del callejón del Perro, preguntando:

—¿Cuál es la calle del 5 de Mayo?

Le contestarían en el acto.

—La Alcaicería, señora.

Y cuando hasta el nombre de *Alcaicería* se haya perdido entre los supervivientes, será esa una señal evidente de que ya no se le necesita.

Otra de las razones que tiene el *Cronista* para aconsejar al ayuntamiento que no cambie los nombres de las calles, es, *que*

nuestro pueblo está en materia de ilustración muy poco adelantado.

La razón de no emprender las mejoras que demanda el progreso, porque el pueblo está poco adelantado, tiene la misma fuerza que la del callejón del Perro; y se parece por lo estupenda, á una de las que se han versado en el seno de la corporación municipal, en la discusión de este asunto. Hubo regidor que objetó que el cambio de nombres de las calles traería graves y trascendentales complicaciones en los títulos de la propiedad urbana!..... que habría necesidad de obligar á todos los propietarios á anotar ó reformar sus escrituras!!..... Ante tan formidable objeción, la honorable asamblea se dió por vencida, y se convenció de que no es posible cambiar la nomenclatura de las calles.

Y tengo para mí, que en todas estas vacilaciones y temores para plantear una mejora que aconseja el buen sentido práctico, la única y verdadera rémora poderosa es..... el espíritu del ciudadano del callejón del Perro.

Pero si tomamos la cosa por lo serio, y dejamos á un lado los argumentos del callejón del Perro, encontraremos que el cambio de nomenclatura de las calles de la capital es una exijencia de su adelanto progresivo, y un deber de su corporación municipal, que por su ilustración está encargada del ornato, del aseo, del orden y del progreso de esa hermosa ciudad.

La nomenclatura actual tuvo su razón de ser hace trescientos años, porque cuando se edificaba una iglesia en un solar, y por consecuencia casas á su alrededor, formando cuatro calles, estas calles se bautizaban solas; como por ejemplo: calle de la Cerca de Santo Domingo, la que formaba el muro del convento; calle de la Puerta Falsa, la de la espalda del Convento. Rejas de San Jerónimo, el lado del convento donde estaban los locutorios de las monjas, y así de todas las demás. ¿Qué mucho que en esta nomenclatura figuren en considerable mayoría los santos, cuando ellos daban entonces su nombre á los baños, á las salas de

hospitales, á las garitas, á las casas de comercio, á las casas de vecindad y á todo bicho viviente?

Creo sin temor de equivocarme, que los tiempos han cambiado un poco, y que ya no somos tan afectos á los santos como lo fuímos en el siglo XVIII.

Se concibe que recibiera un nombre cualquiera cada calle nueva, sin obedecer á ningún plan preconcebido; pero cuando, por una previsión de nuestros antepasados, muy digna de todo elogio, lograron llevar á cabo durante tres siglos, la larga y laboriosa tarea, transmitida de una á otra autoridad, de conservar en lo posible el alineamiento de las nuevas construcciones, hasta lograr una ciudad más regular y más perfecta que todas sus contemporáneas del continente, nos toca á nosotros hacernos dignos de esa previsión sensata y meritoria, y al encontrarnos calles que atraviesan la ciudad en linea recta en toda su extensión, sin más defecto que cambiar de nombre á cada cien pasos, nos toca, repito, bautizar esa vía con una

sola letra, con un número, ó con un sólo nombre, siguiendo en esto el espíritu práctico de las ciudades modernas, obedeciendo al orden topográfico, y simplificando el conocimiento práctico de las calles, supuesto que cada porción de veinte ó treinta nombres, de otras tantas calles colocadas en línea recta, la reducimos á uno solo.

Allá en los tiempos en que bastaban dos diligencias semanarias al interior y otras dos á Veracruz, y dos ó tres hoteles para el servicio de la población flotante de la capital vivíamos en familia, nos sabíamos de memoria la nomenclatura de calles, y no había necesidad de pensar en cambios; pero hoy, que se multiplican los hoteles y las casas de huéspedes, y no dan abasto á la población flotante, que acude en número considerable, no sólo del extranjero sinó de todos los puntos que las vías ferreas van uniendo á la capital, es necesario proporcionar á esa población flotante, que ha de ir en aumento progresivo, las comodidades que ofrecen al turista las ciudades moder-

nas. Para aquel estado de cosas de hace cien años, tal nomenclatura de calles; pero para el estado actual y para el porvenir de la capital, es indispensable un sistema racional y sencillo, capaz de ilustrar y orientar al extranjero, con sólo que ponga de su parte un punto de atención.

Intentemos el cambio, y al practicarlo encontraremos que es más facil de lo que parece á primera vista, y nos convenceremos de que las únicas objeciones serias que hasta aquí se han opuesto á su realización son las resistencias del ciudadano del callejón del Perro.

Hace muy poco tiempo que al tramo de calles de Corpus Christi, Calvario y Acordada, se le dió el nombre de *Avenida Juarez*. Hoy todo el mundo las conoce con ese nombre, y si algún ciudadano del Callejón del Perro pregunta cuál es la Avenida de Juarez, le contesta todo el mundo: ¡Corpus Christi, hombre!

Y ya que de Avenida Juarez se trata, pregunto yo: ¿qué inconveniente hay en que

la *Avenida Juarez* la constituya de hoy en adelante y para siempre toda esa vía desde la primera calle de Plateros hasta salir á despoblado? Así quedarán suprimidos los nombres de primera y segunda de Plateros, Profesa, primera y segunda y Puente de San Francisco; y para suprimir esos nombres sustituyéndolos con el de nuestro benemérito D. Benito Juarez, hay todas estas razones: Primera, que ya no hay plateros en las calles de ese nombre, y ya no existen ni San Francisco ni el puente. Llámese *Avenida Juarez* desde la esquina del Portal, y déjese abierta al porvenir hasta que llegue la ciudad á Tacubaya. Nada más justo que poner ese nombre ilustre de nuestra historia á la más elegante y á la principal de nuestras vías públicas. Y al llamarla *Avenida Juarez* no habrá más que establecer la numeración correlativa comenzando por la primera casa de la izquierda con el núm. 1, y con la primera de la derecha con el núm. 2, sucesivamente y sin interrupción. Bien pronto nos acostumbraremos los que

tenemos algún contacto con el ciudadano del callejón del Perro, á que en la primera calle de Plateros hay por ejemplo diez casas, en la segunda otras tantas, y así en las otras; de manera que llegaremos á acostumbrarnos á juzgar de lo avanzado que estará hacia el Poniente un número, teniendo en cuenta que el último de la Avenida Juarez es por ejemplo el 150.

Tomando esta avenida como punto de partida, ella trazará una linea de Oriente á Poniente que puede prolongarse hacia el Oriente, por las calles del Arzobispado y Santa Inés hasta San Lázaro, y esta linea será la que divida la ciudad en las porciones Norte y Sur. Puede trazarse otra linea que, comprendiendo el frente de Palacio, se prolongue al Sur hasta la plaza del Arbol y hacia el Norte, hasta los potreros de Aragón: y hé aquí una sola vía, que puede tener un solo número, ó nombre, y marcará las otras dos porciones de la ciudad, de Oriente y Poniente. Entonces la numeración de las casas, reconociendo como centro

ó punto de partida la plaza principal, comenzará desde el 1 de la Avenida Juarez hasta despoblado, al Poniente; desde Flamencos hasta la plaza del Arbol, al Sur; desde el Arzobispado al Oriente hasta San Lázaro, y desde el Seminario al Norte hasta los potreros. Así, el número de cada casa indicará la distancia á que se encuentra de Palacio ó respectivamente de las lineas divisorias indicadas.

Para proceder á esta innovación habrá que contar con el plano auténtico de la ciudad, en que conste la actual nomenclatura y numeración de casas, y trazando sobre él, con tinta roja, la nueva nomenclatura y numeración. Una vez formado y aprobado, se publica el plano, competentemente autorizado, haciéndose una edición numerosa. De manera que por su precio ínfimo y palpitante interés, llegará á poder de los propietarios de casas, quienes tendrán cuidado de agregarlo á sus escrituras; llegará á todos los vecinos, que se interesarán, naturalmente, en conocer el cambio de nombre

de su calle y de otras muchas en que esté directamente interesado; llegará á manos de los cocheros, á quienes las administraciones respectivas proveerán indispensablemente. La importancia del plano adicionado con tinta roja, hará que sea publicado en calendarios, en guías de forasteros y directorios, almanaques ilustrados y en los periódicos políticos.

Siendo el nuevo arreglo de simplificación es claro que para todos será más fácil retener en la memoria la topografía de la ciudad con un número relativamente corto de nombres de calles y avenidas, que la atraviesan en toda su extensión, que el complicadísimo hacinamiento de nombres que, no obedeciendo á ningún plan, no llegan á conocerlo en toda su vida la mayoría de los que han nacido en la capital.

Excusado parece decir que los nuevos nombres sólo son aplicables á las grandes vías con el objeto de suprimir veinte ó treinta nombres con uno solo; pero de ninguna manera á los callejones, encrucijadas y

arrabales, en donde ni la topografía se preste á ello, ni haya necesidad del cambio; y ésta es otra de las razones porque el plano debiera adicionarse con tinta roja. También de color rojo serán los rótulos para indicar que pertenecen al nuevo arreglo.

Por razones topográficas, y no de rutina y de costumbre, es por lo que conservan sus antiguos nombres *Wall Street* y *Broad Street* y todas las calles de la parte baja de la ciudad de Nueva York. Una vez formado el plano pueden pintarse al óleo números y rótulos en las calles, á reserva de irlos cambiando paulatinamente por lápidas de mármol y azulejos, y esto en atención á la escasez de fondos del pobre ayuntamiento.

ARBITRIOS MUNICIPALES

ARBITRIOS MUNICIPALES.

En todos los tonos y en todas las formas, desde el grave editorial, hasta el párrafo epigramático, la prensa de la capital ha dejado oír su voz en todo este año, abogando porque se busque un remedio serio á los males del vecindario provenientes de la escasez de los fondos municipales.

Esta grita gastada y soñolienta ya á fuerza de repetida, va de boca en boca, de pe-

riódico en periódico, de bostezo en bostezo, perdiendo, ya no sólo su fuerza sinó su sentido; y ni el patriotismo de los unos, ni la fuerza de la justicia, ni la evidencia del mal, ni la urgencia del remedio, ni el puntillo de los otros, bastan á imprimirle el carácter de urgencia y gravedad que en sí tiene la cuestión.

Esto es lo que propiamente se llama entre nosotros *nuestras cosas*; y nuestras cosas provienen de la dulzura de nuestro clima, de la dulzura de nuestro carácter, de la dulzura de nuestras costumbres y de la dulzura de nuestro sueño; y esta dulcería es precisamente la que nos tiene metidos (á la capital) en el fango; en virtud de esta dulzura, se descascaran las paredes y se crían capas de grasa en las molduras, y se oxida el fierro, y se pierden las piedras y las losas de la calle, y nos suceden una porción de cosas, no precisamente dulces. Cuando los países llegan á su virilidad empiezan á dejar de ser dulces, y se mueven; y el secreto de su actividad se lo podemos pre-

guntar á los Estados Unidos que es el país de la actividad por excelencia; y sin necesidad de muchos silogismos sociológicos encontramos la clave de su prosperidad en solo este principio: *la sed de oro.* En este siglo del positivismo, queda ya suficientemente comprobada la insuficiencia de ciertos móviles morales, que antes solían hacerlo todo; y van pasando á la categoría de mitos y de utopias ciertas virtudes civiles como el patriotismo, y ciertos resortes, como el pudor, la moral y el decoro. De manera que se necesita hoy para ir en pos del éxito mover otros resortes, ó más claro, el resorte del interés directo individual, como la gran palanca de Arquímedes.

Ni los buenos deseos de los regidores, ni la grita del público lograrán nada, mientras á los postres de un banquete y al calor del champagne no tiente el diablo de la codicia á algunos pobres de esos que se vuelven banqueros de la noche á la mañana, y una vez con la perspectiva de tal ó cual millonecjo de gajes, conciban el proyecto de en-

riquecer de paso al municipio, por medio de un empréstito, ó un banco, ó una combinación por el estilo; y si para tales milagros se recurriera antes á Santa Rita, ó á algún otro santo milagriento, hoy debemos encomendarnos al champagne para que nos saque de apuros, y poner de cebo el que saquen el vientre de mal año algunos pobres. Que lo saquen, que se enriquezcan; pero que proporcione al diezmado vecindario de la capital respirar un aire menos corrompido.

Pero entre tanto brota del Tivolí ó de algún *bar room* el deseado proyecto, propongamos sin champagne y sin interés personal, y como castillos en el aire, algunos arbitrios municipales.

Por más que nos lancen turbias miradas de odio los consumidores de Tequila, y por más que protesten los concurrentes á las cantinas, insistimos en que el vicio de la embriaguez, tan difundido en la capital, representa una cantidad de numerario no despreciable, que resiste, todavía mayor gra-

vamen del que tiene impuesto, y este gravamen puede convertirse en arbitrio municipal.

La falta de datos estadísticos de que partir, pone á los legisladores en materias de impuestos en el deber de ser meticulosos, por temor de decretar una contribución exagerada y esta parsimonia se pone hoy de manifiesto con el hecho de haberse encarecido todos los artículos de primera necesidad, mientras que las bebidas embriagantes conservan su baratura. Siendo así que cualquiera comprende á primera vista, que sería más conveniente abaratar la carne y encarecer el chinguirito.

El lujo, la prostitución y la embriguez, absorben en la circulación del capital flotante una suma considerable, que siempre está en proporción directa de la contribución de una sociedad. El estadista que estudia ese desequilibrio, encuentra sin dificultad el impuesto, que hace afluír el excedente de metálico de un vicio, á la exhausta caja de una virtud, ó á cubrir una

necesidad latente y compensadora de los males necesarios. He aquí otro arbitrio municipal.

Pero el arbitrio más adecuado é inmediato y que se desprende de la propia organización municipal, es exonerar al ayuntamiento de los cargos que le agobian y son: la beneficencia pública, las cárceles y los hospitales.

Sea como fuere, ello es que se necesita arbitrar recursos, por medio de contribuciones que no pesen sobre las clases menesterosas, sinó sobre el lujo y el capital.

En Francia acaba de proponer Mr. Girault un aumento de contribuciones por carruajes de lujo y caballos de silla y de tiro, por los perros de caza y por los terrenos en que se caza sin licencia.

Propone además que se imponga una contribución á toda persona que mantenga criados con librea ó uniforme, y por último una contribución por los títulos de nobleza en esta forma:

Un príncipe pagará anualmente. 100 fr.

Un duque. . . . . 80 fr.
Un marqués. . . . . 70 »
Un conde. . . . . 60 »
Un barón. . . . . 50 »
Un vizconde. . . . . 40 »
Por la partícula nobiliaria. . . . . 30 »

Los que consideren como una desgracia no poseer ninguno de los anteriores títulos, pueden comprarlos al gobierno conforme á la siguiente tarifa de precios:

Por un título de príncipe. . . . 50.000 fr.
Por un id. de marqués . . . . 45.000 »
Por un id. de conde. . . . . 35.000 »
Por un id. de barón. . . . . 30.000 »
Por un id. de vizconde. . . . 25.000 »
Por el uso de la partícula nobiliaria . . . . . 20.000 »

Estos nuevos nobles quedan obligados como los otros á pagar también la contribución anual.

Por lo visto no va á quedar en Francia más nobleza que la del dinero, porque el espíritu del siglo ha venido á poner de manifiesto que la nobleza es un compues-

to de dinero y vanidad, sea cual fuere el color y la procedencia de los pergaminos, y como el dinero y la vanidad existirán siempre independientemente de las formas de gobierno y de los principios políticos, las repúblicas todas pueden ser de hoy en adelante las creadoras de la nobleza del porvenir.

Tal es el espíritu del siglo; y por más que parezca extravagante á primera vista el proyecto de contribuciones de Mr. Girault, ello es que encierra un fondo filosófico de que se desprenden estas palabras. Queda destruído el monopolio de la nobleza que consiste en llamarse marqués ó conde para formar una casta que se cree superior á los demás hombres. Todo millonario puede ser un príncipe si no por razón de casta, por otra que puede, en muchos casos, valer más que el azar de haber nacido en casa solariega; y es, la razón del trabajo y de la inteligencia combinados.

Sea cual fuere en lo porvenir la marcha política de las naciones, ha de seguir siendo

patrimonio de la humanidad la sed de honores y distinciones; y nadie encontrará la razón que impida á un quidam llamarse príncipe, porque regaló 50.000 francos al tesoro nacional y pague el alquiler de su título por anualidades.

En último resultado la heráldica pasa por unperíodo de transformación, y tan convencionales serán los fundamentos de la nobleza de hace cinco siglos como los del XIX en adelante.

Y para que se vea que es el espíritu positivista del siglo el que resuelve estas cuestiones y no la voz aislada de Mr. Girault, es que en la actualidad el rey Humberto, según vemos en el *Fígaro* de París, vende una isla de su pertenencia, situada al Este de la Cerdeña, por la suma de 30.000 libras esterlinas facultando al comprador á tomar el título de rey.

Inspírese en estas ideas luminosísimas de Mr. Girault y del rey Humberto nuestro ilustre ayuntamiento y cuotice alto, muy alto á los perros, á esas señoras, y á los bo-

rrachos. Aumente á beneficio de los fondos municipales la cantidad sobre objetos de lujo, sobre pulquerías en razón directa de sus espejos y de las obras maestras de los pobres discípulos de la Academia de San Carlos; imponga una contribución á los sombreros galoneados, á las sillas plateadas y sobre todo á las cantinas; y decídase por fin sin miedo y sin vacilación, émulo de Mr. Girault, á ser el creador de la nobleza del porvenir, abriendo un expendio de títulos colorados. Por mi parte seré el primero en aplaudir la expedición de título de príncipe al que entregue diez mil pesos al municipio para limpiar las atargeas; y prometo llamarle su Alteza Real por toda su vida. ¡Qué nobleza podría haber más venerable en nuestra República, que aquélla que pudiera poner en sus cuarteles una atargea en campo azul, ó un pié aplastando al angel de la peste en campo de oro! ¡Cómo no habíamos de llamarle señor conde con mucho beneplácito al cominero que entregara siete mil pesos para ayudar á suprimir los carros

nocturnos! ¡Qué nobleza más limpia puede haber en el mundo que la nobleza del aseo, la nobleza del saneamiento de la ciudad, la nobleza que no combate contra los moros, sinó contra las intermitentes que son peores; la nobleza que mata miasmas deletereos, en lugar de herejes, pecheros y judíos!

Ya podía tentar el diablo de la vanidad á los habitantes de nuestros palacios y decidirlos á comprar su título.

Yo no creo que se le despegaría el título de príncipe á Limantour, previos diez mil pesos para el desagüe.

Limantour tiene un palacio hermosísimo y sólo le falta esta investidura y hacer esta buena obra para tener un derecho legítimo á hacerse llamar Alteza Real, don Vicente García Torres, don José Brilanti, don Gustavo Hagenbck, don Ramón Guzmán, don Sebastián Camacho, don Macedonio Ibañez y muchos otros que sería prolijo enumerar, pueden comprar títulos de príncipes, de marqueses ó de condes todo para formar un

fondo municipal capaz de sanear esta hermosa capital donde se vive, sin títulos de nobleza pero con el Jesús en la boca esperando el tifo y las perniciosas.

ÍNDICE.

	Páginas.
DEBERES MUNICIPALES	7
EL CARACTER Y LA EDUCACIÓN I	17
» » » II	33
EL SOMBRERO ANCHO	47
VENUS, BIRJAN, MERCURIO Y C.ª I	61
» » » » II	73
DORMITORIOS PÚBLICOS	85
EL AGIO, EL PAUPERISMO Y LA CARIDAD I	97
» » » II	111
DEL ASEO I	127
EL ASEO, LA FRAZADA Y EL REBOZO II	139
LA CARIDAD, (Pesadilla dramática)	151
LA CARIDAD EN LA EDUCACIÓN	169
EL DIVORCIO	183
LA LIBERTAD DE TESTAR	199
EL ASEO, EL AYUNTAMIENTO Y LAS OBRAS PÚBLICAS	213
LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN DE NOCHE	229
POR FALTA DE FONDOS	245
EL TRABAJO Y LA PEREZA	259
UN CONFLICTO	275
EL LUJO Y EL DORMITORIO PÚBLICO	289
LA NOMENCLATURA DE LAS CALLES	303
ARBITRIOS MUNICIPALES	319

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.ª parte).
TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.ª parte).
TOMO IV.—*Los Mariditos*.
TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*, (1.ª parte).
TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*, (2.ª parte).
TOMO VII—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
TOMO VIII.—*Mis Poesías*.
TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*.
TOMO X.—*Id., íd., íd.* (2.ª parte.)

TOMO XI.—*Isolina* (Próximo á publicarse)

THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

CANCELLED

BOOK DUE-WID
JUN 26 1978

BOOK DUE-WID
AUG 7 1978

CANCELLED

JUL 3 1 1978